



UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA
La Universidad Católica de Loja

Galo Guerrero Jiménez

Posada Belén



Colección Lojanidad/Literatura
Serie Loja de transición 3

A stylized, handwritten signature in black ink, appearing to read 'Galo Guerrero Jiménez'.

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

Posada Belén

RELATOS



COLECCIÓN LOJANIDAD/LITERATURA
DIFUSIÓN DEL HECHO DE CULTURA LITERARIA LOJANA
SERIE LOJA DE TRANSICIÓN/ No. 3

Consejo editor:

Dr. P. Luis Miguel Romero F.

RECTOR-CANCELLER DE LA UTPL

Dr. José Barbosa Corbacho

VICECANCELLER DE LA UTPL

Dr. Eduardo Vivanco Celi

GERENTE GENERAL DEL DIARIO LA HORA

Ing. Leonardo Burneo M.

GERENTE DEL BANCO DE LOJA

Dr. Fausto R. Aguirre Tirado

MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

Posada Belén
RELATOS

COLECCIÓN LOJANIDAD/LITERATURA
SERIE LOJA DE TRANSICIÓN
No. 3

© Galo Guerrero Jiménez / POSADA BELÉN

Mayo de 2006

UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA:

Dr. P. Luis Miguel Romero, M. Id.,
Rector-Canciller

Dr. José Barbosa Corbacho, M. Id.,
Vicecanciller

Mg. Fanny Aguirre de Moreira,
Directora General de Relaciones Interinstitucionales

Dr. Roberto Beltrán Zambrano,
Director General Académico

Ec. Mélida Eras Galván
Gerente de la editorial

DIARIO LA HORA:

Dr. Eduardo Vivanco Celi,
Gerente

Sr. Nicolás Kingman Riofrío,
Director

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley.
Edición preparada en la Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.

Portada: Fotocomposición a partir de la viñeta trabajada por Diego González Ojeda

Diseño y diagramación: Juan Carlos Ordóñez Alvarado, CITTES de Lengua y Literatura

Retrato de la contratapa: Diego González Ojeda

Corrección gramatical: Dr. Galo Guerrero Jiménez

ISBN-10: ISBN-9978-09-647-7

ISBN-13: ISBN-978-9978-09-647-5

UTPL

Impresión offset

© Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja
Impreso en Loja-Ecuador / Printed in Loja-Ecuador

Loja, 2006

Contenido:

Presentación,	11
Sísifo,	21
Temblor,	25
Cirulí Coshón,	27
El botellón,	31
El habitante de la ventana,	35
San viernes,	41
Campo de Marte,	45
Mujer de soldado,	59
Martes o viernes,	67
Por nada del mundo,	77
Don Quijote en casa,	83
¿Te acuerdas, mujer?,	89
Parque del oeste,	95
La casa de las iguanas,	99
Seducción,	111
Coge la guagua,	113
La ramera y yo,	115
thammydobbertin@.com,	119
Posada Belén,	123
Solterón ingenuo,	127

Presentación

Que el cuento es ante todo una tarea en la que alguien cuenta algo a alguien se vuelve innegable verdad en el caso de Galo Guerrero Jiménez, joven escritor que, entre el trabajo, el insomnio y la urgencia literaria, nos ofrece su colección *Posada Belén* como fresco aporte a la cultura lojana y ecuatoriana. La Colección Lojanidad/literatura, en su serie Loja de transición No. 3, al hacer esta entrega busca posibilitar su lectura, cotejar existencialmente sus temáticas con el lector y potenciar una actitud ante las mismas.

Biografía

Galo Rodrigo Guerrero Jiménez nace en Catamayo-Loja el 8 de diciembre de 1959. Sus estudios primarios y secundarios los realizó en la Escuela Ovidio Decroly y en el Colegio Nacional Nocturno Catamayo, respectivamente. Los estudios superiores en la Universidad Nacional de Loja, en la Universidad Técnica Particular de Loja y en el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid.

Expresar a través de la palabra y de la letra sus vivencias y modos de ver lo han llevado y lo llevan al cultivo de la literatura en sus diversas manifestaciones (poesía, cuento, ensayo) así como en su exigencia académico-formativa. Entre sus obras principales destacan: Comunicación y lenguaje, Ortografía y composición, Redacción y estilo, Gramática I: La Oración, Gramática II: Las palabras, Lingüística descriptiva de la oración simple, El habitante de la noche (cuentos), Las ventajas de saber leer (ensayo), Antropología filosófica, Estética y belleza literaria, El matrimonio a la luz del Nuevo Testamento, Breves comentarios literarios (ensayo).

En la medida de su tiempo y de sus responsabilidades profesionales, sigue trabajando en poesía, cuento, ensayo y perfeccionando la vertiente académica que lo identifica.

Los relatos

Cuando el cuento ya no es un premeditado objeto verbal, provisto de un principio, un medio y un fin, como aristotélicamente quería Edgar Allan Poe, sino lo que Zola consideraba como una

tajada de vida (Borges); cuando el cuento pasa de una etapa fundamentalmente narrativa, folclórica, llena de magia y misticismo hacia una nueva forma de estructura y contenido, destinado a reflejar una realidad cotidiana, una experiencia cronológicamente pasada pero urgentemente presente; una expresión intensa del sentir, pensar y hacer siempre alertas; una tarea imaginativa desde lo psicológico, desde la reflexión y aún desde la ética; entonces se vuelve más cercano, íntimo, personal y, por lo mismo, más de todos.

Los relatos de Galo se mueven en este modo de ver y al hacerlo, será la sencillez, la adjetivación feliz, el apego al giro propio, el sano humor, la introspección sesuda, la fuerza de la metáfora, la descripción psicológica, entre otros, los mecanismos literarios usados logrando, de este modo, la cercanía, la atmósfera familiar y envolvente que respiramos ante sus relatos.

Trabajados en clave de memoria, de latente vivencia y de segunda lectura en aras de la perfección literaria, *Posada Belén* nos proyecta multidireccionalmente hacia estados, momentos, situaciones y circunstancias fuertemente domésticos que, a fuerza de trabajo literario, se convierten en referentes, en motivos para el propio conocimiento y el específico hallarse tanto en la raíz como en el accidentado evolucionar vital al que estamos hoy sometidos.

Por ello, cada cuento es un tajo de existencia, una oportunidad para la impresión como premisa de la confrontación y un ejercicio de compartimiento de afectos, reflexiones y proyecciones.

Las líneas-tema:

a. La existencia-vivencia propia como fuente:

Sin la pretensión de decidir sobre el espinoso tema de la presencia del autor en su obra, considero que en el caso de *Posada Belén* el dato biográfico late, pulsa y emerge en casi la totalidad de los relatos. Desde las vivencias infantiles ubicadas en tiempos y espacios pertinentes, asistimos progresivamente al desarrollarse de un narrador manifiesto en experiencias como el cuartel, estudios,

viajes, encuentros, amores, etc. ¿No es acaso un recuerdo de infancia la presencia del niño aguatero que lleva agua hasta la casa de la colina en el relato *Sísifo* que abre la colección? Y, ¿qué decir del temblor y sus efectos narrados con lujo de detalles en el cuento del mismo nombre? *Cirulí Coshón* nos narra el accionar de un niño avisado que decide enfrentar, junto con sus compañeros, a un director tirano, ¿el rescate de una experiencia escolar? En la misma línea pueden ubicarse *El botellón*, *Don Quijote en casa*. Jugando con el tiempo y con la situación del narrador, la riqueza descriptiva nos remite a una propia vivencia en el cuartel: estamos entonces en el *Campo de Marte* para participar en un lugar común de la vida de los jóvenes que pasaban la “conscripción” y que tanto incidía en el futuro de los mismos, especialmente en los de la clase poco acomodada.

Los viajes con su secuela de expectativas, de ausencias sentidas, de lazos familiares en tensión, de reflexiones propias de un narrador físicamente sólo, extraño en culturas ajenas, pero profundamente seguro del amor de padre, ¿no reflejan acaso el trajinar académico-profesional del autor? ¿*Te acuerdas, mujer?*, *Parque del oeste*, *La casa de las iguanas*, de hecho trabajados y fechados en Madrid, apelan, sin duda, al dato biográfico para entenderse en su integridad.

Un narrador que madura, sereno y dispuesto a transitar por líneas diferentes a la linealidad pero siempre pegado a la vivencia se nos presenta en *Seducción*, *Coge la guagua*, *La ramera y yo*, *thammydobbartin@com*, *Posada Belén*, *Solterón ingenuo*.

¿Qué más puede contar el autor sino lo que conoce más? Y ello es precisamente su experiencia, su vida, su quehacer. Y al hacerlo sintoniza con nuestras vivencias y experiencias. Entonces la complicidad literaria entre lector y autor posibilita el acercamiento, la confrontación, la involucración. El autor nos presta su palabra, sus letras, sus requiebros, sus artificios, su magia para ‘darnos diciendo’ lo que en el fondo compartimos y vivimos: la vida en sus etapas, la existencia y sus desafíos, el transcurrir a golpes, tropezones, risas, llantos y alegrías.

b El dato introspectivo

Cuando el cuento cambia de dirección orientando la conciencia hacia el interior del personaje en el plano que sea, cuando desde brujas, hadas, aparecidos y monstruos, se vuelca hacia la pulsión, el deseo íntimo y el transitar inconsciente, entonces es cuando el cuento encarna de verdad la condición humana, la hace solidaria y universal, la vuelve real y definitivamente envolvente. Y ello implica técnicas propias, lenguajes, descripciones y aproximaciones cargadas de psicología viva antes que academicismos. De este modo, el comportamiento, la conducta, el gesto, el rictus, focalizan la atención y sucede que el personaje explica la situación, el ambiente, la trama en definitiva. Y el cuento gana en intensidad, dramatismo, fuerza interpelativa y realidad existencial. *El habitante de la ventana*, *San viernes*, *Mujer de soldado*, *Parque del oeste*, han sido trabajados en esta dirección. El amor enfermizo por Catalina por parte del protagonista de *EL HABITANTE DE LA VENTANA*, el accionar tormentoso, solitario, triste y dramático del chuchaqui-protagonista de *SAN VIERNES*, el largo cuento-monólogo de la bailarina-prostituta de *MUJER DE SOLDADO*, las sesudas reflexiones con pretensión filosófica de *PARQUEDELOESTE*, ponen a flote los resortes existenciales del ser humano en su crudeza, en su belleza, en su fragilidad y en su proyección. De alguna manera, tarde o temprano el replegarse sobre uno mismo se vuelve condición para entender. De hecho, el sentir se sitúa antes que el pensar y entonces la emoción, el sentimiento, la pasión se tornan premisas explicativas a partir de las cuales concluimos nuestro obrar. Entonces la obsesión por un final feliz (cuento tradicional) se vuelve atadura, corresponde más bien el final abierto, sin programaciones y precisiones, como la vida misma, que salta sobre la lógica. La dinámica pulsional en clave de reflexión constituye, por lo mismo, otra de las constantes de la cuentística de Galo Guerrero. ¿Vale dejarla surgir, emerger o insistir, a veces impertinentemente, en atarla a la lógica-deductiva o a la tristeza de una moralidad heterónoma?

c. *La urgencia de lo ético*

Si bien para Vargas Llosa la literatura no tiene ni debe tener moral, no es menos cierto que, a la larga todo accionar humano está preñado de eticidad toda vez que la neutralidad y la anonimia, al ser propio de lo meramente objetual, no son categorías aplicables a la condición humana seriamente abordada. La literatura, y en ella el cuento, no escapa a esta constante. Solo que existen moralidades y moralismos. Alejado del consejo vertical, de la moraleja-consecuencia, y de la obsesiva casuística, late, sin embargo en Galo una tensión ética oscilante entre la apertura total y radical que pugna por manifestarse en un lenguaje irrespetuoso, perverso, propio, por un lado, y la formalidad de la doctrina, de la rectitud de intención, de la "normalidad" de clase como criterio, y de la velada-moral-insinuación, por otro. Una tensión que se entiende con sonrisa o con mueca ya que no se avanza al despegue que exige todo compromiso maduro con el acto de escribir. Sólo entonces comprendemos la reacción del primo ciudadano en el que aparecen como opuestos su condición de ateo teórico y su actitud exaltada que grita: "¡Virgen Santísima! Se cae la casa, salgan pronto, esto es castigo de Dios" en el relato *Temblor*. Sólo entonces es posible entender la reacción de aquel curita español que aparece como de avanzada cuando en realidad no puede dominar sus deseos en *Mujer de soldado*. ¿Qué hace ahí la reflexión sobre "la verdadera religión" apuntalada en esa cita de que "en nosotros está el Reino de los cielos y fuera de nosotros el Reino del maligno"? Dicotomía pura, ambigüedad vital que solo es explicable por la tensión que estamos analizando. Pero es en el relato *La Ramera y yo* donde encontramos pristina la dualidad entre lo moral y lo inmoral: "me pareció una impureza grandísima que en un acto tan sagrado en el que el sacerdote a través de las palabras transustancia el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, me haya acordado de una ramera". Conflicto entre una moralidad ladina hacia la mujer y un Dios severo, exigente y celoso. Conflicto que se extiende a la relación con la esposa, los hijos, el trabajo. Vida de pecado versus vida de gracia. Literatura frontal versus literatura al servicio de... ¿Superación del dualismo en *Solterón ingenuo*? Puede

ser, pero ojo, que éste termina en la cárcel para purgar su lascivia. Una tensión que se vuelve nítida también cuando está de por medio el espacio físico. Alejado de la patria y de la familia el protagonista de *¿Te acuerdas mujer?* pugna en su interior entre el estímulo de las muchachas supuestamente fáciles que esperaba encontrar y su realidad de hombre casado, con hijos y afectivamente fijado en su esposa. Una confusión moral que lleva a la impertinencia de exigir que la esposa actúe y sienta con los sentires de él. Una dicotomía que se resuelve con el alejamiento definitivo del hogar para caer en brazos de Analía.

¿Hacia un cuento que enseñe, que mensajea? O, ¿hacia un relato que exponga con crudeza y provoque sin preguntarse por la carga ética? He ahí otra pista para leer inquisitivamente a Galo Guerrero Jiménez.

d. *El amor, el sufrimiento, el humor*

Catalogados como constantes de una condición humana, más inclinada a la contradicción vital que a la comprensión racional en sí, no pueden ni deben estar ausentes en toda literatura que se precie de antropológica y consistentemente existencial. Y los cuentos de Galo ciertamente que transitan por estos caminos. Así, el amor macerado por el recuerdo-nostalgia campea en los cuentos de temática infantil-escolar; el amor-conflicto, psicológicamente torturado y con rostro sufrido lo encontramos en *El habitante de la ventana*, *San viernes*, *Mujer de soldado*; el amor agresivo y desafiante está en *Por nada del mundo*, mientras que el amor mediado por la distancia late triste y acusador en *¿Te acuerdas mujer?*; el amor enredado con reflexiones psico-filosóficas sobre el tiempo y el espacio emerge en *Parque del oeste*, y el amor prostituido, vendido y manipulado con pretexto de “nación civilizada” late en *La casa de las iguanas*. El amor desencarnado, rendido ante la pobreza urgente está en *Coge la guaga*, así como el amor insinuante es el protagonista en *Seducción* y en *Por nada del mundo*. El amor que acusa y exige en nombre de principios torturantes, pero eficaces, es el telón de fondo de *La ramera y yo*

mientras que el amor como recuerdo-vivencia-cruda se desborda en thamnydobbertin@com. El amor cómplice, pretextado por el trabajo académico está en *Posada Belén* así como el amor-deseo-físico está en *Solterón ingenuo*. En suma, cuadros de amor en distintos tonos, matices umbilicalmente ligados a la vida misma, al modo voluble de ser de cada existente.

Pero si el amor es lo subyacente, el sufrimiento es su faceta más indicativa. Tal parece que el ansiado-lógico final “y vivieron felices” del cuento tradicional, se escurre cada vez más en los largos y huesudos dedos de la real-realidad-cruda. Es el sufrir, en su gama cada vez más original y rica de direcciones, el meollo del asunto, y su omnipresencia atrapa, por lógica, la cuentística de Galo Guerrero. Si la felicidad es el criterio del amor y la aspiración latente, el sufrimiento es el ingrediente que da la atmósfera, que coge el adjetivo y dimensiona la idea. Casi todos los cuentos se mueven en estas aguas. Y el lector, por propia experiencia, identificará las adjetivaciones, las premisas y se involucrará en sus consecuencias.

¿Humor? Sí, poco, y viene desde el niño en *Don Quijote en casa*, desde la travesura en *Sísifo* y *El botellón*, desde la defensa organizada ante un director tirano en *Cirulí Coshón*. Se convierte en humor-negro y hasta en ironía en *Martes o viernes* y *Campo de Marte* para diluirse luego en frases, exclamaciones, interrogantes de los personajes en los diversos cuentos. El humor corre el riesgo de la edad y, con ello, va siendo desplazado por la mueca, el ceñudo gesto, el hastío sonreído con tristeza. He aquí otra línea de lectura de la obra de Galo.

Leer para distraerse, leer para ser feliz, leer para entenderse y entender, leer para ver el mundo de otra manera. Dejarse contar para volver a ser, dejarse contar para ver como soy y como es el otro, dejarse contar para proyectarse. Al fin, todos vivimos del cuento solo que en la variación que nos interesa. Espero que la variación-Galo Guerrero cumpla tal objetivo.

Sísifo

Pasado el mediodía, se puso a buscar el gancho: lo encontró tras la puerta de la cocina. Colgó los baldes y bajó a toda carrera por la guardarraya llena de baches y polvo hasta llegar al canal de riego. Se había acostumbrado a esta labor. Todos los días después de la escuela, ya sabía su oficio. Bajaba silbando y pateando piedras. Una que otra vez se metía al cañaveral, desprendía de raíz una caña, se sentaba a la orilla de la guardarraya y a punta de mordiscos sólo dejaba un montoncito de bagazos que luego los distribuía cuidadosamente, simulando un corral con ellos. Dentro del pequeño círculo introducía piedrecillas, pequeños trozos de ramas secas o cualquier cosa con qué entretenerse. Cansado de jugar, pisoteaba lo que había hecho, tomaba los baldes y el gancho, y silbando canciones que no lograba entonar muy bien, proseguía el camino.

Llegó al canal. El nivel del agua había bajado. El sol quemaba fuerte.

Fue a sentarse a la sombra de un algarrobo. Dejó de silbar y observó el extraño movimiento de los peces que graciosamente se desplazaban en el agua. Al mirarlos tan vivaces no resistió la tentación de jugar un momento con ellos.

Arrancó una rama de jenairo sobre la superficie. Los peces llegaban hasta la punta del delgado tallo y al instante se regresaban asustados. Se emocionó con el juego, le parecía muy divertido. Por buscar una mejor posición, sus nalgas toparon con la pared del canal y perdió el equilibrio. Dio algunos chapuzones hasta que pudo levantarse.

El agua le llegaba a las rodillas. Miró en torno suyo, los peces ya no estaban.

Subió apresurado las gradas del canal. Se paró en el borde, cruzó los brazos a la altura del pecho y se quedó inmóvil mientras el agua chorreaba por sus ropas. El sol brillaba por encima de los cañaverales y en la guardarraya la atmósfera temblaba en un

sinnúmero de reverberaciones, que como volutas de humo se elevaban desde el suelo hasta cierta altura. En la posición en que estaba se quedó observando el efecto que el sol causaba en el ambiente y que lastimaba sus ojos hasta fruncir el ceño. Se distrajo al escuchar el ruido de un avión. Levantó la cabeza en dirección del aparato, y llevándose las manos en forma de visera hacia la frente, divisó como se iba elevando hasta perderse tras las colinas del oeste. Los zapatos le pesaban, los escurrió y se los volvió a poner. La ropa le estorbaba, se quitó la camisa, la exprimió y la extendió sobre uno de los baldes y arremangándose los pantalones se puso a saltar, a boxear, a correr y a silbar. En pocos minutos quedó fatigado. Fue a descansar de nuevo al algarrobo. Pensó en el agua. Se levantó y amarrándose la camisa al cuello tomó los baldes y se metió al canal. Salió enseguida y aseguró los recipientes en cada uno de los garfios del gancho.

Se inclinó y colocó el gancho por detrás de la cabeza, cruzado a la altura de los hombros. Torneó las manos alrededor de la vara que salía a los costados de su cuerpo. Respiró profundo y tomó fuerzas. Su cara se contrajo y con un fuerte impulso estuvo de pie. Empezó a caminar de regreso a la casa: había como unos ochocientos metros de recorrido. El peso del agua inclinaba el gancho en sus extremos, quedando como un arco en sus débiles hombros. Caminaba con más rapidez que cuando iba sin peso. Gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas. La vara le molestaba; sintió como se iban adormeciendo sus hombros. Las espaldas le ardían, el sol aún pegaba fuerte, quería rascarse, pero prefirió seguir caminando. La vara se pronunció más en su carne. Sintió un agudo dolor. Apresuró el paso, el dolor avanzaba. La guardarraya siguió en su ascenso hasta llegar a la colina en donde estaba la casa. Era una casa muy vieja, por décadas había servido como casa de hacienda. Las faldas de la colina estaban rodeadas de sapotes silvestres, pencos de tuna y mosquerales. El valle estaba sembrado de vastos cañaverales que iban a perderse al extremo de las otras colinas. A mitad del camino tuvo que descansar, parecía que las piernas se le doblaban. Depositó los baldes en el suelo para estirar los hombros y tomar nuevas energías. La camisa seguía anudada al cuello. Con una de las mangas se limpió el sudor de la

cara y se llevó otra vez los baldes a las espaldas, cuidando que la vara no fuera a topar la piel al descubierto. Una corriente de aire, seguida de una nube de polvo le golpeó el rostro. Dejó los baldes y se puso a orinar en el otro carril de la guardarraya. Le encantaba jugar con los orines, dibujando en el suelo las letras de su nombre que siempre quedaba inconcluso. El paraje era solitario, no había ninguna otra vivienda cerca de la colina. La guardarraya era utilizada sólo en tiempo de zafra y, muy de repente, se veía un jornalero al cuidado de la caña. Regresó a sus baldes y saludó con atención al mayordomo que enterrado en su sombrero y a lomo de una vieja mula, inspeccionaba el lugar de vez en cuando. Se inclinó para tomar agua de un balde, separando con un fuerte soprido las basuras que estaban acumuladas en el recipiente. Tomó nuevos bríos para alzar su carga, pero no logró levantar los baldes con facilidad. Fue necesario realizar varios intentos. La vara volvió a ceñirse con rigor en sus hombros. Desde el canal a la casa sólo descansaba una vez. En el segundo trayecto el esfuerzo era más agotador, tenía que coronar la cuesta. Poco a poco fue ganando terreno. Esta vez el ascenso era más lento que el primer tramo. Se acordó de sus bolitas de cristal que le servían para jugar en la escuela; llegando a la casa revisaría sus bolsillos, a lo mejor se le quedaron en el canal cuando cayó al agua. El viento comenzó otra vez a soplar. Serían ya cerca de las cuatro de la tarde y aún tenía que realizar sus tareas escolares. El viento se empecinó por correr en dirección contraria a la que él llevaba. Estaba a punto de alcanzar el rellano de la colina cuando una fuerte ventolera cargada de hojas y arena lo envolvió. Trastabilló. Hizo un esfuerzo tenaz para no retroceder. Presionó los dedos en la vara del gancho. Bajó la cabeza y cerró los ojos para no tragar el remolino de polvo y arena, en el mismo instante en que sus pies desfallecían por completo. Calmado el viento, lo que divisó fueron algunas huellas, largas y delgadas del agua derramada, que en débil arroyo se perdían en la pendiente. Pensó con angustia en el trabajo que tenía que volver a realizar.

Temblores

Contemplo el viejo armario y tengo la impresión de que aún sigue moviéndose. Aquella noche las cosas tenían vida. ¿Por qué se movían? La cama que se salía por la puerta. Aferrado a ella y con la cobija cubierto hasta la cabeza, hacía esfuerzos para no caerme. Había golondrinas y mariposas que querían voltear el armario. La perra, inquieta, se daba modos por llegar hasta arriba.

Ladraba, pero ni las golondrinas ni las mariposas se asustaban. Por qué no te callas animal de un cuerno. Pero me resultaba imposible hablar. En la cocina todo sonaba, las cosas se iban al suelo. Me asusté. Me vi desprendido de la cama, flotaba, volaba con la cabeza hacia abajo. Sentí un agudo dolor en un tobillo. Una teja pasó silbando por mi cara. Sentí frío. Escuché un grito:

-Carajo, despierta, que no ves que la casa se nos viene encima.

Era mi papá que acababa de soltarme de la pierna de la que me tenía suspendido. No entendía. Afuera todos lloraban, imploraban, rezaban de rodillas: Padre nuestro que estás....y yo que quería entrar. Madre de Dios... Regresa hijo, cógelo, ve mujer, que aún está dormido.

Voy a para las ollas. Mi mamá ya mismo regresa y no va a encontrar nada.

Mis hermanos estarán que joden, y ella que, espérense por dios un ratito, ya mismo acabo de lavar. No hay leña, tendré que salir a buscarla. Al lado donde enterramos a la perra me parece que había unas chamizas. Paso cerca de la tumba de la perra; pobrecita, un solo adobe la mató. Y ella que quería alcanzar las golondrinas. Mejor no hubieses salido del cuarto, nada te pasaba; pero cómo ibas a adivinar que al salir, la pared se caería hacia fuera. Fósforos, fósforos, en dónde están los fósforos. Un poco de arroz, unos fideos, cuatro guineos y ya está la merienda. Tendré que darle de comer otra vez en la boca a Luisito. Soy un fastidioso: cada que lo veo cagando en cuatro me río. Esta noche, entre dormido y despierto aún recuerdo que mi mamá

gritaba: “échenle agua para que reviva”. Corrió la misma suerte que la perra, aunque claro, él se salvó. Un adobe le alcanzó en la espalda, desde entonces anda en cuatro. Mi mamá dice que pronto se aliviará y que va a ser muy inteligente porque come mucha máchica junto a la perra (ahora no come, no hay quien lo acompañe).

Granflautas, cuándo aprenderé a cocinar, ya se me quemó otra vez el arroz, y la vieja que no espera de nada para tratarme mal. Esto me pasa por chambón.

Ojalá pronto regrese mi papá del hospital para que mi vieja se dedique a la cocina y deje de estar lavando ropa ajena. Volveré al cuarto hasta que ella termine de lavar. Quisiera revisar los cuadernos; son dos semanas que he faltado a la escuela. Mejor revisaré las fotos. Ajá, aquí está mi primo. Cada que lo veo recuerdo cuando vino a visitarnos de la ciudad, al otro día del temblor más fuerte. Conmovido por la pared caída y por lo que le había sucedido a papá y a Luisito, nos agrupamos en la cocina a desayunar. A mí me resultaba fascinante oírlo hablar de la vida de la ciudad, de su condición de universitario.

Cómo no recordar lo furiosa que se ponía mamá cada vez que le decía que se olvide de rezar, de bendecir la mesa pronunciándolo a Dios; que no existe; así le han enseñado en la universidad. Y mamá: “majadero, insolente, a eso vas a la ciudad, a volverte revoltoso”. Y él que seguía insistiendo en no sé cuántas cosas que nos decía sobre la creación del mundo, que ya no me acuerdo muy bien. Siempre terminaban enojándose porque él hasta el último decía ser un ateo convencido; asunto que yo no entendía. Al otro día del temblor, mientras desayunábamos, mi primo nos daba explicaciones de cómo se produce un temblor y que no era un castigo divino ni nada por el estilo. De pronto, ¡otro remezón! Unas cuantas tejas volvieron a irse al suelo. Mi primo fue el primero en salir corriendo, y gritando como un loco nos decía: ¡Virgen santísima! se cae la casa, salgan pronto, esto es castigo de Dios.

Arrodillado junto a nosotros rezaba, mientras poco a poco nos íbamos calmando. Je, Je, cómo no recordarlo, si aún veo la cara de asustado que puso.

Cirulí Coshón

La campana sonó en su imaginación y entre dormido y despierto Cirulí Coshón creyó ver la grotesca figura del director con su infalible garrote en la mano. Al silbido del segundo campanazo imaginó que el director corría a pararse en la entrada del portón de la escuela a recibir a los atrasados. Se acordó de sus tres pantalonetas que a diario se las ponía debajo de los pantalones del uniforme escolar para recibir el macanudo palazo del director.

Cirulí se refregó los ojos y quiso levantarse, pensando que, como siempre, estaba ya atrasado. Sin embargo, no bien tuvo conciencia de su espacio habitacional, se arropó más con las cobijas y dijo: qué bobo, hoy es sábado, por lo tanto seguiré durmiendo. Esfumado por completo el eco del campanazo en su imaginación, de nuevo se quedó dormido; pero no pasó mucho tiempo en que volvió a despertarse porque le hormigueaban las piernas, pensando una vez más en la escuela y creyendo que le había caído en su cuerpo flaco el desaprensivo garrote del director. Pues todos los días, en el momento de la formación, el director, y sólo él, porque no los dejaba intervenir al resto de los profesores, les hablaba a los niños de las virtudes que un trozo de palo tiene para formar la conducta de sus alumnos. Sí o no, les decía, y todos en coro gritaban: ¡Síii señooooor director! Entonces -les insistía el director-, para que no se olviden, tapillas, un dos, y los muchachos en seguida buscaban en sus raídos bolsillos un par de tapillas, las colocaban en el suelo, se arremangaban los pantalones y se arrodillaban sobre ellas. Cirulí Coshón se había dado tiempo para forrar las tapillas y por si acaso lo llegasen a descubrir, andaba a traer dos más en su morral. Eso sí, a nadie contaba que sus tapillas estaban forradas. El director levantaba su omnimoda orden, sólo cuando algún chiquitín de primer grado comenzaba a llorar por el agudo dolor que los puntiagudos dientes de las tapillas causaban en la piel de sus rodillas. Cirulí Coshón se la pasó aquel sábado pensando qué hacerle al director en la próxima semana de clases. Como nunca, se levantó temprano, se dirigió al patio de atrás de su casa, se encaramó en el algarrobo y ahí se quedó un par de horas, pensando en las diabluras que, por encargo de sus compañeros,

tendría que hacerle algún momento al panzudo director, como los muchachos solían llamarlo.

El lunes, en el recreo, todos se pusieron de acuerdo para colaborar en el plan trazado por Cirulí. Comenzaría el Tarallas con el primer relajo al director. En verdad, faltando una media hora para que termine la jornada de ese día, el Tarallas, a una señal de Cirulí se apegó lo más que pudo a su pupitre, se bajó el cierre de sus pantalones y extrajo un guineo verde que cuidadosamente lo había guardado en aquel sitio. Comenzó a golpearlo por debajo de la tabla que formaba el cajón de la banca y que servía para guardar ahí el morral. Después de cada frase que el director terminaba de escribir en el pizarrón, todos se quedaban en absoluto silencio y el Tarallas daba tres golpecitos leves que se los escuchaba nítidos en toda el aula. El director no dijo nada hasta la cuarta vez en que, sorpresivamente, les ordenó que al instante se pusiesen de pie y levantasen las manos por encima de sus cabezas. Sólo el Tarallas no pudo levantarse, atinando a decir que le había agarrado un calambre. Con semejante ocurrencia fue la gran fiesta para sus compañeros, que en sonoras carcajadas llenaron el aula, mientras el Tarallas se iba incorporando lentamente de su asiento con el cierre abajo y con el guineo en las manos. Ninguno pensó que así reaccionaría el director; pues el plan era pasarse el guineo de mano en mano y guardárselo en seguida en la bragueta de sus pantalones en cuanto el director se diese cuenta. Hasta el mismo director quiso reírse al ver la traza y la cara de bobote que el Tarallas puso al no saber que hacer con el guineo. Dominando sus impulsos, el director retomó su acostumbrada figura de autoridad y al grito colérico de qué calambre ni qué vainas le ordenó furibundo que se acerque al escritorio. Delante de todos le haló las orejas, lo empujó contra el pizarrón de madera y le ordenó que se comiese el guineo con cáscara y todo. Luego dispuso que se bajase los pantalones hasta las rodillas. Acto seguido lo hizo tenderse boca abajo sobre los pupitres que los muchachos le acomodaron para que se recueste en ellos -ya que nadie podía cargarlo en las espaldas por lo grandulón y culonazo que era-, y poder sonarle un garrotazo por alumno en sus aguadas nalgas, y bien dado, de lo contrario, el que estaba con amor de madre, se colocaría en vez del Tarallas para

que reciba su merecido. Como era de esperarse, Cirulí Coshón le hizo señas para que se desmayase, cosa que el Tarallas en verdad lo logró, en el momento que le tocaba el turno a Cirulí; el cual dando gritos estrepitosos y a todo pulmón anunció que el Tarallas estaba muerto. Todos los muchachos a un guiño de Cirulí comenzaron a llorar desesperadamente. La noticia cundió al instante por toda la escuela con la infausta noticia de que el Tarallas se había muerto por culpa del director. En un cuarto de hora casi todo el pueblo estaba reunido en el patio de la escuela comentando el percance. Cirulí y sus compañeros se habían propuesto hacerle escándalo al director, y aunque no se imaginaron llegar a esos extremos, habían ganado una primera batalla. Pues, muchas fueron las dificultades por las que pasó el director hasta que aclarase que el Tarallas no estaba muerto sino desmayado.

Esa noche, Cirulí Coshón, en la soledad de su casa que olía a tiempo descompuesto por el peso de los años, soñó que el director se colaba por el techo y que colgado de la pesada viga del dormitorio, apenas sostenido por un largo y peludo rabo que le nacía al término de la columna vertebral, lo quería ensartar con un candente azadón que brillaba como lengua de fuego. En distorsionadas y extrañas formas y con el rabo enroscado a la viga, el director se columpiaba de ella con la cabeza hacia abajo, haciendo brillar sus tenaces y abultados ojos y dando resoplidos de azufre en el aire pesado de la noche.

Olores execrables y a viento mojado le quedaron aún a Cirulí, cuando al despertarse pensó que él mismo respiraba un aliento fétido y diabólico, y el miedo, pensando que despierto iba a verlo en verdad al director convertido en diablo, le vinieron a su mente los remotos recuerdos de su madre que presta corría a calmarlo cuando el energúmeno de su padre quería obligarlo a que se emborrachase junto con él, cuando en el más alto estado etílico llegaba al filo de la madrugada. Poco a poco Cirulí se fue desligando de ese sopor frío y pesado, dejó las cobijas y con coraje gesticuló unas cuantas frases con la seguridad de que hoy tampoco le fallaría el plan, para una vez más hacerlo rabiarse al panzudo y condenado director, pensaba.

Como escarmiento a las malcriadeces del Tarallas y para fortalecer su autoridad, a la hora de la formación del día siguiente y

luego del consabido sermón, el director hizo arrodillar en las tapillas a la escuela entera. Luego de un instante de estar arrodillados, a una señal del Cirulí y al unísono comenzaron a chillar los de sexto, dando a ratos estertores como si se fueran a morir. El resto de alumnos al escuchar el berrinche de los de sexto, se asustaron tanto que comenzaron también a llorar pensando que sus compañeros se estaban muriendo. La situación fue incontrolable. Toda la escuela era un mar de lágrimas. En esa ofuscación comenzaron algunos a levantarse, y poco a poco a correr de un lugar a otro, y preguntándose unos a otros que por qué lloraban, se iban metiendo a sus respectivas aulas. El director y el resto de profesores, anonadados por el comportamiento sorpresivo de los niños, se quedaron en el patio comentando el asunto. Cirulí y algunos de sus compañeros elegidos para la tarea de ese día, cumplieron al acto con su misión. Al entrar el director al aula, los alumnos se quedaron con la cabeza inclinada y apoyada por encima de los brazos cruzados, recostados sobre los pupitres y sollozando muy quedo. Con la cara sonrojada por lo que le acababan de hacer, se acercó hasta el escritorio y presto abrió el maletín para sacar el látigo y dentro del aula sí, darles su merecido. Quiso gritar que se pongan de pie, porque había entrado el profesor, más aún con las funciones de director, pero se quedó estupefacto al ver que dos señoras lagartijas salían desesperadas del portafolio mientras la otra pendía amarrada con un elástico del látigo o San Martín de Porres como lo llamaban los muchachos al acial del profesor.

Una sonora carcajada, desenfrenada y bestialmente cargada de odio fue la respuesta de los chicos que como propina le brindaban a su querido maestro y director de la escuela. El profesor botó lejos el maletín y el látigo, y era de ver cómo el verdoso animal corría por el aula con el látigo atrás. De la carcajada, los muchachos pasaron al alboroto, subiéndose en los pupitres y gritándole al profesor que se subiese en el escritorio. El pobre director, lelo, amoratado y lleno de gruesas gotas de sudor que perlaban su arrugada frente y sus abultadas mejillas, se quedó patiabierito sin saber qué hacer, ni qué decir, en tanto que los ovíparos animales corrían de un lugar a otro pugnando por encontrar un lugar seguro.

El botellón

Serían las diez de la mañana cuando tomó su bicicleta rumbo a “La Ramada”.

En la parte posterior iba suficientemente amarrado el grueso botellón de vidrio. La bicicleta, aunque vieja, aún servía para realizar los mandados. Antes de llegar a “La Ramada” fue interceptado por un grupo de amigos que lo invitaron a jugar fútbol en la cancha del pueblo. Se opuso, pero finalmente accedió.

Apostó la plata de su mamá con la esperanza de que ganaría. Perdió el primer partido, jugó el segundo, el tercero, y en todos perdió. Volvió a jugar, era necesario recuperar el dinero, pero fue inútil: la plata del botellón se fue con sus amigos. Rogó desesperadamente que le devuelvan el dinero; no era suyo, sino de su mamá, pero se le rieron. Se puso a llorar; en la desesperación, se abalanzó sobre uno de ellos; rodaron por el suelo hasta que logró sacarle el dinero de uno de sus bolsillos. Se levantó y echó a correr hasta donde estaba la bicicleta. No logró llegar. De un salto fue derribado de nuevo y golpeado por el resto de muchachos, que al ver que sangraba por la nariz, se dieron a la fuga. Después de un momento se sentó; no sentía dolor alguno, sino la angustia de haberse quedado sin dinero. Se puso otra vez a llorar y a escupir un líquido caliente que sentía llegar hasta la comisura de sus labios. Se restregó los ojos hasta sentir cierta molestia por la acción de las lágrimas y por el efecto del sol que le pegaba directamente en su cara.

Se levantó, ahora sí adolorido. Tomó la bicicleta y no supo si regresar a su casa o rodar hasta “La Ramada”. La imagen de su madre lo atormentaba.

Levantó la mirada, el reflejo del sol le hizo parpadear por breves segundos, que fueron suficientes para verse en medio de las piernas de su madre, que lo azotaba mientras sentía la angustia de la asfixia, por la presión que causaban en su garganta. Seguidamente sintió un fuerte estremecimiento en su espalda como si ya sintiera el efecto de los latigazos.

Aún sonso por la paliza y casi sin darse cuenta de sus movimientos, caminó rumbo a “La Ramada”. El empleado, al verlo llegar, preguntó que le había pasado. El muchacho no contestó. Tras largos suspiros atinó a decir que se había caído de la bicicleta. Tomó el botellón y empezó a llenarlo mientras le aconsejaba cómo conducir con más cuidado. El muchacho no estaba atento a lo que el hombre le decía; más bien se retorció los dedos desesperadamente, pensando cómo decirle que no tenía dinero. Al fin respondió que mañana le pagaría, su madre así mandaba a rogarle. El empleado accedió sabiendo que era una rutina tenerlo todos los días en “La Ramada”.

De regreso a su casa iba pensando qué inventarse para no ser castigado.

Llegó a la vivienda, guardó la bicicleta en el zaguán y comenzó a desatar el botellón para entregárselo a su madre. Volvió a ponerse nervioso, sus dedos torpes, no podían desamarrar el cordón que aprisionaba al botellón. Más nervioso aún y al mismo tiempo con rabia, agarró la lampa que estaba tras la puerta y con fuerza la dirigió hacia el nudo de la cuerda, con la intención de cortarla con el filo de la pequeña plancha de hierro. El impacto fue evidente; el botellón estalló en mil pedazos, quedando en su contorno un fuerte olor a aguardiente.

Salió disparado. Cruzó la calle y se internó en la huerta. Lo mejor que hizo fue sentarse bajo el frondoso árbol de mangos. El corazón le latía con una fuerza de caballo tal, que se llevó las manos al pecho pensando que se le salía. Ya calmado, se dio cuenta que había salido con la lampa en la mano. Escuchó los gritos furiosos de su madre que, desde el interior de la casa lo llamaba. Se apresuró a esconder la lampa y se trepó en el mango. Su madre, con el chicote en la mano pasó bajo el árbol. El muchacho detuvo la respiración, el corazón le volvió a latir con fuerza, escuchando con claridad los fuertes golpes en el pecho. Gruesas gotas de sudor mojaban su frente. No era la primera vez que se subía al árbol de mangos. Cada vez que

su mamá quería castigarlo, corría a refugiarse en la copa del árbol. Bajaba de él al caer la noche y, sigilosamente, iba y se metía bajo la cama. Ahí lo encontraba su madre amoratado y adolorido, por las duras tablas del piso. Entonces, ella conmovida, a veces le perdonaba sus travesuras.

Pero hoy era distinto, no le perdonaría el haber quebrado el botellón. La pobre vieja estaba tan furiosa que pensó amarrarlo como había hecho con sus otros hijos: bajarle los pantalones y ensañarse vigorosamente con el silbido de 5 ó 6 latigazos en sus nalgas. El muchacho había tardado demasiado tiempo en regresar. Más aún que hoy tenía bicicleta para ir y venir de "La Ramada".

Sin embargo, ella tenía miedo que el rato menos pensado se largara el único de sus hijos que había quedado en la casa. "Pero tengo que castigarlo -se decía insistentemente- si no este condenado no me obedece".

Regresó de la huerta: no lo encontró. Así sucedía siempre. Depositó el látigo en la mesa de la cocina. "Nunca se ha demorado tanto tiempo, ni siquiera vino al almuerzo. ¡Y para colmo de males me rompe el botellón! ¡Veránse cosas!, se decía la pobre mujer, aún furiosa. Juntó algunos desechos de comida, puso un poco de agua en la olla y salió a dar de comer a los cerdos. De la cocina pasaba por el estrecho zaguán a la porqueriza. Se detuvo en el zaguán -lugar en el que su hijo dejaba la bicicleta- al observar huellas de sangre en los manubrios de la bicicleta y un pedazo de billete en uno de sus pedales. Se ofuscó, no supo que hacer. Escuchó el gruñido de los cerdos y como que el ruido de ellos le sirvió para ordenar sus pensamientos; corrió al cobertizo y apresuradamente depositó los residuos de comida en la mitad de una llanta partida por el centro, que servía de comedero para los chanchos, regresó corriendo por el vestíbulo, por sobre los vidrios que aún permanecían esparcidos. Cruzó de nuevo la calle y se introdujo en la huerta llamando a gritos al muchacho.

Era la única vez en mucho tiempo que recorría la huerta sin el látigo en la mano.

El habitante de la ventana

Caminó unas tres cuadras y se detuvo para mirar a su alrededor: no había nadie. La luna iluminó la calle con todo su esplendor y el hombre maldijo mil veces ese instante. Esperó inquieto para que se ocultara, mientras observaba el edificio de tres pisos que estaba al frente. Tuvo deseos de subir por las escaleras y abrir la puerta por la cual tantas veces había entrado. La otra vez las escaleras trepidaron en el silencio de la noche que casi lo descubren los inquilinos. Las sombras volvieron a cubrir por completo la calle. El hombre miró de nuevo para todos los lados y empezó a trepar por el poste de la luz que desde hace mucho tiempo su lámpara no alumbraba. Llegó frente a la ventana del tercer piso y brincó al pequeño balcón. Se inclinó al pie de la ventana del departamento para no ser visto. Una cálida música abrigaba el ambiente y se confundía con el frío de la noche. Lentamente comenzó a espiar por un resquicio de la puerta, pero no pudo ver nada. Se acomodó para mirar por un lado de la ventana por donde la cortina no estaba corrida. En la pared de enfrente pudo divisar un cuadro con la fotografía de su esposa, como el único recuerdo que en la casa quedaba. Sus manos se arañaron nerviosamente en la pared al ver cruzar a su hija. Sus recuerdos lo llevaron al instante en que gozoso creyó verla crecer a su lado. Cuántas promesas, ilusiones y esperanzas no había trazado con Catalina, su mujer. Ha pasado el tiempo y su hija se criaba hermosísima. Al son de la música comenzó a deslizarse con movimientos suaves y armoniosos. El hombre tuvo deseos de salir del escondite y correr a donde ella estaba, pero la primera palabra que saldría de la boca de su hija, sería: "criminal, criminaaaaal". Tomarla en sus brazos, besarla, estrecharla contra su pecho, volver a jugar al caballito o al lobito como cuando con su tierna sonrisa endulzaba el hogar, mientras Catalina iba a estudiar por las tardes y hasta la noche en la universidad.

La chica se alejó de la sala, él se arrimó en la pared, se deslizó sobre ella y continuó dando rienda suelta a sus recuerdos.

Todo empezó con el pretexto de que a Catalina se le había metido en la cabeza seguir la universidad. Yo me resistí en un inicio; para qué, le decía, si sabes bien que para nomás de ti y de nuestra hija en la fábrica me pagan bien. Pero más pudo tu aptitud enérgica que decidida optaste por seguir estudiando con permiso o sin él. Siempre pensé que el haberme dejado dominar de ti fue la perdición de mi vida. Desde el mismo instante en que te conocí por coincidencia en el baile que todos los años hacía el barrio en honor a las Cruces tuve que acompañarte hasta tu casa porque así me lo habías pedido mientras caminabas abrazada a tu novio. Ay, Catalina Catalina, tuviste después la audacia de tener dos enamorados al mismo tiempo y yo no tuve la valentía para insinuarte que te decidias por uno de los dos. Siempre fuiste impulsiva, tremendamente coqueta y con un no sé qué en tus ojos que atraías a cualquier mortal. Y así fue, nunca más pude desprenderme de ti hasta hoy en que todo el mundo piensa que estoy loco y preso. Y esta es la peor desgracia de mi vida. Catalina, que piensen que vivo loco, que soy un criminal y que no pueda ver a mi hija. Mi hija, mi hija, si hasta de eso tengo dudas, Catalina. Mis amigos siempre me decían que te deje porque tu otro enamorado vivía ya con vos, pero a mí no me importó nada con tal que de repente me dejases estar contigo, y yo nunca te reclamé por nada. Hasta la gente hablaba que estabas preñada, y a mí me dolía en el alma pero no te decía nada por temor a perderte, y así fue cuando se me ocurrió pedirte en matrimonio porque pensé que era la única manera de tenerte a mi lado definitivamente así te siguieras viendo con el otro.

Era tal mi amor enfermizo por ti que no me importaba en absoluto lo que hicieras con tal que no me abandones. Nació nuestra primera niña quince días antes de cumplir los nueve meses de casados y el médico dijo que eso era normal, Catalina. Creí que todo sería felicidad, oh mi Cata, Catita, por qué me hacías tantas cosas si yo nunca te ofendí. Dicen que después dejabas a la niña sola, encerrada, mientras tú dizque salías no sé a dónde, que te veían aquí, que te veían

allá, mientras yo trabajaba. Las llamadas telefónicas eran continuas a la oficina de la fábrica, hasta los obreros me miraban como a bicho raro, y sabía que siempre se la pasaban comentando. Un día me dijeron que hasta con los mismos obreros te acostabas, pero yo no te decía nada, a veces pensaba que el mundo siempre se destruía por los chismes y no por lo que en verdad sucedía, y tú sabes que todo lo olvidaba al llegar a casa, bastaba con ver la hermosa figura de tu cuerpo, ese pelo tan liso y suave que te llegaba hasta la cintura.

Todo se conjugaba para amarte, arrodillarme frente a la figura de mujer bien formada, y embriagarme con tu olor de hembra, cuando me acogías con ardor y tus pechos vibraban exaltados recorriendo mi cuerpo. Si, Catalina, todo quedaba olvidado máximo si al instante escuchaba a nuestra niña que reía o lloraba y presto me pasaba horas jugando con su inocencia y con esa frágil sonrisa y el candor de esa belleza que empezaba a despuntar y que cada vez se iba pareciendo más a ti, Catalina, mi Catita. Todo se complicó cuando te dejé ir a la universidad. No me importó que la gente dijera que cuando yo no estaba en casa, tú salías, con tal de que cuando regresase del trabajo estuvieras en casa. Pero las ausencias comenzaron con el maldito pretexto de la universidad. Venías demasiado tarde, de noche, a la madrugada, y a veces ni siquiera llegabas.

En la fábrica, Catalina, me creían el gran pendejo; yo me daba cuenta aunque no me lo decían en la cara. Comencé hasta a perder la autoridad de jefe de planta. Me aislaron, ya nadie conversaba conmigo a no ser sólo para lo necesario. Un día mis familiares me visitaron en la casa y me persuadieron para que te abandone. Yo me llené de tanto coraje que los mandé botando a todos y les dije que nunca más vuelvan a pisar mi casa si se atrevían de nuevo a venir con cuentos y a pedirme semejantes cosas. No sé si tú lo sabías pero yo sufría en silencio; sólo me consolaba la existencia de nuestra niña.

Tú sabes, Catalina, que no me agradaban las fiestas, no fumaba ni me apetecía el aguardiente, y jamás tuve otra mujer que sólo tú. Hoy me doy cuenta, Catalina, tal vez eso te aburrió: estar sola en la casa. Llegó un momento en que cuando en la noche no

llegabas, pronto sentí la curiosa necesidad de tomar. La espera se volvía desesperante, al ver que no regresabas, nuestra niña se quedaba dormida y tú no llegabas. Comencé a comprar aguardiente, ni siquiera sabía cuál sería el mejor. Lo cierto es que empezó a gustarme porque me apaciguaba mi dolor. No concebía vivir sin ti. Podrías hacer cualquier cosa, Catalina, pero no dejar de venir. No sé cómo principié a descuidar mi mancha de vestir, de afeitarme. Llegaba atrasado al trabajo por los efectos del aguardiente; sufría de continuos malestares de cabeza. Empecé a perder la compostura; el mal humor afloraba a cada instante; insultaba a los obreros por nada. El sindicato de trabajadores se me vino encima. Las cosas se complicaron, Catalina, hasta que tuve que renunciar de la empresa. Pues todo el mundo me conocía como el cornudo, el dos cobijas, y yo no lo aguantaba, Catalina, te juro que no lo soportaba; me vi forzado a renunciar.

Lo demás es cosa que tú y todo el mundo lo supo, Cata. Después tuviste vergüenza de mí, no me dejabas llegar a la casa, sin trabajo, mal vestido, desnutrido. ¿Quién la crió a mi hija? No sé exactamente, Cata. Al menos casi nunca me llegaban noticias. Por referencias apenas sabía que después de aquel día fatal, tu madre la criaba a nuestra hija.

No puedo vivir más así, Catalina; si supieras que quiero ver a mi hija, borrar la falsa imagen que tú y luego tu madre crearon en ella; todos los recuerdos agradables que la pequeña niña tenía de mí. ¡Oh Dios!, esta angustia no puede continuar, son varios días desde que me escapé de la cárcel y ansío verla, conversar con mi hija después de tantos años. Yo sé que tiene que ser muy duro para mi hija que comprenda que tuve que actuar así. Qué más me quedaba. Si no hubiera visto con mis ojos que me engañaban y en mi propia casa, no hubiera actuado así. Me privé, Catalina, como creías que me iba a quedar tan tranquilo sorprendiéndote en semejante espectáculo. Catalina, tu recuerdo me atormenta, aún retumban en mis oídos toda la descarga del revólver que a ti y a ese desgraciado...

Los pensamientos del hombre se vieron interrumpidos súbitamente al escuchar que desde el interior de la casa, con voz enérgica, la abuela le decía que se acostara pronto... No pudo seguir escuchando, sintió que el frío de la noche le penetraba por su cabeza como aguja hiriente, al ver que, en el balcón, un jovencito: rubio, colorado, garboso y con abundante melena, se había encaramado por el poste de la luz por el que él subió y que, anonadados, entrambos se miraban, en el mismo instante en que desde el interior del departamento, la muchacha abría la ventana del balcón.

San viernes

Sentado frente al televisor espero a mi mujer. La cabeza me estalla y no encuentro modo de estar bien en ningún lado. No creo que en verdad se vaya. No tiene a donde ir y además sin un solo centavo qué puede hacer. Ni una bendita aspirina encuentro y con este frío aterrador no me atrevo a ir a la tienda. Los comerciales de la televisión me incomodan aún más y opto por apagar el aparato. Acudo al equipo de sonido y lo primero que encuentro a la mano es un long-play. En la portada consta el retrato de una mujer desnuda, que con los brazos cruzados a la altura del pecho, sostiene sus enormes senos. Quedo observándola un largo rato, en tanto ella sonríe.

El dolor de cabeza aumenta, siento como unos enormes martillazos que golpean mi frente. El ambiente es insoportable: colillas de cigarrillo por todos lados, vasos rotos, escupitajos aquí y allá, una botella de ron caney a la mitad, un par de chompas en los sillones. Creo que peleé con Ambrosio. Algo dijo de Carmen y de Ramiro. Cómo se atrevió el bestia este a salirme con semejantes bobadas si Ramiro es mi mejor amigo. Coloco el disco en el gramófono y escucho: "Payaso, soy un triste payaso..." y siento deseos de seguir bebiendo. La botella me tienta, pero no bien pasa el líquido por mi garganta, siento que el estómago se me remueve. Corro al baño, y antes de llegar, vomito como un perro. Las tripas se me salen, los ojos se me desorbitan. Es el momento más angustiioso que puedo experimentar. Todo el cuerpo se me convulsiona y tengo que apretarme las sienes a dos manos, el dolor de cabeza a estas alturas resulta inaguantable. Ni siquiera la mujer esa está aquí para que me prepare una agüita de mortiño con clara de huevo. Lentamente me voy recuperando. Doy unos pasos, y de nuevo la náusea. Ahora es un vómito seco. Las paredes del estómago me duelen. Apenas logro botar un líquido espumoso, amargo y verde-amarillento.

En la desesperación, introduzco los dedos hasta topar la úvula para acelerar el vómito; quiero expulsar hasta lo que no tengo. Me quedo tranquilo por un momento, pensando preocupado en que

si no tomo el agua de mortiño, el vómito regresará después de un momento. Levanto la mirada lentamente, moviendo la cabeza con cuidado. Un movimiento brusco y la náusea me asaltará de nuevo. Al frente veo la taza del retrete. El tocadiscos ha dejado de sonar. En cada borrachera, cuando llego a este estado calamitoso, me arrepiento y renuncio mil veces a beber. Mi mujer siempre me increpa después del antídoto: “Anda, sigue bebiendo, eso te hace bien, ¡que te curen tus amiguitos! Yo soy la burra que tengo que cuidarte en cada borrachera”. Sus palabras me resuenan en los oídos como granizo al caer en los tejados de zinc, y yo calladito, con tal que me prepare el remedio.

Que regrese pronto: la cabeza, la náusea y ya mismo los asientos; esto es un martirio. Soy un pobre inútil. No tengo la suficiente entereza para negarme cuando les digo a mis compañeros de oficina: no puedo beber, me hace daño, ustedes bien saben. Y ellos, “no cholito, cómo vas a perderte el san viernes, ya sabes lo bien que la pasamos topándole las nalgas a la Miqui, o nos vamos a la “Todos vuelven”. Imagínate esos pechazos de la empleada, y si se descuida la dueña de la cantina, bueno... ya sabes... La otra vez con sólo quinientos sucres te quedaste abismado de la “pechazos”. Andá cholito, no te agüeves”. Claro, y yo con la tentación: vamos, qué carajo, una vez a la semana no hace daño. ¿No hace daño? Será a ellos. Yo estoy aquí que me muero y ahora mismo que se larga esta mujer del diablo. Pero cómo no me voy a molestar si anoche la quería abrazar y ella que no; que estás apestando a aguardiente. Pero es que las mujeres no comprenden lo libidinoso que uno se pone después de unos tragos. Quisiera que ellas se emborrachen para ver cómo les va. A ver si no estarían rogándole a uno también. Y uno, quítate, estás apcstosa. Pero como no toman, claro, que van a comprendernos.

Pero dónde se habrá ido esta mujer. No pensé que lo tomara tan en serio. Hijos de perra, la próxima vez que me inviten les rompo la cara. A ver si ahora vienen a hacerme reconciliar con la Carmen. Todavía tuvieron la osadía de hacerse invitar a mi casa, y el gran relajo que armaron. Sólo Ramiro parecía tranquilo. Cómo van a venir a decirme en mi propia casa que ella es como una mula. Que la

ponga así y asá, que ojalá así quede preñada, y si no, que se las preste para ver si el flojo no resultaba yo. ¡Qué grandes bestias!, ¡lo que hacen los tragos! Y lo que más me intriga es no saber si la Carmen escuchó, porque, que yo recuerde, ella se levantó cuando nos fuimos de trompadas con Ambrosio, que era el más bocón.

Me voy a descansar, ya me siento más aliviado. Ni siquiera me desvestí anoche. Con el pañuelo me limpio la frente sudorosa, los ojos que aún me lagrimean y las barbas, aún con residuos del vómito. El dormitorio está hecho una desgracia. Pero si me parece no haberla pegado muy fuerte. Pendeja, cómo te has de negar cuando uno está borracho. Me amenazó con irse en cuanto amaneciera. No mencionó absolutamente nada de Ambrosio y los muchachos. Guardo las esperanzas de que no se haya enterado de nada. Y, si escuchó, qué vainas, “a lo hecho pecho”. Ya regresará, posiblemente esté donde alguna de sus amigas de la U.

Otra vez la náusea. Concentraré mi atención, como en otras veces, en alguna mujer hermosa. Fantasear que la desnudo con los ojos, imaginando las curvas de su cuerpo, toc... toc... la puerta. Si es la Carmen ¿por qué no empuja? Hago todo el esfuerzo posible para, al levantarme, no vomitar. Cuando me levanté a ver la televisión, aún bobo por el chuchaque, pensé que ya no me iban a hacer ningún efecto los tragos. Llego sudando a abrir la puerta. Es la lavandera. Al verme se asusta diciendo que estoy pálido, como un papel. Yo ni idea tenía que hoy le tocaba lavar a la chola. Al instante cruzan por mi mente una serie de pensamientos lascivos al verla entrar. El malestar se me va de golpe al observar sus abultadas nalgas. Le ruego que primero arregle la casa, porque mi mujer ha salido de compras. Ella, sin decir una palabra, me pega una mirada cargada de picardía. Coloca todo en orden. La sigo hasta el dormitorio, y, cuando se inclina para arreglar la cama, mi instinto de animal me impulsa torpemente a empujarla. Ella, como esperando el momento, cae en el lecho. No opone resistencia. Rodamos en la cama, mientras entre agudos jadeos y mordiscos, la chola me dice al oído; “Mi tonto doctorcito, a doña Carnita la acabo de ver entrar en el hotel Palanda, de la mano de don Ramiro”.

Campo de Marte

El oficial esperaba el parte. Todos permanecíamos firmes, la vista al frente. Algunos apenas si podían mantenerse en pie. De entre la fila alguien gritó:

-Permiso mi subteniente, salgo de la fila.

Mi soldado Achupallas se había cuadraído ya.

-Permiso mi subteniente, Compañía Comando con 120 conscriptos presentes, de entre ellos: once borrachos y ocho con hipo.

-Numerarse -ordenó desde el centro del patio mi subteniente, luego de que mi soldado Achupallas diera el parte. A mí aún me duraba el sabor a tierra que en la boca en algo disimulaba el olor del aguardiente.

-Uno, dos, tres... 119 mi subteniente -gritó el último de la fila.

Y el Metro añadió:

-El otro salió de la fila y está vomitando mi subteniente.

-Que se vayan a dormir -ordenó mi subteniente a mi soldado Achupallas, que era el clase de semana.

Todos nos sorprendimos por esa orden. Era la primera vez que salíamos francos. A los tres meses sentíamos tanto gusto de salir a las calles del pueblo, que lo primero que se nos ocurrió fue ponernos a tomar. Los conscriptos antiguos nos habían dicho que si nos propasábamos con los tragos, mascáramos un poco de tierra o algún monte. En la fila, antes que mi soldado Achupallas dé el parte al oficial de semana, tuvimos que ir soplando a la altura de sus ojos, para verificar si habíamos tomado o no.

Las luces se apagaron. En la cuadra reinaba un silencio absoluto.

De vez en cuando se oía los pasos del “imaginaria” que se paseaba por la fila de literas revisando alguna novedad. Yo no podía conciliar el sueño. Una, porque los tragos que me había tomado, eran pocos; y otra, porque estaba preocupado por las sábanas que tuve que vender en el pueblo, para comprar la cerveza. Estaba dispuesto a recuperar las sábanas y si era posible a conseguir más para la semana siguiente. Así es que tenía que esperar unas horas más para empezar mi plan. No esperé mucho; no se oían ya los pasos del imaginaria. Que yo recuerde, nunca había tomado cosas ajenas, por eso tenía miedo de robarles a mis propios compañeros sus pertenencias. Pero me habían insistido tanto los conscriptos antiguos de que si no procedía así, estaba fregado, pasaría por el más “guevón” de los conscriptos. De todos modos no resultó difícil, por lo menos recuperé mis dos sábanas. No tuve valor para sustraerme otras, pese a que había la posibilidad, pues muchos dormían a pierna suelta y el imaginaria también se había quedado dormido.

A las siete de la mañana del día siguiente, el parte fue normal. Estábamos listos para salir a instrucción, cuando escuchamos a mi capitán Gavilanes que le ordenaba a mi subteniente Lasso que nos conduzca al Campo de Marte. Al menos a mí, se me heló la sangre. Por referencias de los conscriptos antiguos sabíamos lo que allí nos esperaba. El Campo de Marte quedaba en la parte de atrás, hacia medio kilómetro del cuartel, en un espacio cerrado por pequeñas lomas. En el centro de Marte había una laguna pestilente donde nadaban los patos, de propiedad del cuartel, y a un lado de la laguna había cuatro cuartos de tabla con techo de zinc, tres de ellos destinados para la clase seis y el otro para el patero. Nosotros estábamos ansiosos por saber cuándo nos llevarían el servicio de clase seis; pues nos contaban que a Macará venían unas prostitutas peruanas que eran requeiebuenas. Algunos tontos de mis compañeros iban felices, pensando que nos llevaban a clase seis.

-Compañía, alto -ordenó mi subteniente Lasso en cuanto estuvimos en el Campo de Marte, frente a la laguna de los patos.

-Formar en columna de a dos -dijo con su acento pastuso.

-El personal de tropa, buscarse un garrote, y se forman tras estos muérganos. Sacarse el casco y colocarse en trípode —ordenó, furioso, mi subteniente. Enseguida obedecimos y asentamos nuestra cabeza en el terreno pedregoso.

-Reclutas infelices, mamarrachos, qué se han creído pues, hijos de puta, que están con su madre, nos dijo-. Se los saca francos y van a hacer justamente lo que se les prohíbe. Aquí vienen a formarse, muérganos, y las órdenes que se les imparte tienen que cumplirlas al pie de la letra.

Era la primera vez que nos trataba así. Hasta hoy ni siquiera nos había castigado por nada. Los conscriptos nuevos nos sentíamos hasta orgullosos por la forma como nos trataba. Creíamos que como todos éramos estudiantes, y muchos de ellos universitarios, que era la razón por la que nos consideraban de manera muy especial a la de los conscriptos antiguos.

-Por fin llegó el momento mis estudiantitos, para sacarles la madre -continuó mi subteniente-. ¡Conque ustedes son los consentiditos de mi coronel Almeida! Vea, sargento Quisaguano, cáigale a garrotes al que esté levantando la cabeza o bajando las manos. En esta posición quiero tenerlos mariquitas de mierda. A ver, quién se atreve ahora a gritar que los militares somos unos gorilas. Como en la vida civil están enseñados a vivir desordenadamente, creen que aquí a nuestra noble institución armada se viene a vivir como les da la gana. Hoy van a recibir un escarmiento para que sepan que aquí se viene a obedecer y para que se acuerden toda su vida del subteniente Lasso, y ojalá se les borre de la cabeza la idea de que los militares somos cabeza hueca.

Mi sargento Quisaguano se daba gusto garroteándonos a algunos que no nos aguantábamos en la posición de trípode y de vez en cuando teníamos que bajar las manos para poder sostenernos y evitar el dolor que esta posición nos causaba en la nuca y en la cabeza hasta hacernos chichones que nos duraban meses y en donde el casco era nuestra mayor incomodidad.

-Levantarse -ordenó mi subteniente, justo cuando yo ya no soportaba más la posición de trípode y me aprestaba incluso a levantarme, sin medir las consecuencias en que me hubiese visto abocado por la iracundia del gorila, digo de mi subteniente. Como se dice que los costeños somos flojos, creo que en verdad es así, porque la mayoría de mis compañeros eran serranos, ¡y verles la verraquera de los pelados! que casi no se movían de su posición.

-Para quitarles la traza de niñas bonitas que tienen, hasta contar tres quiero verlos llegar hasta el centro de la laguna, sin mojar el fusil, y se regresan nadando de espaldas. Uno, dos, tres, moverse reclutas -ordenó mi subteniente, mientras soldados, cabos y el sargento Quisaguano nos empujaban a la laguna con garrote en mano y gritando también-: moverse, moverse, reclutas, están muy lentos.

¡Era de verle la cara a mi subteniente! Parado en la orilla de la laguna, con los brazos cruzados y en una posición como de gamonal con sus peones. Se sonreía viéndonos como nos enterrábamos en la laguna pestilente y cenagosa, mientras los patos salían en estampida sin comprender qué pasaba. En dos o tres vueltas que dimos, mi subteniente ordenó que nos formáramos de nuevo. Nos habíamos embarrado hasta el casco y ningún fusil quedó libre de enlodarse, pues nos servía para afianzarnos, cuando en tropel nos empujábamos unos a otros, antes de que los garrotazos de los clases nos caigan encima.

-Ajá -dijo-, ¿conque no quieren hacer caso, no? Un paso al frente el que no ha mojado el fusil.

Nadie salió. Se veía en el rostro de todos que nos había entrado una verraquera de las san putas y una indignación desmedida al vernos en esta calamidad.

-Colocarse en trípode -ordenó de nuevo, y uno a uno nos fue pateando en el estómago, en tanto continuaba insultándonos con un lenguaje que, en el poco tiempo que estábamos en el cuartel, no lo habíamos escuchado hablar así.

Por referencias conocíamos algunos comentarios del subteniente Lasso, perdón, digo de mi subteniente Lasso. Decían que le habían dado el pase a este batallón de frontera porque en el oriente a punta de garrote se había desgraciado en dos conscriptos. Y para que la institución no se vea afectada hicieron correr la noticia de que se habían perdido en la selva, y nunca más los volvieron a ver: ni sus familiares ni nadie. Como acá se había portado tan bien y era el comandante de nuestra compañía, se nos habían disipado los temores. Hoy, en esta posición, me asalta el temor de que se ensañe con nosotros hasta dejarnos rengos, si es que no nos medio mata también.

-Formar el personal de tropa -ordenó, después de habernos pateado a todos mientras continuábamos en la posición de trípode-. Sacarse la bayoneta y procedan a la operación que ya conocen.

Los clases, muy obedientes, con mi sargento Quisaguano al frente, procedieron, desde el primer conscripto de la fila hasta el último, a darnos con la bayoneta en los muslos. Y en forma uniformada, mientras un clase nos pegaba en el muslo derecho, el otro lo hacía en el izquierdo.

El dolor era tan intenso que, cada bayonetazo que se nos hundía en la carne fofa, nos hacía ahogar un nudo de dolor en la garganta.

De pronto, mi subteniente, con su forma acostumbrada de cruzar los brazos a la altura del pecho, mientras se deleitaba mirándonos cómo nos torcíamos de dolor por la posición del trípode y de los bayonetazos, dijo:

-Alto, alto mis clases. Ustedes están muy madres con mis estudiantitos. No los he mandado a acariciarlos, sino a sacarles la madre a estos reclutas. Vuelta a la garita, carrera mar -les ordenó, y salieron corriendo a la caseta del centinela que quedaba en la cumbre de la loma más alta. Yo, internamente me sonreía y creo que mis compañeros también, al ver cómo corrían cuesta arriba, sobre todo mi soldado Achupallas, mi cabo Alquina y mi sargento Quisaguano que eran los más gordos y barrigones.

-Levantarse -dijo mi subteniente-, formar bien y ponerse los cascos.

-Para qué han venido a las Fuerzas Armadas, reclutas -gritó.

-Para formar nuestro cuerpo y nuestro espíritu -gritamos en coro.

-Ajá, ya no quieren gritar, ¿no?

-¿Para qué han venido aquí.?

Nosotros volvimos a gritar lo más que pudimos hasta que el grito hizo eco en las lomas.

-¡Entonces, infelices, por qué hacen lo que se les viene en gana! Y en un supremo arrebató de iras, arremetió contra el primero que estaba en la fila, y lo cernió a puñetazos por donde más pudo.

Hacer pucho -nos dijo, y comenzó con el segundo de la fila a descargarle tremendo puñetazo en la cara. Teníamos que inflar lo suficiente el carrillo en el lado donde iba a caer el golpe, para que cuando nos lanzase el puñetazo no nos reventara la parte interior de la cara, que con el impacto chocaba en la dentadura y nos desencajaba el semblante hasta dejárnoslo como plato trizado-. Colocarse en trípode -ordenó de nuevo en tanto terminó de hacer pucho con los últimos de la fila y comenzaban a llegar los clases, fatigados.

-Ahora sí, espero que no se porten como madres -les dijo a los soldados- o los hago más bien garrotear a ustedes con los coshcos. Continúen con su tarea. Y volvieron a sacar sus bayonetas y a darse gusto con nosotros, ahora sí con más furor.

La verdad es que comencé a desengañarme de la bondad de mi subteniente Lasso. Nos decían que alguna vez en este batallón y junto al árbol que quedaba en el centro del patio del cuartel, hizo colgar a dos civiles, hermanos, que habían maltratado a su anciano padre. Los vecinos fueron a denunciarlos al cuartel. Él mismo, un día, chuchaque, se encargó de cogerlos, traerlos al cuartel, amarrarlos al

árbol, apenas topando la punta de los pies en el suelo, y darles una paliza con un alambre de luz en la espalda desnuda, hasta hacerlos sangrar y luego ponerles limón con sal, y no sentirse contento hasta que los vio desmayarse de dolor.

-Levantarse -volvió a gritar. Los bayonetazos nos hincaban en los muslos como si nos hubiesen estado prendiendo fuego en la piel. Hasta contar diez, están aquí todos formados, vuelta a la garita, carrera mar, reclutas.

Salimos disparados, cojeando, cojeando, cuesta arriba, hasta llegar a la caseta del centinela y bajar por las mismas, en tanto que los clases nos seguían atrás, pero no llegaban ni hasta la mitad del cerro. Ahí nos esperaban para, al regreso, corretearnos de bajada hasta llegar a formar.

Al descender rodábamos como pelotas por los tropezones y empellones que nos dábamos por evitar los palazos de los clases y de mi subteniente que se había conseguido una vara larga. Yo como era el más grandulón entre unos pocos, siempre llegaba primero, pero me acordaba del Metro que apenas medía ciento veinte centímetros y era el que más aguantaba porque siempre llegaba al último.

-Ocho, nueve, diez, alto -dijo mi subteniente, cuando llegábamos unos pocos al centro de Marte-. Están muy lentos muérganos, vuelta a la garita, carrera mar -nos dijo, y esta vez fue él quien nos correteó hasta la caseta del centinela, ida y vuelta. A la bajada, en media loma nos hizo parar y ordenó que bajáramos rodando, dándonos volantines hasta llegar al Campo de Marte. Aunque del fusil no podíamos separarnos por nada del mundo, los cascos se quedaron en medio camino. Unos teníamos los fusiles cambiados y la ropa rasgada por lo accidentado del terreno. Todos rasmillados y como cristos formamos de nuevo a una orden de mi subteniente.

-¡Colocarse en cuclillas y alzar el fusil a dos manos. En esta posición me cruzan la laguna, patitos mar! -dijo, y empezamos a caminar como patos en dirección a la laguna.

A mi lado se había formado el Metro que, con su cara rasmillada, sudorosa, y con el casco al revés, como si fuera alemán, me dijo casi al oído, con lágrimas de rabia en sus ojos, mientras entrábamos a la laguna: “Yo lo mato a este cabrón, tengo el fusil cargado”. Yo reaccioné como cimbra, porque el fusil sólo lo cargábamos cuando hacíamos guardia, y ante todo, porque conocía al Metro que era capaz de todo. Yo le dije: “No seas bestia, sé hombre, cómo vas a cometer semejante burrada, contrólate”. Entonces recordé otra anécdota que los antiguos me habían contado de mi subteniente, cuando un conscripto de aquí del pueblo, le había disparado un balazo que por fortuna le impactó en el brazo-, por la audacia que mi subteniente había tenido de meter en el cuartel a una hermana del conscripto para que se acostase con mi subteniente cuando le tocaba hacer de oficial de semana. El escándalo había sido tal en una noche que, la macareña en ropa de dormir y toda ella maltratada y sangrando por la nariz salió corriendo en la madrugada al centro del patio y gritando que la auxilien porque mi subteniente la quería dizque matar, sólo por haberse negado a continuar acompañándolo a dormir en el cuartel. Nosotros nos reíamos de tantas cosas que nos contaban del loco Lasso -como le decían los conscriptos antiguos-, pensando que eran puros inventos. Hoy me convenzo que todo es cierto de este hombre. Si ahorita pare fuera de lo normal: veo en sus ojos un brillo como de animal en acecho, y se ha puesto más colorado de lo que es, de lo puro furioso, y con esa sonrisa sarcástica que se me hace chirincho el cuerpo.

-Les dije pasarse en cuclillas, mamarrachos, aún todavía no saben lo que es obedecer, ¿no? -nos gritó, arrastrando sus palabras de pastuso, mientras llegábamos nadando a la otra orilla; imposible pasarnos en cuclillas.

-Un paso al frente los que están sin casco -nos dijo, y pasaron como unos treinta-. Por éstos, vuelta a la garita, carrera mar. Y qué esperan ustedes clases, quiero verlos subir con ellos hasta la garita, para que a punta de palos los apuren a estos condenados, aniñados, maricas, que han pensado que aquí al ejército se viene sólo a comer y a dormir.

-Moverse, moverse, reclutas -nos gritaban los clases, sobre todo el cisneño del soldado Achupallas que era el más bocón. Se daban gusto cayéndonos a palos, en tanto que mi subteniente se quedó habla que habla hasta vernos llegar a la garita. Regresamos al lugar de partida y nos hizo formar de nuevo. Al ver que muchos aún seguían sin casco, se paró junto a la caseta de clase seis y ordenó que uno por uno fuera pasando junto a él, se inclinase y le lamiera las botas hasta que quedasen brillantes con las 120 lenguas que tenían que pasar por sus zapatos. Ordenó también que luego regresemos a nuestro puesto y bajo el cuidado de los clases realicemos cien flexiones de pecho al unísono de a todo pulmón, cantando "Vasija de barro", que era la canción que dizque a los conscriptos antiguos les hacía cantar a media noche, cuando llegaba borracho y ordenaba que toquen zafarrancho para que todos se levantaran y le cantasen la "vasija", que era la canción que más le gustaba y con la cual se emborrachaba.

Cuando llegó mi turno, sentí un deseo irresistible de morderle la canilla y escupirle la cara a mi subteniente. Pensaba que si estuviéramos de igual a igual, le rompería la cara a puñetazos, batirnos hombre a hombre para ver quien era quien. Yo, que en mi vida de estudiante, me había caracterizado por revoltoso y por ser el que más piedras lanzaba en las manifestaciones a los edificios, a los chapas y a los gorilas, me daba la impresión de que hoy las estaba pagando todas. Pasé a realizar las flexiones de pecho y en tanto que cantaba "Vasija de barro" vi de reojo al Metro, que esta vez, antes de inclinarse a lamerle las botas a mi subteniente, primero les pasó la mano como para que se limpiaran de la saliva que dejaban nuestros compañeros. Fue tal el patazo que el Metro recibió en las quijadas, que perdió patas arriba. Mi subteniente llamó al soldado Achupallas, que era el más desmadrado de los clases, para que le diera su merecido al Metro, que aunque chiquito, el condenado era verraco. Ya nos lo había demostrado en otras ocasiones cuando salíamos a trotar o nos ponían a boxear o alzar pesas. El soldado Achupallas lo colocó frente a nosotros, que seguíamos flexionando y cantando "Vasija de barro".

Lo hizo poner en trípode y le propinó como unos veinte garrotazos. El Metro los recibió sin quejarse. Sólo veíamos cómo su rostro se contorsionaba en gestos de dolor y en gruesas gotas de sudor que le resbalaban hasta la cabeza, por la posición en que estaba. Al menos, creo que fue el único que no le pasó la lengua a mi subteniente.

Terminada la operación, continuábamos cantando y flexionando, hasta que mi subteniente ordenó:

-Levantarse reclutas, se me acaba de salir un pedo, carrera mar, a buscarlo.

Por un instante, todos nos miramos las caras por la ocurrencia morbosa de mi subteniente. Pero enseguida salimos en carrera desordenada sin saber para donde tomar por la ofuscación del momento y por los garrotazos de los clases que enseguida nos cayeron encima para obligarnos a correr.

Unos cuantos corrimos a la garita, otros a la laguna, algunos treparon por el resto de lomas y varios daban vueltas a la caseta de clase seis en busca de la ansiada ventosidad de mi subteniente. Lo gracioso fue que al darnos cuenta del desorden en que corríamos, porque los pocos clases no podían controlarnos a todos, por las diferentes direcciones que habíamos tomado, mi subteniente ordenó a gritos que regresáramos a formar en el centro del Campo de Marte, que hoy, conforme nos castigaban, me estaba dando cuenta por qué lo llamaban campo de marte. No bien nos hubimos formado, el Metro gritó desde la fila:

-Permiso mi subteniente -y salió corriendo a cuadrarse frente a él a dos pasos de distancia, y dijo:

-Permiso mi subteniente, pero aquí le traigo el pedo, sólo que hecho mierda, porque acaba de chocarse en un árbol -y el Metro le mostró un poco de guano de pato, que no sé como, en su ofuscada carrera, se le había ocurrido semejante y audaz idea.

En coro, todos nos reímos por la ocurrencia, hasta los clases, que con gestos furtivos disimulaban para que mi subteniente no se

diera cuenta. Pero la risa se nos quedó ahogada en medio camino. La expresión del oficial fue tan evidente, que su rostro colorado de por sí, y lleno de protuberancias por las espinillas que se le dañaban en la cara, se le hincharon como queriéndosele reventar, de lo puro furioso que se puso.

Lo primero que hizo fue agarrárselo a trompadas y a patadas al pobre Metro, y quitándole el fusil lo arremetió a culatazos por donde más pudo hasta hacerlo revolcar, y encogerse en el suelo como lombriz.

-Ahora van a ver de veras quien es el subteniente Lasso, muérganos -nos dijo, mientras el Metro se revolcaba en el suelo-. Los he venido tratando como una madre, pensando que son racionalitos, pero se la quieren dar de avispados, burlándose de la autoridad militar, civiles asquerosos, que por un accidente tienen el honor de vestir el uniforme militar, para que aprendan a ser varones, con ñeque, y no anifiados, mis maricas estudiantes. Aquí vienen a comer con manteca, a formarse y a disciplinarse, y sin embargo creen que aún están en la vida civil. Hasta contar diez, quiero verlos a todos desnudos, se quedan sólo con el casco y el fusil. Cabo Alquina, me consigue un alambre de luz -terminó diciendo mi subteniente, más rabioso que una perra parida, mientras nos desvestíamos a la brevedad posible, en tanto que comenzó a contar hasta diez.

-Colocarse en trípode -nos dijo, una vez que todos quedamos desnudos.

Pero sacándose el casco, sacándose el casco, reclutas bandidos.

Creo que los clases fueron los que más se rieron, al ver cómo nos blanqueaban las nalgas en posición de trípode.

Un solo latigazo pasó dándonos con el alambre de luz, y tuvimos que salir corriendo a la garita y volver a formar. Yo no sentí el dolor en la nalga enseguida, por el latigazo, sino un nudo en la garganta y un raro cosquilleo en la huella de sangre molida que nos quedaba en donde caía el fuetazo. La sensación más horrible que

pude sentir, mientras escuchaba el zas, zas, en las nalgas y en los muslos de mis compañeros, fue la espera hasta que me caiga a mí el latigazo.

Después del latigazo y la vuelta a la garita, nos formamos de nuevo.

Mi subteniente preguntó:

-¿Cansados, reclutas?

Todos gritamos:

-No mi subteniente.

-No se escucha mis estudiantitos, no se escucha.

-¿Cansados?

-No mi subteniente -volvimos a gritar lo más que pudimos.

-Entonces, vuelta a la garita, carrera mar -y él mismo se encargó, junto con los clases, de corretearnos, mientras corríamos saltando como sapos, para no lastimarnos los pies. Luego nos hizo trotar alrededor de la laguna, sólo para reírse al vernos cómo trotábamos desnudos, en tanto que, junto con los clases, nos hizo cantar: "Mi patria mía yo te prometo que en las fronteras..." y alternábamos con: "Si Adelita se fuera con otro la seguiría por tierra y por mar..." o también: "Chaplin se fue a la guerra montado en una perra, la perra se agachó y Chaplin..."

-Alto, alto, reclutas -nos dijo después de unas tres vueltas a la laguna.

No quieren cantar, no quieren trotar, colocarse en trípode, mamarrachos.

Como estábamos a la orilla de la laguna, de un patazo nos envió al agua cenagosa, mientras nos advertía:

-Cuidado con soltar a la mamita, reclutas. Se refería al fusil; no teníamos que descuidarnos de él por nada del mundo.

Todos llenos de lodo, nos hizo formar en una sola hilera y ordenó que pasáramos uno por uno hasta donde él se había parado, para que le consignáramos una frase de adulto a su persona. Conforme íbamos pasando, le gritábamos la frase que se nos ocurría y él nos propinaba un sabroso latigazo que nos hacía torcer.

-Están hediondos, reclutas -nos gritaba mi sargento Quisaguano y los demás clases, por congratularse con mi subteniente, porque nos contaban los antiguos, que cuando se le “cruzaban los cables” a mi subteniente, hasta los clases marchaban a palos con él.

Empezamos a desfilar; unos gritaban: “que viva mi subteniente”, “gracias mi subteniente”, “usted es un tigre con las hembras mi subteniente”, etc., etc. Si a mi subteniente le gustaban las frases, ordenaba que las repitan y como premio nos caía con otro latigazo con el cable de la luz.

El Metro, como buen lojano, como él mismo se decía, era medio poeta, y era el que nos dictaba las cartas para nuestras enamoradas, le dijo a mi subteniente:

-“Escucha mi gemido
idiota consentido”.

-De alabanza te digo, recluta imbécil.

-“Escucha mi gemido
mi subteniente querido”.

Repíte, repíte -le dijo, y se ensañó de nuevo a fuetazos con el pobre Metro, hasta quebrársele la voz en la garganta por cada frase que repetía.

Terminada la operación, nos envió otra vez en pelotas a la garita.

Regresábamos al Campo de Marte y por las mismas nos enviaba una vez más a la garita. Fueron como unas cinco vueltas; a muchos ya no nos obedecían las piernas, rodábamos biringos por la loma.

-Eso es -decía mi subteniente- que linda fiesta, quiero ver sangre, reclutas, sangre.

Algunos decían:

-Ya no mi subteniente, ya no, por favor -pero él con más rigor nos caía encima. Algunos iban quedando tendidos en la falda de la loma. Un clase, que era al que más aprecio le teníamos y que alguna vez nos contaba que al ejército se había metido por despecho, oí que le dijo a mi subteniente:

-Algunos ya no jalan mi subteniente, están lastimados.

-Eso está bien, que se mueran estos reclutas, que aquí en el ejército sólo quedamos los machos.

-Que se formen de nuevo -nos gritó a todos. Yo me había rasmillado la barriga al rodar por sobre las ramas de la loma y lo primero que se me ocurrió fue embadurnarme la cara con los débiles hilos de sangre que me brotaban, para ver si así mi subteniente se compadecía. Algunos llegamos a duras penas a formar.

-Numerarse -dijo-. A ver si están todos, reclutas.

-119 mi subteniente -gritó el último de la fila.

-Falta uno, qué muérgano es el que falta, mirarse las caras -nos dijo- y ustedes a buscarlo -dijo a los clases.

De pronto, arriba en la loma, desde lo alto de la garita, el Metro, con el fusil en la mano, y en dirección a mi subteniente, gritó:

-120, hijo de puta -y acto seguido escuchamos el eco de la detonación del fusil, que quedó zumbando en nuestros oídos, en tanto que, presos de terror, nos botamos al suelo.

Mujer de soldado

Salí al escenario y me concentré en mis movimientos. Sabía que todos los ojos estaban clavados atentamente en mi desnudez. La luz mortecina en un inicio, y mientras bailaba, me impidió ver bien los rostros. Pero sí, era él, no había duda. Cuántas veces le había dicho que no insistiera, que lo nuestro no es posible, que en verdad lo siento, hoy todo es diferente. Claro que a veces su presencia como que aún me conturbaba; tanto insistía que me daban ganas de decirle: vámonos, quiero ser feliz. Pero no, él no sabía a qué extremos había llegado. Seguro que si en este momento le contara todo, hasta se desmayaría de sorpresa, a pesar de que ya me imagino todo lo que puede estar pensando al verme así. Si parece bobo, se ha quedado con los ojos como de plato. No es mi culpa, todo este tiempo he tratado de esconderme de él, no he querido ofenderlo, porque sé que me quiere. Pero hoy está aquí, tendré que enfrentarlo definitivamente. ¡Cómo no lo pude ver más pronto, antes de salir al escenario! Hubiese impedido que lo dejaran entrar. De todas maneras me apena ver cómo me persigue por todo el país. Si supiera que detesto presentarme así al público, que lo hago, ¡que mierda, no sé ni yo misma por qué lo hago! Sólo sé que tengo que ganarme la vida de algún modo. A veces pienso que si hubiese terminado la carrera de psicología, sería otra y no la basura que hoy soy. De qué me sirve que me admiren, que se babeen por mí cuando bailo, que me deseen, que me hagan lindas proposiciones, si no me siento realizada, si detesto todo lo que hago. Antes del chasco del matrimonio me sentía bien con este hombre: su uniforme, su mirada, su porte, no sé, sólo eso, ¿pero qué es querer, qué es amar a un hombre? Hay algo poderoso, fuerte, que no lo entiendo, que me impide entregarme a un hombre. Pensé que con Rosalino iba a superar esta situación, por eso me casé y hasta abandoné la universidad. Pero después de todo lo que pasó, de semejante escándalo, que hasta por la prensa se lo comentó, y a grandes titulares: "Mujer de soldado, apenas casada, huye por las calles", no podía regresar a la ciudad. Ay, Dios mío, cuánta vergüenza, hoy pienso que todo es un sueño, una pesadilla. Por lo menos me

servió para darme cuenta que no es posible acostarme con un hombre, definitivamente no puedo. Mis padres, tan rezadores, todos los días me insistían, desde que tuve uso de razón, o al menos desde que yo recuerdo: “Mijita, los hombres son malos, engañan a las mujeres, diciendo que las quieren, pero apenas te descuidas, abusan de ti y luego se largan”. Por eso, cuando estaba en la escuela, pensaba un montón de cosas de los hombres. A mi profesor le tenía miedo porque me daba la impresión de que algún momento me iba a hacer algo indebido, a pesar de lo bueno que era con nosotras. El miedo fue mayor, ya grande, con mis enamorados, cuando a solas, sentía esa cosa abultada, por sobre la ropa, y ahí creo que se acentuó todo: este maldito miedo por los hombres. Aunque tenía la costumbre de estar hasta con cuatro muchachos al mismo tiempo, lo cierto es que los aceptaba, los hacía pendejos y ahí paraba la cosa. Si sólo a eso iba a la universidad: a buscar hombres: qué delicioso estar a su lado, conversar, besarlos, pero cuando sentía esa cosa, hasta me temblaba de miedo. Mis compañeros en la universidad ya me conocían, por eso se sorprendieron cuando se enteraron que me quería casar con un militar: Rosalino. Pobre Rosalino, qué angustioso no sería para él, al ver cómo yo corría desesperada por las calles. Todo fue repentino. Me había persuadido tanto que me casara con él, hasta que le expuse cuál era mi situación. Le dije que tenía temor a las relaciones sexuales, pero él me dijo que no había problema, que comprendería mi situación, que era cuestión de un poco de tiempo y que todo se solucionaría. En verdad me convenció. Dejé de estar jugando con otros hombres. Pidió permiso en el ejército para casarnos, avisé a mi familia; pero seguía el temor: si podré o no podré, me decía, y esta frase la machacaba a cada instante. Me imaginaba ya en la cama, la noche de bodas, con Rosalino, pero más me aterraba. Por eso, cuando iba camino a la iglesia, me pareció más bien que iba camino al infierno. Me puse tan nerviosa, que las manos me sudaban, estaba pálida y los presentes en la iglesia decían que era por la emoción que sentía. No recuerdo absolutamente nada de lo que el cura nos dijo. Yo seguía pensando: si podré o no podré, y la mente se me llenaba de fantasías ridículas. De pronto, no sé como, salí corriendo de la iglesia,

en medio de la gente que, atónita, me miraba, al ver que antes de que el sacerdote terminase la ceremonia, yo ya estaba en la calle, alzándome el vestido de novia, y a todo correr, sin saber para dónde mismo dirigirme, y mi marido atrás, desesperado, corriendo para darme alcance. Conforme corría, volvían a mi mente esos recuerdos de mi infancia cuando me correteaban los muchachos de la escuela y se me subían, diciendo que estaban jugando nomás y nos revolcábamos rodando por la lomita de la escuela de mi barrio. Claro que después las cosas fueron mayores: los brutos estos de mis compañeros ya no sólo se me subían para jugar sino que nos metían la mano por debajo de las ropas a cualesquiera de nosotras que compartíamos con ellos nuestros juegos. Como mis padres me habían pintado todo tan negro desde pequeña, diciéndome que todas estas malas acciones nos llevarían a los quintos infiernos, yo de noche soñaba cosas horribles, pensando que estaba en los mismos infiernos. A veces, de noche, me levantaba asustada, les conversaba a mis padres lo que soñaba y me decían: “Claro, como has de estar andando en pecado, no te has de portar bien en la escuela, por eso sueñas esas cosas y entonces los pensamientos te remuerden”, y por las mismas cosas, después de la reprimenda y para dizque ahuyentar a los diablos, me hacían arrodillar y rezar un sinnúmero de cosas que yo no entendía para qué mismo servían. Por eso, después tuve que callármelo todo para mí sola hasta cuando venimos a la ciudad para yo seguir estudiando en el colegio. Pensé que en la ciudad todo iba a cambiar, hasta hoy que tengo que correr de este hombre, que de pronto me da la impresión de estar huyendo de las manos del diablo. Mi mente es un revoltijo de tantas cosas. “Rosalino, por Dios, déjame, déjame, te lo suplico, nunca más vuelvas a verme” le dije en cuanto me dio alcance. “¡Pero qué te pasa, mujer, estás loca, por qué semejante escándalo, de quién huyes!”, me decía desesperado. “De vos, de vos, tengo miedo, Rosalino, déjame, déjame” le insistí y tuve que arañarle la cara para que me soltara y poder seguir corriendo en medio de los curiosos que se paraban a verme, vestida de blanco y corriendo como loca. No supe cómo llegué a casa de una amiga, y como ya la conocía por dentro, abruptamente entré y me metí en su

dormitorio y le pasé cerrojo a la puerta. Llegó Rosalino, los que habían estado en la iglesia y el cura a pedirme que deponga mi actitud, que mi flamante esposo estaba desesperado por lo que pasaba. Yo los mandé al diablo a todos, no quería ver a nadie. La casa de mi amiga se volvió un alboroto y tuvieron que intervenir mis padres para decirles a los curiosos que me dejaran sola. Supe que Rosalino se había ido con mis padres a nuestra casa, pensando que yo llegaría de un momento a otro. Pero por más que ellos esperaron, nunca más regresé a la casa. Los ojos se me habían hinchado de tanto llorar toda la noche en casa de mi amiga. El vestido de novia lo hice pedazos, y al día siguiente con ropa prestada salí huyendo, dejando la ciudad. No sé qué me pasaba pero no quería saber nada de nada ni de nadie. Tomé el bus que más pronto encontré sin saber a dónde me iría a dejar. Mi mente estaba como ida, en blanco, en la nebulosa. Cuando lo supe, había llegado a Cariamanga, al extremo sur del país. Recordé que ahí tenía unos parientes y acudí a ellos. Me la pasaba encerrada días enteros llorando y llorando y casi sin comer nada. Esto como que no me extrañaba, porque mis padres habían hecho hábito de encerrarme a pan y agua en mi habitación, apenas sabían que yo estaba conversando a escondidas con algún hombre, porque decían: “nuestra única hija, algún día llegará a ser una santa mujer, buena, servidora y excelente esposa”. Por eso, cuando llegué a la universidad, me di gusto coqueteando con mis compañeros y me las arreglaba ahí mismo en la universidad para que mis padres no supiesen nada. Y ellos, para saber si estudiaba, me exigían que les presentase los cuadernos; yo les decía que ahí los profesores ya no dictan y que hay que estudiar sólo en libros. Entonces los convencí para que me comprasen libros –que nunca los leí, por supuesto-, vendiendo algunas vaquitas que aún tenían. Por eso, cuando se enojaban, me sacaban en cara diciendo que se estaban quedando sin nada por darme el estudio. Y como no me dejaban sola, porque me podía volver una perdida, se vinieron a vivir conmigo para cuidarme. Y entonces fue el gran pretexto para ir a la universidad a conversar con mis amigos, puesto que en la casa no me dejaban. Yo no sé como Rosalino les simpatizó. Más que todo creo que fue mintiéndoles, o yo

no sé si sería cierto, diciendo que aunque estaba en el ejército, tenía muchas tierras y ganado en la provincia del Chimborazo. En Cariamanga estuve algún tiempo y pensé que ahí nadie me encontraría, pero un buen día llegó Rosalino, diciendo que me había buscado por todo el Ecuador. Al verlo, nuevamente tuve temor y volví a encerrarme. Pues no quería verlo, no sé por qué, pero sólo de pensarlo me horrorizaba. Él, desde el otro lado de la puerta me rogaba, me imploraba, alegando que no tenga miedo, que dormiríamos en cama aparte hasta cuando yo quiera, que me llevaría a vivir a otro lado, porque mis padres, a pesar de ser su única hija, me echaban de menos, diciendo que había profanado la casa de Dios cuando me estaba casando, y que por eso estaba condenada, no tendría perdón de Dios, peor de ellos, mis padres, que apenas eran unos simples mortales, que cómo me perdonarían. Rosalino insistió algunos días, diciéndome que no sea malita, que lo iban a botar del ejército por tantos días de permiso que había pedido para salir a buscarme. Al fin se fue, viendo que era imposible todo ruego. Mis parientes me insistieron que vaya a conversar con un curita joven que había venido de España, el cual era dinámico, muy jovial y que tenía una manera de hablar y aconsejar muy hermosa, y que era un cura moderno y no chapado a la antigua como tantos otros de los nuestros, me decían mis parientes. Yo no sé cómo pero me convencieron para ir a visitarlo. En verdad, me sorprendí al ver la amabilidad de ese padrecito. Lo visité por varios días. Teníamos largas horas de pláticas que vinieron a confortar mi espíritu. Gracias a él pude comprender, cómo era la verdadera religión, cómo debe ser un auténtico cristiano y no como mis padres que querían convencerme que sólo a punta de rezos podíamos llegar a ser cristianos verdaderos. Y claro, no les echo la culpa, si desde muchacho, toda su vida, mi padre fue monaguillo y sacristán, prioste y síndico de la parroquia del pueblito donde vivíamos. Ahí mi padre aprendió muchas cosas de iglesia, en tanto que mi madre, si no estaba en la iglesia, pasaba donde el curita. Ay, pobrecito, decía, si no hay quien lo acompañe, vive solo, hay que lavarle la ropa, cocinarle. En este sentido, casi toda la vida de mis padres y la mía le había confesado al curita español, y qué consejos

que me daba. Con razón tanta gente acudía adonde él y decían que hasta los enfermos se curaban cuando éstos iban en busca de su ayuda. Pero después de algunos días de visitarlo, no me gustó nadita el cura: cada que acudía a verlo, eran besos por aquí, besos por acá, que cómo estás mi amor, que ya se te ve más linda, más recuperadita, y eran abrazos y más abrazos y hasta me cogía las piernas, haciéndose el chistoso y el zalamero, cosa que me conturbó, y otra vez me vino ese temor a los hombres. Dios santo, decía yo, cómo iba a caer con un cura, y tuve miedo y partí para Guayaquil. Mis parientes me habían aconsejado que allá sí podía encontrar trabajo, y como me decían que era muy guapa, como virgencita, no sería difícil. Y claro, cómo no iba a tenerle miedo al cura, si mis padres me habían insistido tanto que los sacerdotes son lo más sagrado que puede haber; se les debe tener todo el respeto del mundo, porque son los representantes de Dios en la Tierra. Por eso, de pequeña, cuando veía a un sacerdote me persignaba y mis padres me decían que tenía que arrodillarme y pedirle la bendición. Que tonta fui, como pude tenerle miedo al curita español, si todas estas cosas me las había explicado, diciendo que los clérigos son personas normales como cualquier otra, que no había por qué tanto misticismo, si ellos estaban para identificarse con los demás, sobre todo con los más necesitados, porque a ellos había que llegar para proclamarles el Reino de los Cielos aquí en la Tierra. Si el mismo Cristo había dicho con tanta claridad que “En nosotros está el Reino de los Cielos y fuera de nosotros el Reino del Maligno”. Ni hoy que vivo esta vida desordenada puedo olvidar las palabras tan sabias del curita español, qué diferentes a las del cura de mi pueblo que sólo se la pasaba diciendo que somos unos pecadores empedernidos y que por eso estábamos destinados directamente al infierno; y claro, mis papasitos todo se lo creían. ¡Cómo hubiese querido que lo conozcan al curita español! Pero ya todo es tarde, no pensé que se morirían de pena por mí al saber como vivía aquí en esta ciudad perdida en donde me he perdido yo también. Y Rosalino que aún así tiene esperanzas, dizque de formar un hogar feliz. A veces pienso que es demasiado testarudo, como creo que lo son mismo en el ejército. Después de tantos años aún sigue insistiendo.

Pensé que en Guayaquil no me iba a encontrar jamás, pero se ha convertido en mi propia sombra. Sé que le dicen el soldadito rezador porque parece que aprendió de mis padres a rezar para que yo regrese a casa. Como estábamos casados legítimamente, me decía que, cada que en alguna parte me encontraba, seguía esperándome para formar el hogar que nunca empezó. No importa, me insistía, cuando a veces me encontraba en alguna ciudad cumpliendo con mi compromiso de bailarina, todo quedará olvidado, si hasta te vez más linda de bailarina, utilizando buena ropa, buen perfume y buen maquillaje. ¿Por qué provocas a tantos hombres a donde vas, si no puedes superar tu complejo de acostarte con ellos? El pobre pensaba que aún seguía con mi complejo de tenerles temor a los hombres. Seguía creyendo que me contentaba sólo con bailar. La vida que llevaba en Guayaquil y de la cual partía a cumplir con mis contratos para todas partes, me había endurecido el corazón. Cuánto no sufrí hasta encontrar trabajo en Guayaquil. La suerte me había empujado, primero a ser una simple bailarina de un club nocturno de mala muerte. Luego formamos una sociedad y organizamos, con algunos políticos muy conocidos, clubes nocturnos de categoría con una cadena de bailarinas, las más selectas en cuerpo y en belleza física en donde nuestros empresarios cobraban altísimos precios por cada espectáculo. Así, poco a poco fui codeándome con gente de prestigio y de mucho dinero, con políticos y gente de negocios. Rosalino fue pasando a un segundo plano; si antes le tenía pena, hoy no sentía nada por él, absolutamente nada, más bien le tenía rabia, al verlo tan pendejo, como si sólo una sola mujer hubiera en la Tierra. Por eso, hoy me siento tan molesta al verlo aquí, y justamente porque no sé cómo entró a este lugar en donde sólo entran personas selectas. Después de la función, y porque no me queda otro remedio -pues nunca se imaginó que aprendí a bailar desnuda-, lo llamaré y le diré que no sólo hago esto, sino que le diré que soy una puta profesional, que me acuesto con los ministros y altos funcionarios del Estado y que cómo me voy a ir con él, un pobre soldado del ejército.

Martes o viernes

-Martes o viernes -dijo tajantemente.

-Pero mi buena señora, ¿no se da cuenta las condiciones en que se encuentra la criatura?

-Tonces llévelo donde el médico.

-Pero si él me manda donde usted. Dice que ellos no pueden curar el ojo ni el espanto.

-Tiene que ser martes o viernes -insistió doña Hipólita-. El remedio no sirve en otros días; además, qué no ven que hace mucho frío, el día está oscuro y es aún más peligroso que el guagua se quede tieso. Hágame caso, manténgalo con agüita de arroz, flótenle timolina y arrópenlo bien y me lo traen mañana.

-Si es que vive -dijo indignado el padre del niño, con un nudo de angustia en la garganta.

-Vamos -le dijo a su mujer, y empezaron a descender por el camino estrecho.

Desde la casa de doña Hipólita se oteaba ampliamente las viviendas desiguales y vetustas del pueblo. Sobresalía la iglesia y la escuela con su amplio patio.

El profesor y su esposa bajaban pensativos. Él no quería visitar a la curandera. Siempre le decía a su esposa que por nada del mundo iría a ocupar sus servicios: "Qué ojos ni qué vainas; yo no creo en eso, para eso está la ciencia, la medicina".

-Qué desgracia de pueblo -le dijo a Rosa-. Mandan a médicos principiantes, no saben ni en donde están parados. Lo que sirven es para venir a empiparse de aguardiente, trabajar de martes a jueves, dejar preñada a alguna muchacha y, concluido su año rural, largarse a la ciudad.

-Calla, hombre -respondió ella, en el momento en que recibía al niño de brazos de su esposo, después de caer a la estrecha

carretera y caminar el tramo más feo desde la casa de la curandera. Vos también no hallas el día de largarte de aquí.

-Mi caso es distinto, mujer; yo trabajo ya diez años en este lugar, tengo derecho a salir. Y ante todo porque aquí uno puede morir de necesidad: ya ves, no hay quien cure al niño. Y ni cómo salir a la ciudad, si no tenemos dinero.

-Confíemos en Dios, ya se curará. Te acuerdas de Andresito; cómo sufríamos con él, y ya ves, no se ha muerto.

Llegaron a la casa, y al abrir la puerta, ella dio un tremendo grito, que casi suelta al niño.

-¡Qué pasa por dios! -atinó a decir el profesor, también asustado por el grito.

-Una rata, una rata -dijo Rosa con voz entrecortada.

-Animales del diablo, hasta cuándo tendremos que soportarlos. Se pasean de día y de noche por la casa.

Se tumbaron en un sillón vetusto. La criatura empezó a vomitar otra vez, Rosa la puso bocabajo, mientras Rogelio le sostenía la frente. La criatura estaba pálida, los ojos hundidos. La náusea y la diarrea cedieron un poco en el transcurso de la noche, gracias al suero oral y de otras "agüitas" que los vecinos y la curandera les habían recomendado darle.

En la quietud de la noche se oía el rumor de los grillos y el ruido insistente de los intestinos de la criatura.

-¿Se morirá, papito? -dijo Andrés.

No, hijo, anda, acuéstate.

-Me da miedo.

-Ven acá, acuéstate a los pies de la cama.

-¿Entonces por qué llora mi mamá?

-Es que le da pena, ya verás que mañana amanece bueno. Mira, acércate, está dormidito, parece un ángel.

Andrés miró a su hermano, suspiró y regresó a los pies de la cama. Se arrojó y, volviéndose hacia la pared, se durmió.

-Cállate, mujer, ya no chilles, me voy a la cama de Andrés -dijo el profesor.

-Pásame el agüita, por si acaso vomita más de noche -dijo entre sollozos ella.

Rogelio se encaminó a donde su mujer lo mandaba.

-Le ha caído una cucaracha -gritó desde la cocina.

-Pues bótala entonces y prepara otra de nuevo, y cuídate de taparla -dijo Rosa.

De vez en cuando, aparte de los grillos, escuchaban el cantar de algún gallo y perros que ladraban a lo lejos.

-¿Oyes? -dijo la mujer a su esposo que había regresado a la cama de Andrés.

Parece que los perros están...

-Ya, ya, ya vas a empezar con tus idioteces. Sólo a un zoquete se le ocurre decir que cuando los perros aúllan, alguien tiene que morirse.

-Es que...

-Nada mujer... No te atormentes, esas son puras coincidencias.

-¿Si oyes? Los aullidos son más claros ahora. Tengo miedo, Rogelio. Por si acaso, voy a dar la vuelta a un zapato -dijo aún más tranquila Rosa.

Rogelio se levantó, fue a su lado y la abrazó cariñosamente.

El viento empezó a soplar: por las hendidias de la puerta penetraba helado, cortante. Comenzó a lloviznar, se escuchaba el ruido en el tejado.

-Parece que el invierno se va a adelantar este año -dijo Rogelio.

Ella no contestó. El profesor se incorporó y topó la frente del niño enfermo.

La fiebre había cedido un poco. Volvió a acomodarse al lado de su mujer y trató de dormirse, en tanto que la llovizna era más persistente.

El profesor no podía dormir. Recordó la imagen del sapo abierto. Se trataba, asimismo, de niños con “mal de ojo”, que para curarlos, el yerbatero pedía que le llevaran una rana. Con el animal en la mano, el curandero procedía a pasarla por el cuerpo desnudo del niño enfermo. Con el vientre de la rana iba sobando su cuerpo una y otra vez. Luego, con un cuchillo, abría las vísceras del anfibio, y según la enfermedad que encontraba en su vientre, el yerbatero recetaba la medicina para el “ojeado”.

-Una gotera -gritó de pronto Rogelio, tan abstraído en sus pensamientos.

-Levántate, mujer, hay que correr la cama.

Ella, torpemente, se levantó. La movieron y se acomodaron de nuevo en el lecho hasta quedarse dormidos. Afuera seguía lloviendo.

Un llanto seco, ahogado, despertó primero a Rosa. Tomó al niño y por encima del cuerpo de su esposo se sentó al filo de la cama. La criatura con la cara hacia abajo y sostenida la frente por una de las manos de su madre, vomitaba. Por sus tiernas mejillas chorreaban espesas lágrimas. Por largo rato se quedó como atorada, como si su pequeño vientre quisiera salirse por la boca. Sus ojos estaban idos, su llanto ya no era casi perceptible, sino fuertes soplidos, como de animal cansado. Lo acomodaron en la cama y abriéndole la boca, el profesor le daba pequeñas dosis del suero casero. Pero enseguida lo botaba por la nariz y la boca. Poco a poco fue calmándose, sólo que sus ojos semiabiertos miraban en dirección al techo.

Ardía de nuevo en fiebre. Rosa buscó el frasco de tempra y colocó en su boca algunas gotas del líquido. Los gallos empezaron a cantar más seguido. Afuera ya no llovía.

-¿Qué hacemos? -dijo Rosa.

Esperemos que amanezca para llevarlo de nuevo donde la curandera -insistió Rogelio.

-Hay que conseguir un huevo del día agregó ella.

-Pediremos a cualquiera de los vecinos, a diario ponen sus gallinas -musitó Rogelio.

-¿Pero quién pudo ojear a la criatura, si casi nunca la saco a la calle? -reiteró la mujer.

-Tú me dijiste que en un descuido tuyo, Andrés había sacado al niño a recorrer las casas de los vecinos. Y no sólo que ahí lo ojearon, sino que lo asustaron. Además, lo del ojo -si es que es cierto- dicen que no depende de las personas, que es una fuerza o energía que el individuo tiene en sus ojos.

-Dicen que la Chubica ojea a los niños -dijo Rosa. La semana pasada me trajo unas frutas y con ese pretexto se apoderó del niño, ni cómo negarme a que lo marque.

-Ya vas a empezar otra vez -dijo Rogelio. Qué sacas buscando culpables en este momento. En cuanto amanezca hay que llevarlo. Ojalá la vieja no diga ahora que el viernes no se cura, y que lo lleve mañana.

-No seas pesimista -exclamó Rosa.

Se quedaron callados, al sentir otra vez, con más insistencia, el ruido de los intestinos del niño. Ya no lloraba, sólo emitía leves quejidos acompañados de continuas diarreas, que en la madrugada se prolongaron con mayor frecuencia.

-Parece que no tiene fiebre ya -dijo Rosa, topándole la frente- porque sino doña Hipólita no les pone un dedo, mientras la fiebre no ceda.

-Cámbialo, ya está sucio vuelta -dijo él.

-Ya no hay ropa limpia.

-Entonces déjalo así hasta que amanezca y a ver si dormimos algo mismo.

-¿Quién es?

-Nosotros, señora, ya estamos aquí con el agua.

-Pero es muy de mañana.

-No importa, ahorita no tiene mucha fiebre.

-¿Trajeron el huevo?

-Sí, sí.

-Tonces ya voy.

-Bueno.

Aún no amanecía bien y la neblina no se alzaba. Doña Hipólita, después de abrir la puerta de adelante desapareció, bostezando, por la puerta de atrás.

-Me falta un monte -dijo la vieja, luego que regresó del huerto.

Dio un grito y llamó a una de sus hijas.

-Fidenciaaaa, levántate y a ver si consigues, acasito a la vuelta, un poco de ruda. Y vos, para una olla con agua -insinuó a otra de sus hijas.

-No hay agua -dijo la muchacha.

-Sólo necesito un jarro para preparar el brebaje -dijo doña Hipólita.

-Ah, güeno -respondió la muchacha.

Doña Hipólita tocó la frente del niño y ordenó que lo desvistieran. La pareja aún permanecía de pie dentro de la pequeña pieza que hacía de sala. Olía a tierra mojada. En el suelo desnudo de la habitación sólo había dos bancas largas y al fondo un montón de mazorcas de maíz seco.

-Pero si está haciendo frío -insistió Rosa cuando escuchó la orden de la vieja.

-Tonces paqué lo traen tan demañana; además, tovía tiene un poco de fiebre.

La pareja no protestó. Doña Hipólita se dirigió a la cocina. Después de un momento regresó con un jarro viejo, que humeaba: lo depositó en el suelo. Luego pidió que le pasaran el huevo, tomó la criatura e insinuó que ayudaran a sostenerla. El niño parecía muñeco de trapo. Doña Hipólita tomó el huevo y comenzó a pasarlo por el cuerpo desnudo de la criatura, haciendo la señal de la cruz en su cabeza, en la cara, en el abdomen y en la espalda. La criatura empezó a chillar con una voz hueca y ronca.

-Muévase, señora -dijo el profesor.

-Espérese, hombre, aún me falta soplarlo -insistió la vieja. A ver muchachas, pásenme un vaso con agua.

Cuando tuvo el vaso en sus manos, lo levantó cerca a sus ojos, miró el agua y rompió el huevo en el filo del vaso y depositó el contenido en su interior. Lo dejó a un lado, tomó el jarro y sorbió un buen trago. Lo detuvo en la boca: los carrillos se le inflaron. Hizo señas con la cabeza para que coloquen en buena posición al niño, luego lo tomó por debajo de las axilas y sopló en su rostro el brebaje del jarro. Repitió varias veces la misma operación hasta que el niño quedó cubierto de pedacitos de montes y bañado en un líquido verdoso y de mal olor.

-Ya está, vístanlo y arrópenlo bien -dijo la curandera, limpiándose la boca con la manga del vestido y escupiendo al suelo los residuos de hierbas que aún le quedaban. Tomó el vaso, lo levantó, lo miró detenidamente, le dio la vuelta algunas veces, lo meneó. Del vaso se levantaban pequeñas burbujas. La yema del huevo, amarilla y redonda, en el fondo, tenía una especie de ojuelos: unos borrosos, otros más claros. De entre ellos sobresalía uno por su tamaño que, como cíclope, parecía que inquieto miraba a doña Hipólita.

-Aquí está. Miren, acérquense; es un tremendo ojo y parece que está pasado.

¡Pobre criatura! No les digo quien es, porque no me van a creer.

Rogelio y Rosa permanecían callados; vistieron al niño, que aún no se callaba. Ella estaba a punto de vomitar por el mal olor que se respiraba en la pieza.

Él, con un gesto de asco también, observaba todos los movimientos que la curandera realizaba.

-Bueno, -dijo la yerbatera- son tres curadas. De aquí lo traen la próxima semana: martes y viernes.

-Me voy a la escuela, despierta a Andresito -dijo el profesor a su esposa, limpiándose el barro de los zapatos. Ya regreso en el recreo para ver como sigue.

-¿No vas a desayunar?

-No, no tengo apetito -dijo Rogelio-. No me pasa aún el asco. Me da la impresión de que estoyapestando a esos montes. Cuando la vieja limpiaba al cholito, se me venía a la mente la imagen del sapo de ese curandero que te contaba, cuando estaba en el oriente.

La mujer casi no prestaba atención a su esposo. Estaba vistiendo a Andrés para que fuera a la escuela.

-¿Ya se curó mi ñañito? -dijo Andrés.

Ya, mijito, ven y míralo, está dormido -dijo Rosa.

Al acercarse, para que Andrés viera a su hermano, Rosa no pudo evitar un gesto de sorpresa. La criatura tenía en la piel de las manos y la cara unos puntitos muy pequeños, como carne de gallina. Lo observó detenidamente y vio que todo el cuerpo estaba así. El niño no respiraba como la noche anterior. Ahora el pecho le sonaba a ratos como que emitía débiles silbidos. Pero su rostro invitaba a serenarse: parecía un ángel, aunque pálido, pero con una sonrisa y una dulzura como de niño sano y robusto.

Por un momento Rosa no supo si llorar o llamar a su esposo. Él se aprestaba ya a salir.

-Apúrate, Andrés -dijo desde la puerta. Regreso en el recreo, a ver si ahí ya tengo hambre. Me tienes preparada alguna cosita. Y salió.

-Chao, mami -dijo el niño desde la cocina, quien salía también apurado-. Ya vengo pa' jugar con mi ñaño.

Se quedó totalmente abstraída, no reparó en la salida de ninguno. Se sentó en el filo de la cama y rompió a llorar. Luego, como sonámbula, se levantó y se puso a arreglar la casa.

-Vecinaaa, ¿se puede? -preguntaron desde la puerta.

Rosa, al identificar las voces, se restregó los ojos, trató de secarse las lágrimas y acomodándose la garganta para hablar, dijo en un tono ronco:

-Sí, sí, pasen.

-¿Cómo está el guagua? -dijeron, al mismo tiempo que limpiaban sus zapatos del barro que el aguacero había dejado en las calles.

-Vengan a verlo -musitó Rosa.

-¡Diossanto! -exclamó una de ellas, al observar detenidamente a la criatura.

Rosa sintió como una puñalada al escuchar tremendo grito y corrió a la cama donde el niño descansaba. Sus ojos se desorbitaron al mirar la escena. En segundos pasaron por su mente cantidad de imágenes y recuerdos felices del niño que, el próximo mes cumplía sus dos añitos. Sintió enseguida que la casa se le venía encima, vio figuras borrosas, hasta que todo se oscureció a su alrededor. Una de las vecinas avanzó a sostenerla, en el momento en que Rosa se desplomaba pesadamente junto al lecho de Raulito.

A lo lejos un perro aullaba con insistencia.

Por nada del mundo

Joselito sintió los pasos conocidos, se puso nervioso, cerró el cuaderno y tomó el libro que estaba a su alcance para aparentar que leía. La Negra había traspasado ya el umbral de la puerta del pequeño cuarto. Esta vez, el nerviosismo del muchacho fue mayor. Sintió deseos de salir corriendo, de llorar, de golpearla, de escupirle la cara, de gritarle: indecente, puta, chantajista, mal parida; pero su timidez lo dejó clavado en el asiento. A lo sumo, crispó sus puños, y como en otras ocasiones, sentía alivio agarrando algún objeto entre sus manos y presionándolo hasta sentir que los dedos le dolían. A sus espaldas, y mientras su frente se llenaba de sudor, la muchacha comenzó a desvestirse. Joselito calculó que estaría ya en la cama, esperándolo por enésima vez como siempre lo hacía, aprovechando que en la casa no quedaba nadie: sólo él, el muchacho estudioso y ejemplar con su agraciada doméstica, una simpática campesina de ojos claros y tez canela que su padre había conseguido en una de sus salidas a la provincia como supervisor de educación, y que hoy, con algunos años de servicio en la casa, la Negra cursaba el sexto año de colegio.

Desde la cama ella musitaba: “Ven papito, no seas malito, quiero estar contigo...” Pero Joselito, quieto en su asiento, nada decía, hasta que la Negra se irritaba y tomando sus ropas salía del cuarto del muchacho y se iba a encerrar en el de su padre. Ahí, desnuda, como para que Joselito se diera cuenta, lo esperaba al supervisor que, en la mayoría de los casos, desde que murió su mujer, llegaba borracho.

Esta vez, la Negra no salió del cuarto del estudiante; calata, y con su olor de hembra excitada, se levantó de la cama, se acercó al muchacho y por detrás del asiento lo rodeó con sus brazos y volvió a insistir: “Por qué eres así, ñaño, sé como tu padre, varonil, apuesto. Si vieras lo que hace con las profesoras del campo que vienen a pedirle que les ayude a tramitar el cambio a la ciudad; ay, si supieras lo que hace conmigo, y tú, por qué eres así; ya no estudies tanto, te

vas a volver loco. La finadita tanto que me dejó encargando que te cuidase como si fuera tu propia madre, pero vos me desprecias.

Mírame por lo menos, ¿qué no te gusta mi cuerpo joven, con toda la experiencia que aprendí de tu padre como para hacerte pasar bien?”. Joselito sintió que un escalofrío pesado le corría por la espalda al sentir el calor del cuerpo de la muchacha que desnudo se apegaba al suyo. No soportaba verla ni siquiera de lejos, más aún tan cerca como estaba ahora. Había aprendido a odiar y a sentir una repugnancia desmesurada por las mujeres y el sexo, sobre todo a raíz que su madre murió.

Desde pequeño, siendo Joselito el único hijo, fue su madre la que se preocupó por darle una auténtica educación. Todo su cariño lo había volcado en el muchacho; pues su esposo casi nunca se preocupaba de ellos; sólo servía para llegar borracho a altas horas de la noche, insultando y maldiciendo a su mujer porque no le daba otro hijo. Constantemente el supervisor le decía que cómo podía ser posible que le dé sólo un varón, que lo que más anhelaba era tener una mujercita. Justificaba su actitud diciendo que nunca había tenido la dicha de contar en la casa de sus padres con una sola mujer; pues era el último de diez hermanos varones y su madre había muerto dando a luz de él.

Por eso, apenas egresado del normal, salió a trabajar de profesor en la frontera y al término del año lectivo se casó con una de sus alumnas de sexto grado, Raquel, que nunca pudo darle más que un hijo. El profesor se había metido a la política y a líder del magisterio, gracias a lo cual pronto pudo salir a la ciudad y ser nombrado luego supervisor. Fue en la ciudad en donde todo cambió: que reuniones del partido, que del magisterio, que compromisos sociales; en fin, todo era un simple pretexto para emborracharse. Se volvió indiferente con su esposa, apático, frío, en circunstancias en que Raquel comenzó a sufrir de una extraña enfermedad; siempre se quejaba de dolor en los ovarios, pero los médicos le decían que no era nada, sino una simple sugestión que ya le pasaría.

Lo cierto es que el profesor llegaba borracho a insultarla, a pegarla y luego, sin importarle la presencia del hijo o si estaba dormido o no, la abofeteaba y a gritos le pedía que se desnudase y se tendiera en el suelo para ver si en esa posición podía darle una hija. Joselito todo lo escuchaba haciéndose el dormido y no entendía como realmente se hacían los hijos. Pensaba que él mismo era fruto de esa clase de relación entre su padre y su madre. Raquel pacientemente soportaba todo, diciendo que si esa era la voluntad de Dios, entonces que así sea, porque para rezadora mi pobre madrecita, decía el muchacho. Rezos que se acentuaron desde que comprendió que la relación con su esposo era ya un caso perdido. A pesar de ello, rezaba fervientemente, esperando la conversión de su esposo, cosa que nunca llegó. Cuando Raquel murió, ahora sí, sin que nadie lo molestara, prefirió emborracharse con sus amigos en su propia casa, despreocupándose de su hijo, que decía estaba bien cuidado por la Negra.

El muchacho jamás había tenido confianza con su padre, siempre pasaba ocupado o borracho. Todo lo consultaba con su madre. Hoy que estaba muerta, recordaba las explicaciones que de pequeño le pedía sobre si a él lo habían hecho así, que si así nacían todos los niños: primero pegándoles a las mujeres y luego subiéndoseles como animales y hablando toda clase de palabrotas mientras resoplaban encima de ellas, babeando de borrachos. Pero Raquel terminaba ruborizándose y toda llena de vergüenza le decía: "No sigas más, Joselito, por Dios, todas estas son puras porquerías que tú no debes aprenderlas jamás. Tú tienes que ser buenito, cariñoso y amable con las mujeres". Y ahí era cuando Joselito se confundía. Cómo iba a llegar ante una mujer de manera educada, si su padre, con ser profesor hacía todo lo contrario. Desde pequeño siempre pensó que hablar de sexo era lo más sucio que podía haber. En estos términos se referían sus compañeros en la escuela y luego en el colegio, y cuando al respecto pedía explicaciones a sus maestros o a su madre, nunca le daban una respuesta satisfactoria y más bien lo mandaban a callarse. "Han de imaginarse -le decían-, que este muchacho moco, venga a preguntar estas cosas, en vez de preocuparse por estudiar".

Entonces mejor optaba por callarse, empezando así su repugnancia y miedo por las mujeres y él mismo a sentir desprecio por su cuerpo, por lo que como hombre andaba a traer. Su repugnancia aumentó más cuando, muerta su madre, sorprendió a la empleada que, ya de plena confianza en la casa, se metía en el cuarto de su padre aprovechando que éste estaba chuchaque, y después la Negra, sin pudor alguno, le contaba las cosas que habían hecho. Qué negra para desgraciada y cínica, decía Joselito, si a veces hasta se acostaba con los amigos de su papá cuando venían a emborracharse en la casa. O a veces, de noche, cuando regresaba del colegio se metía con alguien en su cuarto, engañando en un principio a Joselito diciendo que eran compañeros de estudio y que iban a hacer los deberes, y que cuidado con que le cuente a su papá, que después ya le daría su cualquier cosita y columpiándose le movía provocativamente las nalgas. La Negra intuía que Joselito se las sabía todas, por eso, ella, muy astuta, para que su padre no supiera lo de sus amoríos con otros hombres, prefirió complacer a Joselito, visitándolo en su cuarto y prometiéndole que nunca más se iría a meter en la cama con otro hombre si él accedía a dormir con ella. La Negra ardía en deseos, porque sabía que a Joselito, a más de tímido, nunca lo había visto andar con mujer alguna, a pesar de sus diecisiete años que estaba por cumplir.

Todos estos recuerdos se le venían a Joselito como un flash, cuando la Negra venía en cueros a visitarlo. La odiaba por todo: por acostarse en la cama de su madre y con su padre, por ser cómplice de lo que su padre hacía con sus amigos y mujeres que siempre llevaba a la casa, por quererlo seducir, a veces hasta con amenazas, diciéndole que si no lo hacía, le iría a contar a su padre que era un pobre maricón, y que dicho esto se largaría de la casa de una vez para siempre y contaría a todo el mundo quien era él y su padre. Y esto sí que le preocupaba a Joselito, porque, sea lo que fuere, de alguna manera, la Negra se había vuelto protectora de su padre. A veces, los estados de depresión, al no saber qué hacer, eran terribles para Joselito. Sentía deseos de revelarse, de gritarle a todo el mundo que no quería que se preocupasen de él diciendo que era un muchacho tranquilo, que sólo

se dedicaba al estudio, que jamás se lo veía con malas amistades, etc. Para qué esto, se preguntaba, para ser un amargado, un pobre pendejo, que no podía ni sentía nada por las mujeres ni por nadie, mientras sus compañeros en cambio se la pasaban comentando sus conquistas amorosas. Cada día estudiaba por obligación y no por gusto. Cuántas veces no sintió deseos de enfrentar a su padre por ser tan indiferente con él y hasta de matar a la Negra, sí matarla, romperle el cuello y si pudiera, pisotear como un alacrán a las gentes, acabar con todo. A veces concluía sus pensamientos dándose fuertes golpes contra la pared, mascándose las uñas, los dedos, los esferos o estrujando algo entre sus manos, hasta que se calmaba con grandes sollozos que terminaba ahogándolos bocabajo sobre las cobijas de su cama. Sólo a veces sentía momentos de alegría leyendo pasajes del Evangelio, que su madre, desde niño, le había inculcado a leer. Pero de nuevo le venían otros conflictos. Pensaba que la gente era mil veces hipócrita, porque, ¡cuántos no se tomaban el nombre de Jesús para en su honor y en su nombre hacer mil porquerías! A veces se la pasaba divagando cómo sería de hermoso si, de alguna manera, imitáramos al Cristo de los Evangelios. Pero luego, con amarga ironía, pensaba que él era uno de los primeros en vivir de espaldas a Cristo, por no tener la hombría de volcarse al mundo a... ¿A qué, decía, si aquí estoy como un bicho, temblándome de rabia y de impotencia frente a esta negra de un cuerno y a la de mi padre que como sombras obscurecen esta vida de a perro que llevo.

Volvió en sí con el grito que la Negra le pegó, quien furiosa se apartó de él que tan delicadamente intentaba acariciarlo, mientras Joselito, lleno de sudor y nervioso, pensaba. Desde el centro de la pieza, con las manos en los senos y un tanto entreabierto de piernas como si estuviera posando para un fotógrafo, le dijo: "Mírame bien, miope, pedazo de inútil, marica y ratón de biblioteca. ¿Acaso no soy lo suficientemente mujer o no tienes sesos, que eres tan insensible, igual que las gafas que llevas puestas, que no sientes nada? ¿Acaso no eres bastante hombrecito como para que me hagas sentir mujer, o eres un pobre castrado que ni siquiera eres capaz de levantarte de esa silla y mostrar lo que Dios te ha dado como hombre?" A Joselito no le

dolieron tanto las palabras, sino el desplante y la forma con que ella le gritó. Y sin que él mismo sea consciente de lo que en ese momento hacía, se levantó de la silla, se dio la vuelta y se quedó observándola un largo rato. Avanzó unos pasos más, con pie firme, con gruesas gotas de sudor y de lágrimas que por las mejillas le corrían. Cerca de ella se paró en seco. La Negra adoptó una posición como de perra en celo, mientras él, con extrema brusquedad, se bajó los pantalones y los calzoncillos, y levantándose un poco la camisa, le gritó:

“Mírame, Negra, hija de la gran puta, por tu culpa y la de mis padres, no siento nada ni contigo ni con nadie; pero ahora vas a ver de lo que soy capaz”; y, como si se tratase de un condenado que acaba de ver al diablo se le abalanzó con ímpetu, en el mismo instante en que, por primera vez, su padre se asomaba en la puerta del dormitorio.

Don Quijote en casa

Entré de sopetón al cuarto. Como no hubo en donde sentarme me quedé parado al pie de la cama. La casa no era la misma que en ocasiones anteriores visitaba con motivo de mis cortas vacaciones escolares. Ésta era más vieja. El cuarto donde yacía el abuelo olía a muerte: así lo percibí, mientras recorría con la vista los objetos y las personas que sentadas permanecían en el interior del cuarto: una estampa vetusta de la imagen de la Virgen de El Cisne, un Cristo con la mirada perdida y dos velas encendidas junto al cuadro, un armario viejo en una esquina, cuatro sillas de madera en las que estaban sentados mis padres y dos personas ya de edad que nunca había visto, y un jarrón de flores depositadas en una mesa pequeña junto a la cama del bisabuelo constituían todo lo que en el cuarto había. Claro que ahí estaba el perro viejo que parecía que no se había separado de la cama del enfermo.

Yo no entendía por qué todos estaban tan callados. Mi papá puso una carita, que hoy a más de setenta años, todavía recuerdo su tristeza reflejada en dos gruesas lágrimas que por los pómulos le bajaban mientras mi madre cariñosamente le apretaba las manos entre las suyas. ¿Por qué pela los ojos el viejo, papi?, le inquirí, pero ni él ni nadie me respondió. Sólo el perro parecía decirme: “está muriéndose, pues zoquete”. En su mirada estaban las palabras que hubiese podido decir, si hablara. Y como para que comprendiera lo que quería expresar, se levantó del pie de la cama y se sentó en el umbral de la puerta y no sé por qué se me sobrecogió la espalda de espanto, cuando con aullidos largos y un tanto quedo se puso a aullar como si algo le doliese. En el otro cuarto escuché a uno de mis primos: “ahora sí parece que tuerce la pata”. No sé, pero estaba aturdido, yo que pensé que me la pasaría jugando, no tuve deseos para hacerlo. Corrí a los brazos de mi padre, cuando vi que como un temblor la cama se movía y el enfermo comenzó a eructar; parecía como que a ratos le faltaba el aire. Pude divisar sus huesudas manos que se salían de la cama y sentí más miedo: lo que hice fue esconder la cara en el pecho de mi padre. No me importó el jalón de orejas que mi madre

me dio diciéndome que era un malcriado, que ya va a ver lo que me va a pasar en la casa, cuando estemos de regreso. Asocié los dedos fríos de mi madre con los del enfermo y quise salir corriendo, pero una de las que decían que era mi tía abuela se había subido en la cama; sentada hacía de almohada para que el enfermo se recostase sobre sus pechos; ella le había puesto las manos debajo de los brazos de él, tomándolo por sobre las axilas. Entre el susto que tenía quise reirme por el cuadro dantesco que acababa de ver.

Pensé preguntarle a mi papá si el viejo era el Quijote de la Mancha que en la portada de los libros de la biblioteca de mi casa había visto tantas veces, y que cada que me obligaban a leerlo me daba la impresión de que su figura iba a cobrar vida, y por tanto, el rato menos pensado se saldría del libro a caminar por la casa. Así estaba el enfermo de parecido. Parecía el mismo Quijote que en verdad había cobrado vida y que ahora estaba postrado en la cama. Y creía que esa era la oportunidad para verlo justo así: su delgada figura y su cara escurrida no daban para verlo caminando, sino tal como hoy lo veía al pobre de mi bisabuelo. ¡Qué figura para grotesca!, más parecía una radiografía que un ser humano con vida: tenía una quijada más larga y barbuda que las que había visto sobre el Quijote. Sus ojos eran dos potos con infinitud de arrugas en su contorno; los pómulos, dos huesos puntiagudos cubiertos apenas por el pellejo, en que se apreciaban varias fisuras longitudinales a lo largo de la piel; su frente arrugada tenía unas pintitas blancas como pesetas y era un mar de sudores; sus labios resecos y morados eran de vez en cuando humedecidos con gotas de algodón que mi tía abuela cogía de un jarro despostillado que tenía en la cabecera de la cama. Por un momento me quedé prendado al ver cómo sus fosas nasales resoplaban como bestia cansada, y de vez en cuando, los eructos que emitía daban la impresión de que por la boca se le iba a salir la manzana de Adán; la piel de la garganta se le estiraba como si la manzana propugnara por salirse atropelladamente; pues como que le subía y le bajaba. Tuve una ansiedad tal al ver como resoplaba y como se le templaba la garganta, que sentí deseos de meterle los dedos en la nariz, y así se lo comuniqué a mi papá al

oído, pero me dijo que no, que hay que dejarlo que muera en paz; entonces le dije que por qué lo tenían cogido de los brazos, a lo que mi madre de un pellizco me dijo que no joda, que a los moribundos no hay que hacerles bulla porque si no de noche asustan; entonces le dije que vamos a la casa, que me daba miedo de estar aquí, que el viejito desde ahorita ya me está asustando, que no ves como pela los ojos, le dije. Eso te pasa por malcriado, me contestó mi madre... Iba a seguir regañándome, pero escuchamos a mi tía abuela: "¡Soo, perro cojudo!" El condenado perro se había, en un descuido, subido a la cama y como que quería también tomarlo en brazos al bisabuelo, y como que quiso lamerle la cara pero de una manaza la tía abuela lo mandó al suelo. Yo quise aprovechar para darle su patada en el trasero, pero el perro maricón me mostró los dientes que me dejó con la pata suspendida en el aire. De pronto irrumpieron en el cuarto unos parientes que llegaban a visitar al enfermo. Se precipitaron sobre él y todos a una lloraban a moco tendido; sólo mi padre y mi madre seguían firmes en su asiento. Yo les pregunté que por qué no lloraban también; claro que a mi padre se le chorreaban las lágrimas pero no chillaba como los otros. Mi madre, como siempre, ni se mosqueaba, más bien tenía una jeta, de la que, cuando la veía así, de segurito que me arreaba su buena paliza, llegando llegando a la casa. Pero prefería aguantarme la paliza a quedarme para que, como me dijo ella, me asuste de noche el viejo de mierda. El perro, al ver tanta gente, o por qué también sería, salió a ladrar con unos aullidos que, si hubiese estado solo, me pichía ahí mismo de susto.

En el alboroto, aproveché para escaparme y meterme en el otro cuarto, pero la misma vaina: unos lloraban y otros discutían. Eran tantos los parientes del viejo, que a muchos hoy los veía por primera vez.

Unos pedían que vayan a ver al cura, otros que vayan en busca de la negra Eulalia para que cocine. A los muchachos nos mandaron al patio trasero para que nos subiéramos en el algarrobo en donde dormían las gallinas para que bajásemos las únicas tres que había. En el árbol nos dimos de trompadas con un primo porque nos disputábamos la misma gallina. Tanto forcejear y de llenarnos de

plumas el animal se nos escapó de las manos y tuvimos que corretearlo por la casa. Al fin lo alcancé, pero como mi primo me seguía, corrí a meterme en el cuarto del moribundo en busca de mi padre para decirle que querían quitarme la gallina que yo había tomado primero. Mi madre se llevó los dedos a la boca en señal de que no haga bulla, cuando en ese rato me causó repugnancia: se trataba de un gallo coloradísimo, guarico y culo pelado. Le latía el trasero al animal, hasta que tuvo la audacia de cagarse allí mismo, con tanta mala suerte que los residuos fueron a parar en las piernas de mi madre, la cual ni cuenta se dio porque seguía jetona. Oye, papi, le dije a mi padre, ¿por qué los gallos no pichen? pero no tuve respuesta porque en el mismo instante entró otra tía abuela y furibunda me quitó el gallo de las manos diciendo que era la adoración de su abuelo, que por lo menos eso quede de recuerdo. “Sinvergüenzas -nos gritó, no sé por quién-, no se contentan con haber vendido la casa y venirlo a botar a mi abuelo en esta pocilga, sino que ahora quieren acabar hasta con lo último que tiene...” No continuó hablando porque mi otra tía abuela comenzó a chillar más duro y a gritar histéricamente: Papito, papito, abuelito lindo no te vayas por Dios, no nos dejes solas... Todo mundo se arremolinó en la cama del viejo: había templado la pata. Cuando todos se hubieron tranquilizado, mi bisabuelo yació en la cama cual si estuviese profundamente dormido y con una carita que parecía estar tranquilo y alegre. Sus ojos ya no le blanqueaban y su cara de quijote parecía la de un angelito con alas. El perro de un cuerno jorobaba la vida con sus aullidos; de vez en cuando miraba largamente a los presentes y luego daba las vueltas sobre sí mismo y se ovillaba con la trompa sobre sus patas, las orejas gachas, y con la mirada en la cama del bisabuelo, se quedaba quieto, como queriendo preguntarle que qué le pasaba.

II

Hoy en que estoy muriéndome con la misma enfermedad de mi bisabuelo, observo con qué curiosidad mi único bisnieto me queda viendo, tal como yo lo hacía de niño.

Cómo quisiera que la vida no se me escape, para abrazarlo, tomarlo entre mi pecho e irme a la eternidad con esa viva imagen

de dulzura e inocencia conque se acercaba a meterme los dedos en la nariz o a hacerme cosquillas en los pies. Sin embargo, no sé si mi abuelo le pasó lo mismo: hoy los miro a todos desde el tumbado: a mi bisnieto, a mí mismo postrado en el lecho y a los demás que con su cara compungida y en silencio me observan. No siento ya ningún dolor, por lo que pienso moverme del lecho, pero me doy cuenta que, desde el tumbado, más bien he traspasado la pared y veo en el otro cuarto al resto de mi familia y a varios amigos que están hablando sobre mí. Alguien pregunta que a qué horas me he muerto, y una de mis hijas responde que no hace ni diez minutos de mi deceso. Desde acá arriba todo lo veo diferente. Me invade una paz infinita que en toda mi larga vida nunca la había sentido. No me apena que digan que ya me he muerto, más bien siento complacencia al ver a otros amigos que por largo tiempo vivían resentidos conmigo y que hoy visitan mi casa para darle el sentido pésame a mi familia. Regreso al cuarto donde está mi cuerpo, vestido ya de mortaja, el cura Bermejo, gran amigo desde la infancia, al pie de la cama junto a mi bisnieto y a mis dos hijos que se disponen, junto con otros familiares y amigos que acaban de entrar a la pequeña pieza, a orar por la salvación de mi alma. Y cosa rara, no escucho la voz del cura, sólo veo como mueve sus labios, a la par que, ayudado por mi bisnieto, esparce agua bendita en mi cuerpo. En el momento en que me cae la primera gota de agua, se me obnubila la mente y siento qué, arrastrado por no sé qué, me pierdo en un largo laberinto, negro y silencioso, que me impulsa a recorrerlo a una velocidad increíble. Al fondo alcanzo a divisar una diminuta luz, que como una aureola va apareciendo, conforme me acerco, con un esplendor majestuoso, como si se tratase de una estrella perdida en la inmensidad de la noche.

III

De pronto, de un grito mi madre me despierta y me dice que si me atraso a la escuela no me mandará de vacaciones donde el bisabuelo. Y que me apure, porque el pobre está enfermo, que mi padre anoche viajó a verlo a instancias de uno de mis tíos que de urgencia vino a llevárselo, mientras yo dormía.

¿Te acuerdas, mujer?

Siempre me pregunto qué será de ti y de mis hijos después de tantos años. El apuro del viaje, ¿lo recuerdas?, no me dio tiempo para traer un solo recuerdo de ustedes. Sólo esto es lo único que conservo de ti: que bien que se te ve, joven y llena de vida; parece que el tiempo se hubiese detenido para ti desde el momento en que por última vez nos despedimos en el aeropuerto. Cuánto tiempo ya, y aquí yo sólo y viejo, doliéndome en el alma aún el no poder volver a verte nunca más, y lo que aún me desgarrar el alma es la incertidumbre de no saber si vivirás o te habrás muerto ya.

Con cuánta nostalgia recuerdo tus cartas que, tembloroso, con ansiedad, con religioso entusiasmo las abría y las leía tres, cuatro, diez veces, hasta que me llegaba la próxima. Cada treinta días mi satisfacción era grande al leer tus palabras amorosas y los inocentes garabatos de mis hijos. Luego de diez años de matrimonio era la primera vez que por largos dos años me separaba de ustedes. Mi entusiasmo por viajar y estudiar no me permitió ver las consecuencias de la separación. Viajar a un país tan lejano me parecía una cosa impresionante. Pensaba en la alta calidad académica de los profesores que iba a tener en el curso de postgrado, y por qué no, pensaba en echarme una canita al aire; aunque, indio como soy, parlanchín y todo, nunca me había acostado más que contigo, mujer, ¿acaso ya lo olvidaste? Conseguir el amor de una rubia no lo veía tan difícil aunque se me había metido en la cabeza que tenía que acostarme con una francesa. Sería porque mis colegas en la facultad, siempre me decían: “Ya es tiempo, cholito, de que te pises a una hembrita, aprovecha hoy que nadie te va a ver en París”, y yo pobre me ponía morado de vergüenza, porque en verdad me incomodaba que siempre me hablasen así. “Fúuuu”, me decían a veces, “el cholito es pendejo, qué oportunidades que le dan las alumnas y él nada; ya déjate de moralismos, hombre, alguna vez quiebra la cruz”.

Desde luego que cuando me subí al avión -era pues la primera vez que lo hacía-, todas estas ideas se me esfumaron, sobre todo cuando estábamos en medio Atlántico y el bestia del chofer,

digo del piloto, nos dijo que nos ajustásemos los cinturones porque se aproximaba una tormenta que no se habían esperado, y yo como salí de mi país un viernes trece, claro, me dije, qué cholo para bruto, cómo he de viajar justamente este día. Lo cierto es que sudaba como caballo cuando el inmenso aparato comenzó a sacudirse como si alguien se le hubiese trepado en sus lomos y quería deshacerse de su carga.

Los primeros días en París, tímido y ladino, observaba con recelo a todos. Obsesionado buscaba con mi mirada huraña a las muchachas que decían ser todo un volcán de pasiones y quería descubrirlo en sus rostros. ¡Pero que va!, me había agarrado una nostalgia del san putas: primero porque a los tres días ya empecé a sentir la ausencia de mi familia, segundo porque tenía que estar comunicándome con señas o balbuceando unas cuantas frases que en francés apenas me las sabía, y tercero porque todos, hasta los negros me veían como a bicho raro y a veces, sobre todo cuando no me hacía entender, como que me decían: “¡Fucha, fucha, fuera de aquí!” Bueno, no encontré las muchachas de la calidad conque me las pintaban en mi país y que, me decían, se desesperaban por un latino en cuanto lo veían, porque decían que era más fogoso que un europeo. Los negros sí que se paseaban con unas rubias, que para qué te cuento, mujer. Yo, muy bruto, me ponía a pensar que cómo es que nos desprecian a nosotros y a estos negros jetones no, porque negros sí que había como caca de chivo.

Recuerdo que a la tercera carta que te escribí, mujer, me puse muy románticón contigo. Si ahora, al contemplar esta foto ya amarilla por los años, aún te ves muy guapa, pareciera que cada día que pasa te veo más simpática. A la quinta o a la sexta carta me parecía estarte escribiendo como si fueses mi novia y no mi esposa. Me había entrado por ti un amor enfermizo. Mis hijos, que eran mi pasión y por los cuales siempre me preocupaba más que por ti, habían pasado a un segundo plano. Casi de ellos no me acordaba, pero a ti te veía en el salón de clases, te veía en cada una de las mujeres conque me topaba; si las oía hablar, ahí estaba tu voz; si caminaban, era el

caminar tuyo; su ropa era tu vestir; si cerraba los ojos, ahí estabas tú, en mis párpados; si me iba a dormir, con mayor razón, ahí te me representabas; si me ponía a estudiar, asomabas en las páginas del libro; me dormía y en el sueño, ahí, viva, estabas presente; aparecías materializada en todo cuanto veía. Por eso, cuando te escribía, lo hacía con frenesí, ¡qué cartas, por dios!, ¿te acuerdas, mujer? Pienso que aún las conservarás, o las habrás roto, no lo sé. Nunca te pregunté por los problemas, sobre todo por las deudas que había dejado sin resolver: sólo te hablaba y hablaba idílicamente de mi amor por ti. Un buen día pensé que la mejor forma de alagarte, y sobre todo para que te sintieses bien sabiendo que yo estaba en las mismas condiciones, me propuse tomar fotografías, posando en los mejores monumentos, parques, edificios, y en todo lugar paisajístico, artístico y novedoso que en la ciudad luz encontraba fotogénico. Luego la ansiedad por enviarte todas las fotos con una extensísima carta que a veces pasaba de los diez folios. Me parecía la mejor forma de adularte para que mis hijos y tú se sintiesen orgullosos de que este pobre adefesio se estuviese paseando en los mejores lugares de París. ¿Cuántas fotos te envié, mujer?, ¿te acuerdas? Creo que quinientas, o más; tendrás que buscarlas o pedirselas a mis hijos o a mis nietos, si los tuviere, claro. ¿Qué pasó con ellos, mujer? Que horroroso no saber ni tu destino ni el de mis hijos, porque acá, muy pronto creo que te enteraste, no pude nunca llegar a tener un solo hijo. Recordarás que por un buen tiempo me sentí feliz enviándote foto tras foto. Semana tras semana acudía religiosamente al correo, aunque tú sólo me escribieses cada dos meses. Claro que te justificabas diciendo que te costaba mucho escribir como yo lo hacía. Cuánta alegría no sentí el día en que me enviaste una foto tuya que es la que hasta hoy, en la vejez, conservo como el único recuerdo tuyo. Aunque sería, te veías muy atractiva; pues, te habías dejado crecer el cabello y eso te hacía más joven y sensual. Orgulloso andaba a traer tu foto para todo lado y con entusiasmo la mostraba a todos los compañeros de curso. Y claro, llegaron a apreciarme tanto porque decían que te quería mucho; pues, era el único de los casados que en el curso hablaba de ti y mencionaba tu nombre y te ponía como ejemplo cada que podía. Mis

compañeros me sugirieron que me hiciese tomar fotos con ellos y te las enviase a ti para que te dieras cuenta lo bien que ellos se portaban conmigo. Y como de cuatro varones que éramos en el curso, el resto sólo eran mujeres, me pareció excelente la idea. Hoy pienso que sin la ayuda de mis compañeros me hubiese muerto de pena. Bastaba que se topase un tema de familia y enseguida tu recuerdo y el de mis hijos me elevaba a una infinita tristeza que ser humano pueda imaginarse. Al menos nunca había sentido aquel dolor en el alma que me quemaba el pecho cada que en ti pensaba.

Por eso, mi incertidumbre no podía ser más grande -¡oh, mujer, por qué mi hiciste aquello!-, cuando al abrir una de tus cartas me extrañó el que me regresases varias fotos que yo con tanto cariño te había enviado. Cuatro de ellas correspondían a una misma chica del curso. Se trataba de una argentina, Analía, ¿te acuerdas?, con la cual había compartido, más que con ninguna otra, mis pesares y mis días de congoja por tu no presencia. Ella era la que, sobre todo los fines de semana cuando me veía tan triste, me insinuaba que saliéramos a caminar por la ciudad, a pasear por el Sena o a ir a ver alguna película. Y era con ella, que sin haberme dado cuenta lo que en ti podía provocar, con quien aparecía abrazado en estas fotos. Y de verdad que a esta argentina, a pesar de su tono de voz quejumbroso, la estimaba como a mi mejor amiga, y por eso no tenía ningún inconveniente en hacernos tomar fotos, y recuerdo, mujer, que así te lo comunicaba epistolarmente.

¡Qué golpe!, yo enamorado de ti y tratando de comunicarte, en medio de mi tristeza, toda mi alegría para que no sufrieses, pensando yo, ingenuamente, de que tú podías haber estado en las mismas condiciones anímicas que yo. Pero, qué burro yo también; hoy me doy cuenta, no me imaginé que te estabas muriendo de celos por esas fotos. Hasta hoy recuerdo que en aquella carta me decías que mientras yo me tomaba fotos de toda posición y color, tú y mis hijos se estaban muriendo de hambre. Categóricamente me mandabas a decir que fotos así no las necesitabas para nada, que me quede con ellas y que me las meta donde más pueda. Yo bien creído que todo cuanto

te decía en mis ingenuas cartas te lo estabas creyendo, y pensaba que este gesto epistolar aumentaría a la distancia nuestro amor. Me decías que en vez de estar estudiando, me la paso escribiendo cartas insulsas y disfrutando a lo grande con la argentina. Y lo que es más, me decías, ¿te acuerdas?, de que en el supuesto caso de que esté estudiando de verdad, para qué me iba a servir si a mi regreso iba a ganar la misma miseria de sueldo. “Ya ves -me decías- hasta hoy hace ya cerca de un año y no sale la comisión de servicios del Ministerio de Educación para tu colegio y no sé cómo irás a pagar los cuatro años de deudas que...” “claro, tuve que pedir dinero para poder comprar el pasaje de avión que por supuesto no cubría mi beca.

Lo cierto es que lloré como una criatura. Todo el amor que por ti sentía y el cual se había alimentado de recuerdos y pasiones, acababa de derrunbarse con tremenda carta. Quise romper las fotos devueltas porque pensaba que ellas eran las culpables de todo cuanto acababa de suceder, pero en vez de hacerlo, por primera vez me fijé en la muchacha de la foto y no sé por qué sentimiento extraño me pareció ver en ella una sonrisa dulce, elegante y hasta voluptuosa. No había reparado en su feminidad, tan evidente en su manera de vestir. Comencé a preguntarme por qué esa manera de abrazarme así en las fotos, cosa que antes no me había dado cuenta cómo lo hacía. Bueno, lo cierto es que toda la noche pensé. Por un lado se me aparecía la imagen de Analía, toda sensual y llena de atenciones para conmigo, y por otro, la imagen tuya con una cara de general, amenazante, con una mirada dura y fría. Quería borrar ambas imágenes pero no podía. Por primera vez me puse a pensar en mis hijos, antes que en ti como lo hacía siempre, pero me decía, ellos estarán bien, jugando como siempre lo hace todo muchacho. Pero otra vez las imágenes de ella y tú, y si me dormía las soñaba peleándose y disputándose mi pobre humanidad.

Ya en clases, al otro día, lo primero que se me ocurrió fue buscar con mi mirada a Analía, y ahí estaba. Nuestras miradas coincidieron, sonrió y me hizo un guiño. Me ofusqué, no sabía qué pensar. Se interponía una vez más tu imagen y las palabras duras

de tu carta. La regresé a mirar y otra vez me sonreía. Parecía como si supiese lo que me estaba pasando y como que con su sonrisa me decía: “No sufras, aquí estoy yo”. Opté por salirme de la clase para ir al baño, pero al regresar, en el pasillo, ella estaba junto a mí. No sé cómo, la tomé por los hombros, me sonrió quedamente. La tenía tan cerca como en otros días, pero hoy era distinto, el corazón me latía; quise hablarle, pero no me dio tiempo. Con sus besos ardientes le dijo a este pobre cholo arequipeño que no hacían falta las palabras después de tanto esperar por este momento.

Madrid, mayo de 1995

Cuento premiado con el segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento Interuniversitario Universidad Tecnológica Equinoccial, Quito, 1998.

Parque del oeste

Se había quedado pensando en aquello de que el tiempo está constituido por instantes discontinuos e independientes entre sí, cuando siempre había creído que la realidad es esencialmente duración. Se puso a contemplar las acacias, todas ellas llenas ya de hojas verdes: ¡qué diferentes a como quedan en invierno! Las gentes habían dejado ya sus abrigo y muchos viejecitos acudían al parque a caminar, otros simplemente paseaban con sus perros. Siempre se había preguntado por qué en este país existían tan pocos niños y si muchos perros que los cuidaban como a personas. Como filósofo que era andaba indagando todo lo que le parecía curioso o extraño, o al menos se preocupaba por aquello que los demás nunca lo hacían porque les parecía demasiado obvio, pero él hasta se obsesionaba con ciertos asuntos que por meses lo abstraían; hoy estaba meditando en el tiempo como una categoría antropológica básica en el hombre. Cuál es la realidad única, se preguntaba: ¿el instante o la duración? En su país nunca había pensado en esta teoría; era ahora, en su curso de especialización que al recibir clases de filosofía francesa, el catedrático y costarricense Alberto Castillo les hablaba con mucha pasión sobre Bergson y Bachelard a propósito del reciente fallecimiento de este último. ¿Sería acaso -se preguntaba, después de las clases o cuando acudía a su clásico banco del Parque del Oeste- el instante la realidad objetiva? Se acordaba hasta de Hegel cuando afirmaba que la conciencia de sí es una conciencia que se realiza en el tiempo discontinuo del instante. Hasta no hace mucho había creído que la esencia del ser último era el tiempo. Para Bachelard lo era en cambio el espacio, puesto que el tiempo de nuestro ser íntimo no era otra cosa que la unidad espacio-temporal del instante. Esta idea de la temporalidad se la mezclaba con la de su familia que hacía ya mucho tiempo sin verla, y con la de los viejecitos que de arriba abajo paseaban por el parque. Aquí quisiera estar paseando yo con mis hijos, y no con los perros como lo hacen estos viejos de mierda, pensaba. También pensaba en los árboles del parque que luego perderían sus hojas. Se aproximaba el otoño, y con el invierno todo

vestigio de vida en los árboles habría cesado. Por consiguiente creía – acordándose de sus clases de filosofía- que todos los objetos devienen, que hay, con sus cambios, un progreso continuo de las cosas para luego perecer; sin embargo, ellas son las que fortalecen el espíritu y lo enriquecen por medio de las incesantes detenciones de instantes que el espíritu racionaliza sobre nuestra realidad cambiante. Dejó de divagar al darse cuenta que una pareja de viejecitos, que de rato en rato cruzaban con su pachón inglés, se quedaban observándolo. Cada que esto le pasaba se acordaba del libro que andaba a traer en sus manos, de su condición de indio-mestizo y de desarraigado de los suyos. Miró a su alrededor y se fijó en una de las paredes de una cabaña del parque en la que había una frase pintada con brocha gorda, que decía: “Todos somos iguales, todos somos desiguales, fuera de aquí inmigrantes.” Hoy era la primera vez que se había fijado en la frase y la asoció con los viejecitos que lo quedaban mirando. Estaba viviendo el instante del presente y creía que esa era su propia esencia, y por eso sufría al recordar a los suyos que no eran más que instantes de dolor, tiempos de un yo íntimo que sólo podía medítárselo en los términos del espacio en que vivía; por eso pensaba en los instantes que revelaban la interioridad de su alma: qué sería de aquel ñatito que apenas podía pronunciar papá y que se subía a sus espaldas para jugar al caballito. Sostenía que el tiempo es una revolución y no una continuidad, porque si lo fuera ya me hubiese desecho en un recuerdo largo, incesante, delirante y único, pensaba. ¿Qué estará haciendo mi esposa?, ¿acordándose de mí, en instantes, por entregas?, ¿o se habrá adormecido en el recuerdo continuo de mi ausencia?, se decía para sí. Qué bien se sentía al pensar en que hay un acto de razón, voluntario, que hacía posible que su yo íntimo sea una historia personal con identidad, aunque ésta no esté realizada plenamente: ¿será por lo que dice Bachelard, que el individuo no es más que una suma de accidentes? A veces le daba miedo pensar que no era más que eso, como el caso de este muchacho, de los pocos que en este país hay, pensaba -en ese momento, por accidente, el muchacho pasaba veloz en bicicleta-. Su conciencia no dejaba de mirar el instante pasado; sólo le quedaba el alivio de que en cada

intervalo había un vacío de uno con otro instante. ¿Acaso esta suma de instantes era accidental? Si era así, su identidad, en verdad, no estaba jamás realizada plenamente. No, no lo sabía, y ni siquiera recordaba los términos en que discutían con el profesor al respecto. Un viejecito a su lado compartía el banco del parque y no dejaba de toser. Lo que sí podía asegurar es que su conciencia presente era la que decidía la esencia de su existencia a partir de los instantes presentes. ¿Qué pasaba, entonces, con el pasado? ¿Es pasado o es presente el recuerdo de mis hijos, de mi país?, pensaba, ¿o es una búsqueda del tiempo perdido? Creía firmemente que era necesaria la recuperación de estos instantes perdidos que no eran más que recuerdos -¿no es cierto, fiatito, hijo mío?- que se construyen con el lenguaje, puesto que la memoria no podía disociarse de las ideas, de las palabras, que son las que traen a la existencia el instante del pasado -¡bah!, por fin se va este veterano, pero hay viene otro a sentarse aquí, qué lata- y que desde el presente son vividos, según creía que aseguraba Bachelard, como una reconciliación agradable del ser íntimo con su propio devenir.

En efecto, la vida era una colección de instantes que le permitían soñar -si pudieses estar aquí a mi lado, cariño, como la pareja del frente que ajenos al mundo se besan interminablemente con ella sentada sobre los muslos de su hombre- y pensar -el viejecito que está a su lado, por lo visto, se sentía más solo que él; no deja de observar la sonrisa de una linda española impregnada en un trozo de papel de una revista que el viejo anterior dejó botando- entre el silencio interior de ese instante y entre el murmullo de los sueños que hablan en cada instante de su instante. Ahora bien, tenía la impresión de que la conciencia que sueña, que recuerda más bien dicho, era un laberinto donde se cruzaban el valor y el desvalor de la vida, pero en donde también la existencia humana adquiriría su verdadero sentido -¿se puede hablar de sentido humano en este viejecito -argumentaba- que ya se ha quedado dormido a mi lado y ronca como un tractor?-.

Bueno, creía que si tuviese una memoria exacta que guarde el recuerdo de su amada y de sus hijos, no estaría pensando que

aquellos recuerdos sólo podía encontrarlos en la ensoñación y en la imaginación, que eran los que le daban valor a la unidad de su existencia. Sostenía que su señora, en especial, y sus hijos, en medio de su angustiosa soledad, estarían pensando -¿o pensaba él?- que esta larga ausencia era como si él se hubiese muerto y que algún día, a su regreso, cuando se encontrasen, habrá “resucitado”, y entonces sí, la presencia de su familia aparecería como una viva imagen de lo trascendente para fundamentar la visión reflexiva de su esencia y de su existencia.

Madrid, junio de 1995

La casa de las iguanas

Habíamos quedado en vernos a las cinco de la tarde en la Puerta del Sol. Llegó puntual. Le mentí que tenía que ir urgentemente al consulado.

-Espérate maja -me dijo-, ¿no quieres que te bese a lo española?

-No -le dije-, prefiero a lo ecuatoriana.

Aunque era atractiva, detestaba torpe y calladamente su doméstica actitud para actuar y expresarse cual si fuese una madrileña. Pobre lojanita, pensaba, si con cinco meses está así, cómo se pondrá a los tres años que decía que iba a quedarse.

La mentira no me resultó efectiva. Ella me corrigió diciéndome que sólo había atención hasta las dos de la tarde. No había reparado en la pereza de los españoles y en la de los ecuatorianos para adaptarse con facilidad a estos horarios, más aún si en el consulado ecuatoriano trabajaban españoles.

Aunque no estaba tan animosa -por eso le había mentido-, no me quedó más que acompañarla. Caminamos por la Gran Vía en dirección a la plaza de España. Le dije que como estábamos en primavera era preferible caminar. Lo que no sabía era que yo, recién llegada, no quería subirme al metro por no gastarme los pocos reales que había traído, hasta poder encontrar trabajo, aunque esta vez, la cosa era segura, me confirmó. Le volví a insistir que caminemos.

-Vale -me dijo-, y me tocó el culo a lo española.

A la altura del Palacio de la Música, me dijo:

-Espérate, chavala, ven a ver lo que hay en este quiosco-. Se trataba de toda clase de revistas que estaban a la venta del público. Me señaló una en la que, en la portada, estaban besándose dos hombres.

-Esto hace falta en Loja -me dijo.

-¿En Loja de España o en Loja de Ecuador? -le dije.

-¡Joder!, chica, ¡joder! -masculló. Para mi asombro compró la revista.

-¡Estás loca! -le dije-, para qué compras eso.

-Mira -me insinuó-, ¿vas a querer trabajar, o no?

-Claro -le dije-, si a eso vine, y tú lo sabes.

-Entonces, cállate, y no preguntes, luego te explicaré, ¡joder!

La verdad es que no sabía a donde me llevaba. Al llegar a la plaza de España, me señaló con el dedo el edificio de la Telefónica, y me dijo:

-En el edificio de al lado, en el quinto piso vive el viejo, ¿estás decidida?

-No tengo otra alternativa -le manifesté-. Ya estoy dos semanas aquí y no encuentro trabajo.

-Chica, escúchame bien, aquí tienes que dejarte de tus pujitos morales y entrarle a lo que haya, ¡vale!

Me sentía insegura, acomplexada. En la Puerta del Sol, a donde me fui a vivir con otros paisanos, dormíamos ocho personas -entre ecuatorianos y peruanos-, en un solo cuarto, con tal de economizar el alquiler.

-¿Quieres fumar? -me dijo-. Se dio cuenta que aunque trataba de controlarme, estaba nerviosa. Le hice una negativa con la cabeza.

-Ya aprenderás -enfaticó. Aunque en Loja pocas veces había tratado con ella, que yo sepa, no fumaba. Aquí parecía china, digo española, para fumar. Andaba a traer su propia cajetilla de cigarrillos y su encendedor.

Al entrar en el edificio, una pareja de muchachos le pidió permiso a mi paisana para quedarse tras el portón. Ella se limitó a decirles:

-¡Coños, no!, me dejan cerrando la puerta en cuanto terminen-. Luego me dijo a mí:

-Aquí la cámara, le hubiese encantado al viejo.

Yo no entendí muy bien lo que quiso decirme, porque aún no daba crédito a la audacia de estos muchachos. Una vez más mi amiga se limitó a decirme:

-Ya te acostumbrarás, eso es normal aquí-. Lo único que yo avancé a decir fue:

-¡Virgen Santísima!-. Y pensé en mis dos hijas que había dejado en mi país. Tendrían la misma edad que estos muchachos que sin ningún escrúpulo y con toda la sinvergüencería del mundo -al menos así lo creía yo- y como animales comenzaron a jadear tras el portón mientras nos encaminábamos al ascensor.

El piso en donde vivía el viejo era muy elegante. Me sorprendí por la cantidad de cuadros pictóricos que, según parecía, eran copias de El Tiziano, Rubens, Sorolla y Picasso y de otros pintores que desconocía. No bien nos recibió el viejo me pegó una mirada que me pareció muy extraña. Acto seguido nos hizo pasar a otra sala en la que sobresalían unas copias de Las Meninas y La Venus del Espejo de Velásquez y El Entierro del Conde Orgaz de El Greco. Esta casa, me dije, más bien parece un museo.

-Y bien, don Felipe, esta es la chica -le dijo mi amiga al viejo, el cual no me quitaba la mirada de encima como escrutándome palmo a palmo para saber si serviría o no para mi nuevo trabajo-, y aquí tiene su revista, ésta es el último número-. El viejo la recibió, apenas la vio y la depositó en un escritorio que estaba lleno de otras revistas y papeles. Tras el escritorio había un anaquel con libros y una gran pintura de una chica española que, desnuda, posaba en un lienzo.

-¡Ajái, jajái -dijo mientras seguía observándome-. Ponte de pie -me ordenó-, date la vuelta, camina un poco... Bien, bien, siéntate. Tendrás que soltar un poco más el cuerpo, ya sabes que para este trabajo se necesita agilidad.

Yo estaba como sonámbula y sólo me limitaba a decir que sí, con leves movimientos de la cabeza. Se sentó sobre el escritorio, encima de las revistas; tosió un poco; se arremangó los pantalones, mostrando sus piernas lampiñas color de yuca; se arregló el nudo de la corbata, y sin quitarme la mirada de encima, me dijo:

-Empezarás ganando 100.000 pesetas, de miércoles a domingo, y según como te desenvuelvas te iré aumentando 10.000 pesetas mensuales. Los pormenores, el sigilo, la prudencia, ya las sabes, según tú le habrás explicado todo -le dijo a mi amiga, dirigiéndose a ella con su enorme vozarrón y moviendo las manos como si quisiera pegarnos; situación que a mí me incomodó más y no sabía en donde guardar mi timidez que la notaba en el sudor de mis manos y en la frente, en el rubor de las mejillas, y creo que hasta en las ganas de orinar que me entraban a cada momento.

-Pues nada -dijo don Felipe de pronto. Dejó el escritorio y se dirigió por una puerta del fondo. Yo me sentía aliviada al verlo desaparecer. El viejo me parecía ridículo: su cuerpo enjuto, su cara chupada, su nariz larga y su calvicie, a pesar de andar bien elegante, con sus dientes blancos y sus ojos que parecían que relampagueaban, de verdad me asustaban.

-Aquí tienen -nos dijo, no bien hubo aparecido otra vez en la puerta del fondo, y nos entregó una filmadora pequeña y una cámara fotográfica-. Ya saben -nos increpó-, a las dos de la mañana están de regreso. ¡Adiós! -nos dijo y se encaminó a abrirnos la puerta principal de su apartamento, o piso como supe que llamaban a sus viviendas en este tipo de edificios.

Salimos a la plaza de España y nos encaminamos por la calle Princesa. Yo aún no estaba segura de mi papel como empleada de don Felipe. Pues mi paisana me había dicho que sólo tenía que confiar en ella si quería conservar el trabajo, por eso ni siquiera le insinué sobre lo que nos había acabado de dar, y lo del regreso a las dos de la mañana donde el viejo, aunque ya sabía que aquí la gente, en su gran mayoría, era noctámbula.

No eran aún las ocho de la noche, digo de la tarde, por lo que había que esperar un par de horas más, hasta que oscureciera. Mi compañera me dijo:

-Mira, ya hice los contactos para ir a Argüelles. Esa va a ser hoy nuestra zona de operaciones. Metámonos al Corte Inglés, mientras tanto, a abrir la boca, y luego nos tomamos un café para engañar el estómago.

-Yo pensé que había un solo Corte Inglés, en la Puerta del Sol -le dije.

-No, chica -me dijo-, es una empresa comercial gigantesca que tiene aquí en Madrid como cuatro o cinco locales.

Al fin, luego de visitar las seis plantas que tiene el Corte Inglés en Princesa y Alberto Aguilera, avanzamos por la calle Gaztambide.

-Toda esta zona se llama Argüelles, y un poco más a nuestra izquierda queda la Moncloa, desde donde empieza la ciudad universitaria de la Complutense -me dijo mi amiga, haciendo gala de que conocía ya toda Madrid.

-Viernes, sábado y domingo no puedes caminar con tranquilidad por esta zona -continuó hablando- porque la juventud sale a divertirse a las cafeterías, bares y discotecas hasta las cinco de la mañana.

En efecto, había gente en las calles como si se tratase de una feria: muchachos y muchachas subían y bajaban en algarabía.

Llegamos a Gaztambide 24; en la primera planta había una cafetería, nos tomamos -de pie, junto a la barra, y en medio de los muchachos parranderos que vociferaban como si estuviesen peleando- un café y un perro caliente. Salimos, y en el mismo edificio mi compañera llamó al 3ro. "p", se identificó y le indicaron que suba. Me previno indicándome de que en este piso empezaba mi primer trabajo. Al llegar me presentó a dos peruanos, dos costarricenses, un guatemalteco, y a un ecuatoriano que resultó ser también lojano, y que vivían en el 3ro. "p", un apartamento un poco amplio, comparado con el cuartucho en que nosotras vivíamos.

Estos latinos resultaron ser becarios de la Agencia Española de Cooperación Internacional; unos estudiaban en el Cedes y otros en el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Personalmente me dio mucho gusto encontrarme con esta gente que -a diferencia de los españoles que había conocido y hasta de mis propios compatriotas y otros latinos con los cuales vivía en la Puerta del Sol- resultó ser muy amable. Al lojano no lo había conocido pero sí había escuchado algunas referencias de él; aunque reservado, me pareció un buen tipo. No nomás se hizo a la idea de lo que íbamos a hacer, más aún siendo mujeres. Como mi amiga era un poco fanfarrona, y aún más a lo española, lo convenció no sólo a él sino a los demás, con los cuales ya había hablado días antes.

-Bueno, chica, al balcón -dijo, después de compartir recuerdos y tereques con los latinos. Se trataba de filmar y de fotografiar a ciertas parejas de madrileños que estarían follando, según el argot español, en el angosto pasillo que con pasamanos había únicamente en el tercer piso del edificio del fondo. Se trataba de un edificio muy alto que quedaba intermedio entre el que nosotros estábamos, con el frente a Gaztambide y entre el otro, con el frente a la calle Andrés Mellano. En los extremos de los edificios había grandes espacios vacíos que desde ambas calles daban acceso a grandes corredores por los cuales se bajaba al subsuelo en donde se encontraban las discotecas, bares, una iglesia, una comisaría municipal de policía y pequeños centros comerciales. Desde las discotecas, según me dijo mi compañera y los que vivían en el 3ro. "p", subían los muchachos a ese pasillo oscuro y poco frecuentado en la noche.

-Ya están ahí los chavales dijo mi amiga-, no enciendan la luz, aunque a éstos lo mismo les da que los vean o no -concluyó.

Las escenas no podían ser más grotescas de las que veía. A escasos cinco metros, desde el balcón del 3ro. "p" hacia el pasamanos de enfrente, había seis parejas de muchachos que tendrían entre trece y diecisiete años, haciendo el amor en el suelo, como perros y sin ningún rubor de una con otra pareja. Yo no podía dar crédito a lo que estaba viendo, más aún cuando vi que otras parejas se cruzaban

por el pasillo, y como si nada, seguían caminando hasta encontrar su espacio y saltándolos a los que se habían botado al suelo.

-¡Ea!, chica, a trabajar -me dijo mi compañera, mientras los del 3ro. "p", ya acostumbrados a esas escenas, ni siquiera se acercaron al balcón.

-¡Pero eso no puede ser!, esos muchachos están drogados, están locos, están...

-A vos qué te importa, ¡carajo!, no hagas bulla y prepara la cámara, que la noche y el espectáculo apenas está empezando. Te van a pagar por esto, ¿o no? -me dijo ya harto molesta.

Yo, ofuscada, con miedo y todo, me acomodé lo mejor que pude en el balcón, tratando de que no me vean, y comencé, temblorosa, a disparar la cámara. Pensé que alguno de ellos se daría cuenta, pero ninguno se inmutó siquiera.

-Busca los momentos más estelares, no gastes adrede las tomas. Ahí, ahí -me dijo entusiasmada mi amiga, mientras una de las parejas cambiaba de posición-. Don Felipe te pagará extra por las mejores tomas que hagas -me insinuó.

Su fueron aquellas parejas y luego vinieron otras. Cada cual con su original voluptuosidad desataban salvaje y brutalmente su desenfreno sensual. Lo que más me llamó la atención fue ver como las mujeres eran las que tomaban la iniciativa en todo. Yo sudaba viendo aquello y hasta me comenzó a doler la cabeza. En otras ocasiones, por la curiosidad innata que una tiene, posiblemente me hubiera sentido feliz fisqueando, pero hoy me asaltaban sentimientos extraños que me volvían impotente, culpable de aquello. Quise enfrentarla a mi amiga por haberme metido en aquello pero pensé que era adrede. Más bien me estaba haciendo un favor por darme la oportunidad de trabajar, como ella misma me lo insinuó en algún momento. Los del 3ro. "p", metidos en sus dormitorios y abstraídos en sus estudios, según parecía y porque me contaba el guatemalteco que les sacaban el aire estudiando, eran ajenos al trabajo que en el balcón llevábamos a cabo.

-Basta ya, tenemos que ir abajo -me dijo mi paisana después de un par de horas de estar a la caza de lo que mejor se podía captar. Nos despedimos de los del 3ro. "p" y bajamos a la discotecas, en el subsuelo, para, según ella, ahí tomar sólo fotos.

-Para qué -le dije- si ahí sólo estarán bailando.

-Ya vas a ver, chiquilla, ya vas a ver, tú crees que estás en Loja -me dijo y recordé que ya eran varios años que no había pisado una discoteca. Le expresé que ahí no iba a ser posible una foto porque se darian cuenta. Me explicó que ella se pondría a bailar disimuladamente y cuando en sus movimientos levante la mano izquierda, yo tenía que hacer, como si la foto fuese para ella. Entramos a una discoteca, luego a otra, y a otra, y en cada una lo que más había eran mujeres. Nos quedamos en una en la que mi amiga dijo ser la indicada para nuestro trabajo. Con soltura, y como siempre a lo española, pidió dos cañas, que resultaron ser dos vasos, en forma de barril, de cerveza. A excepción del que nos atendió en el bar, nadie se dio cuenta de nuestra presencia. Todos bailaban al son de una música que me pareció espantosa, con unos ruidos estrambóticos que sólo invitaban a que los ejecutantes en vez de bailar se la pasen saltando. Me di cuenta que a las muchachas no les importaba mostrar sus portentosos traseros en cada paso o salto que ejecutaban, pues todas vestían unas falditas, negras o azules en su mayoría, que les llegaban justo a la altura de la parte interior de sus bragas, lo que con sus hermosas piernas, su talle delgado, con su buen porte y su cabello suelto las volvía admirablemente sensuales; pero parecía que a los varones poco o nada les importaban las cualidades de sus compañeras, o sería que ya estaban acostumbrados a la idea de verlas así.

-Mira -me dijo la lojana-, ahí está lo que quiere el viejo.

En una esquina del salón, en donde bailaban entre mujeres, y en medio de una inmensa humareda que a mí, a más del ruido ensordecedor, me tenía mareada, había dos parejas que se besaban y se topaban las nalgas a más no poder.

-Y mira allá -me insinuó.

Esta vez se trataba de varón y mujer, que en vez de bailar, al otro extremo y en el fondo del salón, al menos tres parejas hacían el amor -follaban, como decía mi amiga, digo más bien los españoles- de pie y arrimados a la pared. A diferencia del balcón, éstos lo hacían con más disimulo y hasta con cierto arte. Yo, ingenua, me puse a pensar que la ropa que portaban las muchachas estaba diseñada para estos menesteres.

-Ya, ya, no te embeleses -me insinuó mi buena amiga que, ducha en estos asuntos, sabía a donde me traía-. Cuélgate al hombro la filmadora -continuó- y prepara la cámara -y se deslizó por la pista a bailar sola. Yo, una vez más, muerta de miedo y todo, me alcé de una sola la caña, digo la cerveza, y atenta y confusa comencé a disparar la cámara a la señal ya convenida. Nada nos pasó como yo temía, pero estaba exhausta, con hambre y mareada, y ya no sabía ni qué pensar de todo lo que habíamos visto y hecho. Lo que sí tenía claro era un vago y espeso remordimiento de conciencia que me comenzaba a punzar en mi interioridad por lo que en complicidad con mi paisana hacíamos. ¡Si mi familia supiera lo que estoy haciendo!, pensaba, y me afligía aún más.

-Bueno, chavala, ahora sí, hay que tomar el metro, porque se nos hace tarde -me dijo por fin.

Al salir de la discoteca parecía que todo el humo de los cigarrillos y hasta de otras sustancias que parecía que los muchachos inhalaban, se me había pegado en el cuerpo. Sentía que apestaba, y con el calor que adentro se respiraba, me sentía un completo adefesio, y aún todavía había que ir donde el viejo, no sabía exactamente a qué, y a las dos de la mañana. Eran la una y treinta y a esa hora no circulaba ya el metro. De Argüelles a la plaza de España no estaba lejos, pero, según le insinué a mi amiga, tenía miedo que nos asaltasen. Ella se rió y me dijo:

-Vos sigues pensando que estás en Loja, o en alguna parte del Ecuador, chavala; estás en Madrid, en la madre patria, ¡vale! -me dijo socarronamente.

Le dije si no podíamos dejar para mañana la cita donde el viejo, y me contestó que si estaba loca, que no sólo yo sino ambas nos quedábamos sin trabajo. Me dijo que ella ya estaba ganando 120.000 pesetas por otras “cositas” que sabía hacer y que yo ya las aprendería más adelante, si es que me aviso, me dijo.

Pensativa, cansada y asustada, llegamos donde el viejo. Pues, ahora, nos hizo pasar a una sala distinta y a media luz que mi amiga ya conocía. Ahí sí sentí que la tierra se me abría a los pies. En esta sala, con las luces que cambiaban como si se tratase de una discoteca, estaba don Felipe con otros tres viejos, y dos muchachas rubias que en el fondo, en una especie de estrado, bailaban semidesnudas al compás de un fondo musical que parecía árabe. Lo típico en el salón, a más de las luces y la música, era el humo de los cigarrillos, botellas de vino y cantidad de fotografías ampliadas que, parecidas a las que horas antes habíamos tomado, adornaban el salón en cada una de sus paredes. Con el juego de las luces, parecía que las fotografías cobraban vida, se movían y compaginaban con la danza erótica que las chicas ejecutaban en el estrado.

-Mañana revisamos el trabajo que han hecho, hoy encárguense de éste -nos dijo don Felipe, sin regresar a vernos y atentos sus ojos en las muchachas que, con el resto de viejos, parecían estar asistiendo a una sesión de hipnotismo.

-Ponte fuerte, mañana te explico todo, aunque prácticamente sabes ya, de aquí en adelante, el trabajo que tienes que hacer el resto de la semana -me dijo mi paisana, eufórica y con la mayor tranquilidad del mundo, mientras preparaba su filmadora y yo me hacía cargo de la cámara.

-Estate atenta, que estas chavalas son nuevas y no sé cómo vayan a proceder más adelante. Creo que la una es la española y la otra es la sueca, de las que ya en días anteriores me habló don Felipe -me susurró mi amiga para no distraer a los viejos.

Apareció un nuevo fondo musical, cambiaron las luces que desde un pequeño tablero mi compañera dirigía, y las danzarinas, a

una palmada del viejo, se convirtieron en dos frenéticas lesbianas que con sus juegos eróticos llenaban de delirio la pasmosa morbosidad de estos vejetes que alelados, con los ojos abyectos, contemplaban el espectáculo.

Yo, obnubilada por el recuerdo de mi familia: la de mi esposo y mis dos hijas, y pensando atropelladamente en mis modestas clases de profesora particular de religión y filosofía, en la bribonería de mi amiga y en la porquería de mundo en la que me había metido, aplastaba, una y otra vez, con saña, con rabia visceral, el obturador de la cámara. Mas, ya no tuve tiempo ni para saber qué mismo pensar, cuando vi que mi paisana, con destreza y augusta bellaquería, dejando a un lado la filmadora y sus ropas, empezó a movilizarse, en el espesor del ambiente, camino hacia el estrado.

Madrid, junio, Loja, agosto de 1995

Seducción

Me gustaba la muchacha, se trataba de una flamante viuda. Cuando casada siempre la admiré en silencio. Mis principios no me permitían acercármele sino sólo para brindarle mis respetos y mi consideración de amigo y compañero de trabajo. Me gustaban sus labios, su porte, su manera para decir las cosas. Era encantadora, buena para emprender las tareas más difíciles, de las cuales siempre salía airosa. Todos la admirábamos y todos la deseábamos. Por eso no acertábamos a comprender cómo se había casado con un grandulón, feo y petulante abogado. En cierto sentido, nos sentíamos felices cuando enviudó. Hasta más guapa y airosa se puso. Y como dicen que a las viudas las agujonea el diablo para que se vuelvan más atractivas, picantes y seductoras, un buen día, en el colmo de mi timidez, me atreví a decirle que estaba encantadora y que me gustaría platicar más a menudo con ella, de paso que supera su soledad, me atreví a decirle. Para mi sorpresa, porque pensé que nunca podría suceder aquello, me dijo abruptamente y guiñándome un ojo: "Te espero en mi casa". No pude trabajar toda la tarde pensando en semejante noticia. No sabía como tomar esa invitación, incluso llegué a pensar que no era más que una broma. Para evitar cualquier burla de mis compañeros, a ninguno le conté nada. Esperé la noche, y asustado y todo llegué a su casa. Que yo sepa, jamás, nadie había visitado su casa por los celos y la mala traza de su esposo. Me sudaban las manos, sentía miedo y emoción al mismo tiempo. Ya en casa me invitó a sentarme. Quise justificar mi presencia, pero ella inmediatamente se sentó a mi lado y puso sus manos sobre las mías. Yo, trémulo, no pude decir palabra, pues su mirada pícara y penetrante me inmovilizó, me cortó la respiración. Acto seguido, primero con sus labios, y luego, toda ella, ansiosa, derramó sus manantiales de mujer en celo hasta apagar mi sed de varón voluptuosamente adúltera.

Loja, febrero de 1999

Coge la guagua

Cerca del pueblo, tras unas casas viejas terminaba la falda de una loma, cuyo campo de tierra parecía un colchón: la tierra era liza y blandengue. La noche estaba clara y serena. Tal como me lo habían dicho los feligreses, al poco rato de estar espiando llegaron las tres personas que eran el comentario y escándalo de la parroquia: se trataba de una muchacha con su criatura en brazos y con su acompañante que aparentaba ser mucho mayor que ella. Se sentaron en la tierra y esperaron. La muchacha era de buena apariencia. A la luz de la luna su silueta se asemejaba a la de la Virgen María. Como toda madre, desparramaba ternura con la criatura en sus brazos. Por un momento quise dejar el escondite y unirme a ellos. No podían condenarse estas infelices criaturas, si todo depende de mí, pensaba en mi condición de cura viejo. Es que no concebía aún que ese trío humano estuviese dedicado a ganarse la vida de ese modo. Pensativos, callados, permanecían sentados en la tierra; él se puso a fumar, ella, como que le hacía mimos a la criatura, parecía que quería llorar. Al cabo de algunos minutos se acercaron algunos individuos, no aparentaban tener más de dieciocho años. El viejo dejó de fumar, botó el cigarrillo, se levantó y cruzaron algunas palabras con los muchachos. Desde mi escondite no percibía lo que decían. Uno de ellos le pasó unos billetes al viejo, éste los guardó, cogió la guagua y ella se tendió en la pampa.

Loja, diciembre de 2002

La ramera y yo

A los veinte años de distancia, de manera inesperada, y mientras me arrodillaba junto con mi esposa, para dar culto al acto ceremonial de la eucaristía, se me vino a la mente la imagen nítida, pura, de la ramera aquella de mis años mozos. No pude concentrarme en el acto de adoración. Me pareció una impureza grandísima que en un acto tan sagrado en el que el sacerdote a través de las palabras transustancia el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, me haya acordado de una ramera. Si era Cristo el que en ese momento estaba presente, ¿por qué ante mí acudía la imagen de aquella mujer?

Una vez repuesto de este acto abrupto me volvió a asaltar la imagen zorrina en el momento de la comunión. ¡Qué calamidad la mía! Con qué unción desde mi conversión había experimentado la gracia de Dios en estos momentos tan especiales de la santa eucaristía. Y hoy, ¿qué me había pasado? No puedo describir cómo mi corazón se sintió de abochornado y entristecido ante tan degradante imagen. Y la degradación mental a la que me veía abocado no se debía a la mala traza que la prostituta tenía. Lo que pasaba era que el alma se me recogía de remordimiento por la acción mental que como ramera representaba aquella mujer y lo que como acto de adoración representaba para mí, de manera especial, y en ese momento, la imagen de Cristo.

Salí de la iglesia sudando, no me reponía aún de esta conmoción. Quise contárselo a mi esposa pero preferí callar. Cómo decirle que en esos dos grandes momentos de adoración no se me vino a la mente la imagen de Cristo sino la de una ramera. Me diría que estoy loco, o no sé cómo reaccionaría porque creo que no es usual un caso de escándalo mental como éste. Y cómo no sentirme escandalizado si ya habían pasado más de 20 años de aquellas negativas experiencias juveniles de prostitución.

Una semana de dios me la pasé pensando en este penoso incidente mental. Creía que a estas alturas mis principios cristianos

estaban consolidados. ¿Acaso era el Diablo el que me estaba aguijoneando?, ¿o era el mismo Dios que me estaba cuestionando para comprobar mi adherencia absoluta a Él? Quizá había adquirido una posición muy cómoda de considerarme católico. Supuestamente ya no cometía pecados graves. Llevaba una vida tranquila, limpia, sin apuros ni complicaciones de ninguna naturaleza. El trabajo, mi familia y la iglesia eran todo mi mundo, y creía sentirme bien en él.

Estaba seguro de recibir las bendiciones del Señor. Muchos años de comodidad material y espiritual me habían llevado quizá a llevar una vida burguesa. Me sentía bien así. Tenía un trabajo, una esposa y unos hijos agradables. ¡Qué más pedirle a la vida!

Tantos años ah que había abandonado mi vida de pecado. No tanto el trago pero sí las prostitutas eran mi mundo, y también, como ahora, me sentía bien en ese mundo. Claro que tenía mis problemas de timidez, sobre todo. Me consideraba un joven apuesto, pero no podía llegar a las muchachas, me moría de vergüenza cuando me acercaba a cualquiera de ellas; me mandaban a saludar, me escribían y yo nada. Se me abría la tierra cuando, parado junto a una muchacha quería expresarle mis cuitas de amor. Mis amigos se me burlaban y yo más avergonzado me sentía. Por eso opté por las putas; ante ellas no me avergonzaba. Encontré mi refugio en ellas. Era una felicidad acudir los jueves, viernes y sábados ante aquellas damas. Nunca me rechazaban nada, no necesitaba gastar palabras de amor ni de nada. Era cuestión de sacar los dos sures por cada acto de placer, de los 20 sures semanales que ganaba como conserje en una entidad privada. Ahí, en el prostíbulo, conocí a la ramera aquella, la que hoy, después de tanto tiempo, me perturbaba. ¿Quería Dios algo de mí a consecuencia de esta imagen?, ¿acaso se trataba de algún mensaje?, ¿cuál?

De tantas prostitutas que habían pasado por mi cuerpo, o más bien dicho yo por ellas, había una en especial. Era blanca, esbelta, polla, risueña y muy delicada, y era la que más me gustaba. Teníamos la misma edad: 16 ó 17 años creo. Todos en el ambiente del burdel la conocían con el apodo de la Muñeca. Nunca supe su

nombre ni de dónde era. Sólo sabía que me sentía muy bien con ella. Mi muñequito me decía: entiendo que a todos les decía lo mismo. Su delicadeza era abrumadora; en verdad no tenía cara de ramera. Un buen día desapareció; nunca más fue al burdel. Pregunté por ella pero nadie me dio razón. Por varios meses acudí al burdel con la esperanza de que algún día regresaría: nunca lo hizo. ¿Me había enamorado de la ramera? No lo sé. Tal vez mis años mozos, mi timidez, mi falta de experiencia, su manera tan especial de ser ramera, o mujer más bien dicho, me empujaron a tenerle una consideración especial. Y creo que tan dolorosa fue para mí su ausencia que opté para siempre por retirarme de esa vida abrupta y sin sentido que había llevado en los prostíbulos. A partir de ahí mi vida se centró más en las cosas nobles. Todo cuanto veía que me podía degradar pasaba a un segundo plano. Nunca más, en los años subsiguientes, volví a recordar, ni remotamente, a la Muñeca. El estudio, la religión y mi familia, con el transcurrir de los años, pasaron a ser prioridad en mi vida cotidiana.

Por eso, hoy, y después de tantos años, y en la iglesia, y en los momentos de mayor unción, apareció ella, la Muñeca, su imagen en mi mente era muy nítida, tal como la había conocido: su cara, sus modales, estaban ahí perfectos.

Una semana de dios pasé pensando en este incidente. Regresé a la iglesia, pero la preocupación fue mayor. Ahora resultaba que ya no podía apartármela de la mente. ¡Qué diantres me pasaba! Quise salirme de la misa, pero me la aguanté por mi señora, ¡qué iba a pensar! Dios sabe los esfuerzos que hice para concentrarme en la eucaristía. No podía, se me había pegado en el alma su imagen. Pero sentía que su imagen no era ya la de una ramera. Su cara de putita adolescente la veía tan clara en mi mente, pero con una percepción especial: inocentemente risueña, llena de ternura, sin malicia y con una transparencia de mujer reposada. Como su imagen era tan perturbadora, no creí oportuno pasar a comulgar, pero estaba mi señora y no sabía qué decirle si me quedaba en el puesto. Al fin me animé a pasar junto con mi esposa, en el mismo instante en que por

mi lado, desde atrás, pasaba una mujer modestamente bien vestida, serena y resueltamente dispuesta a comulgar: era la ramera, la Muñeca, la del burdel. ¡Qué susto!, qué impacto más bien dicho, ya no estaba en mi mente; era ella, no había duda, su presencia material era evidente, no podía equivocarme: claro, ya no era la chiquilla de mis años mozos, era la señora; su esposo, creo, y su hijo joven lo testificaban: los tres estaban ya frente al sacerdote recibiendo la santa comunión.

Me había quedado, por un instante, alelado, abruptamente confundido. Pero una vez repuesto de la sorpresa, experimenté un alivio, una paz intensa, indescriptible, en mi alma. Su presencia física en el templo, en la vida, curó, sanó la presencia de su imagen que en esa semana se había metido en mi mente. Ahora todo lo veía claro. Gracias a Dios, como si se tratase de una iluminación divina ¿o en verdad fue así?, su imagen en mi mente fue una anticipación de lo que hoy, frente al altar, sería testigo confidente de la grandeza e infinito amor de Dios: la ramera, la Muñeca de antaño se había convertido: era la señora de Dios, la señora en la sociedad, la señora en familia.

Loja, marzo de 2003

thammydobbertin@.com

Recordada y respetable Thammy:

Te agradezco de verdad, y desde lo más profundo de mi corazón, toda la generosidad que tuviste para pasar momentos tan agradables, de bondad, de delicadeza y de ternura, que aunque fueron pocos, creo que fueron suficientes para darnos cuenta que desde siempre nos estuvimos esperando.

No puedo olvidar tu mirada altiva, hermosamente coqueta, llena de amor, tus labios dulces, tu cara alegre y tus ojos penetrantes. Una vez más me convenzo de que el amor a primera vista existe; bastó tu primera mirada y tu tierna sonrisa para descubrir que nos necesitábamos. Me costaría mucho creer que sólo se trataron de momentos fugaces. Has incendiado mi alma y has recreado mi existencia para siempre. Muy difícil y muy doloroso me resultará separarme de ti. Estás en mí a cada instante, te llevo a todas partes, en el sueño eres mi ángel; siento un cúmulo de dolor, tu ausencia me duele, pero es necesario aprender a estar sin ti, estando contigo, porque no hay realidad más hermosa que sentir en el corazón la presencia del ser amado.

Perdóname por mi sinceridad, pero cada instante que pasa te siento más mía; siento el eco de tus palabras, de tu sencillez, y sobre todo de tu candor para estar conmigo sin ningún reparo. Pienso que el amor no exige otro reparo que el de la entrega mutua. No sabes cuánto vibró mi corazón, mi existencia completa al tenerte tan cerca, y no me refiero sólo a la presencia física, sino a la manera tan especial, tan fácil de haberte adentrado en mi corazón. Pues, he tenido muchas oportunidades de amar, pero ninguna tan especial como la tuya. ¿Qué me pasó, más bien dicho, que nos pasó? ¿Los pétalos del amor estuvieron ya abiertos? ¿Por qué tanta coincidencia para que las cosas se den como se dieron?

Querida Thammy, espero que valores esta hermosa realidad. Tu ausencia me duele, es cierto, me quema tremendamente. Siempre

he llevado una vida tranquila, entregado por entero a mi pasión de académico, de escritor y de maestro, y aunque muchas mujeres he visto en mi vida, no me han llamado la atención, como para que se hayan metido tan dentro de mí, como tú. Y lo que es más, percibo que esta hermosa pero al mismo tiempo dolorosa realidad nos permitirá conocernos más y más. No quiero dar marcha atrás, estoy resuelto a arriesgarme por ti. Concédeme la oportunidad de que, en medio del dolor, me compenetre más de ti. Veo tu foto, nuestra foto, la del primer beso, ¿recuerdas? y siento que se me desgarran el alma porque te veo y no estás conmigo.

Claro que el mejor homenaje que me puedas brindar es el de que me recuerdes. Tan decidida, tan mujer y tan sensual eres que no me es posible apartarte de mis pensamientos. Me cuesta trabajo concentrarme en mis tareas; estás tú en primera plana, y aunque me duele, me gusta, porque me parece que no hay felicidad más grande, aunque parezca extraño, que recordar desde el dolor a un ser querido.

Thammy, cariño, quiero saber de ti. Fui tan torpe que ni siquiera te pregunté por tu dirección exacta y teléfono. Quiero llamarte para escuchar tu voz. Escríbeme, es la única forma de saber de que existes para mí. Quiero conocerte más. ¿Cuáles son tus dichas y tus desdichas?, aunque entiendo que más son tus dichas por tu finura de mujer, por tu vuelo augusto de grandeza femenina que cruza esbelto en tus limpias primaveras de tu temprana vida.

Thammy, no pienses que quiero dármele de poeta. No se trata más que de la expresión sincera de alguien que se dejó atrapar de ti, y que ahora no quiere soltarse porque le da miedo avanzar sin tu presencia.

Espero tu respuesta con ansiedad, sé que lo harás porque te pude avalar en la real dimensión de lo que una mujer vale cuando tiene “madera” para ser mujer y para expresar sus sentimientos como tú lo hiciste con tanta gallardía y candor juvenil.

Y al igual que tú lo escribiste en tu autógrafo, recibe miles de besos ecuatorianos, besos que te hagan imaginar que te queman el alma y de que por ellos, tú y yo tendremos la dicha, estoy seguro, de volver a encontrarnos para besarnos sin tregua, abrazarnos y amarnos sin tiempo, hasta la eternidad.

Hasta pronto, Thammy, querida mía.

Afectuosamente,

Rodrigo

Cajamarca, Perú, 05 de marzo de 2003

Posada Belén

Se me ocurrió entrar en el taller sobre educación emocional. Me parecía el más conveniente de entre los doce que había para escoger, todos con referencia a la temática educativa. Como siempre, me senté en la primera fila, y mientras el expositor acomodaba pertrechos decidí echar un vistazo general al salón. Disimuladamente iba observando a los asistentes, que por ser extranjero, no conocía casi a nadie. El día anterior había cruzado algunas palabras con uno que otro seminarista como fruto de mi conferencia, lo cual no garantizaba que conocía bien a nadie. Continué con mi vistazo hacia atrás desde la posición en que estaba. En la última fila alcancé a divisar a una hermosa muchacha que furtivamente me sonrió. Su sonrisa me dejó inquieto. Luego pensé que no me sonreía a mí sino al compañero de al lado. Volví a mirarla y de nuevo me sonrió, ahora sí con más vehemencia y abiertamente. El instructor empezó su charla; de vez en cuando regresaba a ver, y ella, ahora, desafiante me sonreía con toda la coquetería que una dama puede expresar. No entiendo por qué pero su sonrisa me llegó al alma, al corazón más bien dicho. Al instructor se le ocurrió decir que todos nos desplazáramos de nuestros puestos, y cuando acordé la muchacha se me pegó a mi lado. Casi me da un paro cardíaco; era muy hermosa y olía a mujer enamorada. Me sonrió con más ímpetu, me tomó la mano y me dijo: doctor, quiero estar a su lado. Con mucho gusto, avancé a decirle, aún confuso por lo que estaba sucediendo. Nos sentamos, y desde ese instante, en vez de concentrarme en lo que decía el instructor, me concentré en ella. Su mano caliente y su presencia física tan cerca de mí, me hizo sentir que el corazón lata más fuerte. Estábamos tan cerca uno de otro que nuestros muslos se topaban con una suavidad tan exquisita que sentía que un calor tenue me recorría por todo el cuerpo. Me había olvidado de las cuarenta personas que estaban en el auditorio. Tuve la impresión de que ese espacio nos pertenecía sólo a los dos. Ella me seguía sonriendo sin decirme nada. Su cercanía, en cierto sentido me obligaba a decirle algo. Cómo te llamas, le dije. Thammy, me dijo. Nunca había escuchado este nombre y me pareció

hasta poético. Me toca ya regresarme a Ecuador y quisiera llevarme un recuerdo tuyo, le dije susurrándole al oído. Préstame tu libreta, me dijo y escribió lo siguiente:

“Para un nuevo amigo muy lindo en todos los sentidos, ha sido muy grato para mí este momento; el que recordaré toda mi vida de manera muy especial.

“Gracias por brindarme su Amistad que Dios le siga iluminando, en su vida laboral, familiar y sobre todo sentimental.

“Con mucho cariño y muy buenos sentimientos; miles de besos peruanos.

Thammy”

Y al lado de su nombre puso la palabra “recuerda” y dibujó un corazón muy hermoso.

Sus palabras me dejaron pensando. Quería descubrir en ellas hasta dónde deseaba llegar esta hermosa cajamarquina. Luego me volvió a quitar la libreta y puso unos rasgos taquigráficos que dijo que significaban: amor siempre.

Qué hermosa sensación. A su lado me sentía dueño del mundo; me parecía estar flotando en nubes de algodón. Volví a susurrarle muy quedo que me encantaría, a más de sus hermosas palabras, tener como recuerdo una foto suya. Le dije que en mi maletín tenía la cámara fotográfica, y no sé cómo se me ocurrió decirle que saliéramos del salón un momento para la foto, antes de que el día caiga, pues eran las seis de la tarde. Salgamos disimuladamente, me dijo, cuando pensé que iba a poner algún reparo. Salimos al corredor, nos tomamos de la mano como si nos hubiésemos conocido desde siempre. Vayamos al fondo del corredor, le dije, desde ahí se contempla bien el paisaje para la foto. ¿Y quién la toma?, me dijo, porque no deseo salir sola sino contigo. En verdad no había nadie, sino sólo el conserje, al cual le rogamos que nos la tomase. Nos pegamos muy juntos, nos abrazamos y posamos para la foto. El conserje desapareció y quedamos solos. No hicieron falta las palabras, nuestras miradas lo decían todo. Quise

decirle por qué todo esto, como quien disculpándome, pero ella con la mirada me dio a entender que nuestro destino, nuestro encuentro, estaba ya marcado así, desde siempre. Me puso sus brazos al cuello y luego sus labios ardientes, ansiosos, se posaron en mi humana debilidad hasta hacerme sentir toda su vitalidad de mujer. Parecía que ni ella ni yo habíamos besado a nadie en años. Nuestros labios recién se habían despertado de su letargo y ansiosos, reseco de amor, bebían el manantial de la vida. No sólo que había recibido mil besos peruanos. Era toda ella, eran sus diecinueve primaveras, era el manantial del amor puro que a raudales se esparcía por mi cuerpo. Su esencia de mujer se introdujo en mi carne, en mis huesos, en la sangre. Todo mi yo había quedado invadido de su perfume señorial. Y así, compenetrados, uno del otro, regresamos al salón.

Mira, le dije, sólo me quedan cinco horas para regresar a mi país. Este taller va a terminar, te invito a tomar un café. Tendré que deshacerme de mi prima, me dijo, ella está aquí. El instructor terminó; Thammy conversó con su prima y luego me dijo: tengo una hora para ti, vamos. Felices, en medio de una pertinaz lluvia, caminamos por la ciudadela universitaria. No hubo despedidas con nadie, no las podía haber mientras Thammy era mi mundo y yo el suyo. Llegamos a la avenida y tomamos un microbús. Mientras cruzábamos la ciudad le dije que cuál era la cafetería más apropiada para los dos, pero me preguntó que en dónde estaba hospedado; en la Posada Belén, le dije. Es un hotel romántico, muy acogedor, le dije, y le pedí que me acompañe para obsequiarle uno de mis libros. No tengo más que obsequiarte, le dije; los libros son mi mundo, mi mejor refugio; y ahora también lo soy yo, me dijo, con su tierna mirada, que era como la de un ángel juguetón, cándido e inocentemente humano. Qué soltura de mujer; no se inmutó ante mi pedido de estar en la Posada Belén. Llegamos a mi habitación, nos sentamos en la cama y le mostré los libros que había conseguido en Cajamarca y los que me habían regalado los amigos extranjeros que como ponentes habían sido invitados a este encuentro educativo internacional. Qué inocente yo, qué bruto más bien dicho, le mostraba mis libros, mis pertenencias, en vez de mostrarme yo, de ponerle en sus manos mi

condición de varón. Fue ella la que me dijo: Rodrigo, mi tonto mío, apaga la luz. Lo hice, pero encendí el televisor. Por Dios, apaga todo, me dijo; yo, como disculpándome por mi torpeza, le dije que el ruido del televisor impedía que nos escucharan desde afuera. Ven, me dijo, y otra vez el silencio pudo más que las palabras. En verdad, no hacían falta; nuestros labios, nuestros ojos, nuestros cuerpos gritaban a voz en cuello, a flor de piel, la necesidad que teníamos de amarnos. Nos levantamos, nos sentamos, nos acostamos, en tanto que los besos y las caricias hablaban y hablaban con pasión desmedida, con atropello. Jadeamos de pasión. ¡Cuántos deseos de amor teníamos!

No fue un encuentro para la vulgaridad, ni para la pasión insana. De hecho, su condición de doncella me hizo ver en sus ojos, en todo su lindo rostro, en toda su fecunda feminidad, que en aquel espacio de amor no había cabida para el abuso, sino para la más alta expresión a la que tiene derecho todo ser humano: sentirse amado, atraído, correspondido, por el aroma y la candidez que la sublimidad del amor humano desparrama en el fuego de la dulce poesía que brota del ser amado.

Loja, abril de 2003

Solterón ingenuo

Sabía que estaba dentro de ella; que cualquier momento iba a erupcionar, pero nunca me dijo nada. Ni siquiera creo que se le ocurrió pensar si quedaría embarazada o no.

Muchacha ingenua: no le importó abrirse, ni siquiera se inmutó. El asustando más bien era yo. Tantas veces se me había manifestado pero no le hacía caso. Me parecía absurdo que un cincuentón estuviese con una quinceañera. Era bonita, muy chuchona: demasiadas tetas para mi edad y demasiado cuerpo para mi desgastada virilidad.

La verdad es que le corría, me le escondía, me hacía el pendejo, hasta que un día me dijo: ¡Mariconcito, no! Me dolió tanto que de un empujón la boté en la cama y le dije que se largara hoy mismo de la casa; no necesitaba su compañía; al fin y al cabo ya encontraría otra muchacha que me acompañe en los quehaceres domésticos.

Pero no fue así, tendida en la cama, con una mirada profunda, coqueta, se abrió como un pétalo y mi maltrecha humanidad no pudo evitar la lascivia que en ella y en mí se empezó a despararramar en la penumbra de mi habitación de solterón.

Desde la prisión, aún siento el sabor angelical de sus tetas, y el latido de su trasero entre mis manos.

San Cristóbal, Galápagos, agosto de 2003.



POSADA BELÉN, relatos de Galo Guerrero Jiménez, se terminó de imprimir en Loja,
el mes de mayo de 2006, en la Editorial Universitaria de la
Universidad Técnica Particular de Loja
Laus Deo



Cuando el cuento cambia de dirección orientando la conciencia hacia el interior del personaje en el plano que sea, cuando desde brujas, hadas, aparecidos y monstruos, se vuelca hacia la pulsión, el deseo íntimo y el transitar inconsciente, entonces es cuando el cuento encarna de verdad la condición humana, la hace solidaria y universal, la vuelve real y definitivamente envolvente. Y ello implica técnicas propias, lenguajes, descripciones y aproximaciones cargadas de psicología viva antes que academicismos. De este modo, el comportamiento, la conducta, el gesto, el rictus, focalizan la atención y sucede que el personaje explica la situación, el ambiente, la trama en definiti-

va. Y el cuento gana en intensidad, dramatismo, fuerza interpelativa y realidad existencial. El habitante de la ventana, San viernes, Mujer de soldado, Parque del oeste, han sido trabajados en esta dirección. El amor enfermizo por Catalina por parte del protagonista de El habitante de la ventana, el accionar tormentoso, solitario, triste y dramático del 'chuchaqui-protagonista' de San viernes, el largo cuento-monologo de la bailarina-prostituta de Mujer de soldado, las sesudas reflexiones con pretensión filosófica de Parque del oeste, ponen a flote los resortes existenciales del ser humano en su crudeza, en su belleza, en su fragilidad y en su proyección. De alguna manera, tarde o temprano el replegarse sobre uno mismo se vuelve condición para entender. De hecho, el sentir se sitúa antes que el pensar y entonces la emoción, el sentimiento, la pasión se tornan premisas explicativas a partir de las cuales concluimos nuestro obrar. Entonces la obsesión por un final feliz (cuento tradicional) se vuelve atadura, corresponde más bien el final abierto, sin programaciones y precisiones, como la vida misma, que salta sobre la lógica. La dinámica pulsional en clave de reflexión constituye, por lo mismo, otra de las constantes de la cuentística de Galo Guerrero Jiménez. ¿Vale dejarla surgir, emerger o insistir, a veces impertinentemente, en atarla a la lógica-deductiva o a la tristeza de una moralidad heterónoma?

Dalton Herrera A.

ISBN 9978-09-647-7

